

El jeque y yo

BARBARA McMAHON

2,50 € - Argentina: $4.30 - México: $14.00

El Jeque y Yo

Barbara McMahon

El jeque y yo (2003)
Título Original: The sheikh's proposal **Editorial:** Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1757
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Kharum bak Samin y Sara Kinsale

Argumento:

¡Casada por mandato real! *Sara Kinsale se quedó atónita cuando cayó en la cuenta de que estaba sola con un príncipe en mitad del desierto, pero lo que más le sorprendió fue sentirse atraída por el esquivo jeque Kahrun bak Samin. Especialmente porque tenía una deuda que él no tardaría en reclamar. Kahrun encontró enseguida una manera de saldar la deuda: ¡el matrimonio! Él necesitaba una esposa y Sara ya estaba viviendo bajo su techo. Pero ¿sería sólo una cuestión de imagen o Sara tendría que desempeñar su papel de esposa de una forma más real?*

CAPÍTULO 1

Su padre la iba a matar, pensó Sara Kinsale con preocupación.

Con una mueca de desagrado, recorrió con la vista el polvoriento recinto. Llevaba dos días en aquella celda, dos días que podría haber pasado en el hotel de Staboul, la capital del país donde su padre intentaba conseguir un contrato millonario para explotar petróleo.

Se levantó de un salto del estrecho camastro y comenzó a pasearse por la reducida estancia, intentando encontrar una solución para que el asunto no saliese a la luz. Si su padre no la mataba, su madre la haría morirse de culpabilidad.

—¿Qué hemos hecho mal? —le preguntaría a su padre mil veces entre suspiros y miradas angustiadas.

Sara se apartó el flequillo de los ojos con un soplido y se apoyó contra la pared. Sus padres no habían hecho nada mal, todo era culpa suya. Las cosas siempre parecían torcerse cuando de ella se trataba.

Para empezar, no había acabado la carrera, como su hermana, la abogada, o su hermano, el físico nuclear. Ni tampoco como su madre, la perfecta anfitriona, dama de caridad y firme apoyo de su marido empresario.

Aunque Sara había intentado encontrar su vocación, no había tenido éxito como actriz ni tampoco como enfermera; y a pesar de que le encantaban los niños, su falta de disciplina había hecho que la despidiesen de sus dos empleos como niñera.

Su actual trabajo como reportero gráfico era una profesión respetada y, si demostraba su valía, quizá su familia la considerase por fin un miembro útil de la sociedad; pero también había cometido una equivocación que ahora no sabía cómo solucionar.

El editor del periódico sensacionalista de Estados Unidos para el que trabajaba se había entusiasmado cuando Sara le dijo que iría de visita a Kamtansin, uno de los emergentes países árabes del Mediterráneo, y le había encargado un reportaje fotográfico sobre algunos de los miembros de la realeza.

Entrevistar a personajes de la sociedad kamtansí le había parecido a Sara sencillísimo en Los Angeles, especialmente porque

algunos de ellos participaban con su padre en las negociaciones de los contratos petroleros. Los conocería, los conquistaría con su encanto y conseguiría las fotos. Pero todo le había salido al revés. En primer lugar, se habían negado a hacer las entrevistas y no le permitían hacer fotografías. Peor aún había sido que la pillasen intentando tomar una foto de la residencia de verano de una de las familias más influyentes, a pesar de que le habían advertido que no lo hiciese. Y allí se hallaba, en una horrible cárcel que no tenía ni las comodidades más básicas.

¡Pero lo peor de todo había sido que la acusasen de espionaje!

No le habían permitido que se pusiese en contacto ni con la embajada de Estados Unidos ni con su padre, y tampoco buscar un abogado. ¡Lo único que había podido hacer era angustiarse por el embrollo en el que se encontraba!

Estaba segura de que sus padres estarían desesperados. Había pasado una noche en el mismo hotel que ellos y luego, llevando su cámara y un poderoso teleobjetivo, se había marchado a conseguir por su cuenta y riesgo lo que le habían negado por la vía legal. Pero cuando la apresaron, solo había tomado dos fotografías.

La preocupación de sus padres no se podía comparar a la suya.

Las leyes de aquel país le resultaban totalmente desconocidas.

¿La someterían a juicio… o acabaría sus días en aquella calurosa y polvorienta celda sin que su familia se enterase nunca de lo que le había sucedido?

Se abrió la puerta, una sólida estructura de madera que al menos le proporcionaba cierta intimidad. Tenía una pequeña abertura por la que los carceleros le pasaban la comida dos veces al día y por la que la vigilaban de vez en cuando, como si ella tuviese una remota posibilidad de escapar de allí. La única ventana de la estancia era igualmente pequeña y estaba tan alta que ni siquiera podía llegar a ella. Un hombre alto vestido con ropajes tradicionales se hallaba ante la puerta e hizo gesto de que lo siguiese. No hablaba inglés y ella no entendía ni palabra de árabe.

Sara se alisó los pantalones y la blusa color kaki. Después de dos días y dos noches, su ropa había perdido su elegante aspecto original. Se sentía arrugada, sucia y cansada, además de muerta de miedo.

—Quiero llamar a la embajada americana —dijo. No estaba

segura de que el hombre la comprendiese, pero ella seguiría insistiendo.

El hombre, silencioso, señaló hacia el pasillo. Ella salió de la celda y él la tomó del brazo con firmeza para llevarla por el pasillo y hacerla subir dos trechos de las anchas escaleras que se veían al fondo. Llamó a una puerta y, al oír respuesta, abrió, empujando a Sara dentro antes de soltarla.

Se trataba de un despacho austero, con pocos muebles. Un hombre se hallaba junto a una de las altas ventanas, viendo el paisaje del desierto. Ella no sabía exactamente a qué distancia se encontraba aquella cárcel de la capital, pero no estaba lejos de la mansión que había intentado retratar para los lectores de su periódico, algo con lo que demostrarle a su jefe que era digna de su encargo.

Lentamente él se dio la vuelta y la miró.

Sara sintió una cálida excitación cuando sus miradas se encontraron. Él era alto, tenía el rostro anguloso y moreno por el sol, y el cabello negro le brillaba con la luz que entraba por la ventana. Sus ojos eran oscuros, y la observaban con expresión indescifrable. Parecía irradiar poder, acentuado por su traje de exquisito corte, sus anchos hombros y su varonil presencia.

Consciente de su aspecto desaliñado, Sara deseó haber podido lavarse el rostro y peinarse, pero luego se sintió absurda al pensar aquello. Quería salir de la cárcel, no causarle una buena impresión a un extraño. Un extraño que parecía tener alguna relación con su encarcelamiento, porque si no, ¿qué hacía allí?

—Deseo llamar a la embajada de Estados Unidos —repitió ella por enésima vez.

El dijo algo en árabe y el hombre que la había acompañado hizo una reverencia y se marchó cerrando la puerta.

—Siéntese —dijo él en inglés.

Ella parpadeó y vio una silla contra la pared. Para llegar a ella tendría que pasar junto a la mesa, donde había un teléfono y unas carpetas, una de las cuales estaba abierta. ¿Sería la suya?

—Soy ciudadana americana. Deseo llamar a la embajada de Estados Unidos. Esto ha sido una equivocación que se puede aclarar con facilidad.

—Siéntese —ordenó claramente él.

Moviéndose rápido, Sara se sentó en el borde de la silla. Por más que él fuese guapísimo, necesitaba mejorar un poco sus modales.

—Fue arrestada mientras intentaba fotografiar un domicilio particular —dijo él, acercándose a la mesa para ojear la carpeta abierta—, con carteles que advertían claramente la prohibición de acercarse. Intentaba fotografiar a miembros de la familia gobernante sin tener permiso. No llevaba pasaporte ni otro medio de identificación —la miró—. ¿Cómo ha entrado en el país y con qué objetivo?

Sara tragó. Dentro de lo posible, no tenía que involucrar a su padre. Se imaginaba el resultado de las negociaciones de este si los medios de comunicación internacionales se enterasen de la situación. A pesar de ello, no podía quedarse allí para siempre.

¡No podía!

—Mi pasaporte y demás medios de identificación se encuentran en mi habitación.

—¿Y dónde está su habitación?

No se atrevía a decírselo. ¿Sería discreto, creería que ella había actuado sin malicia? ¿La liberaría para que volviese a la capital?

La mirada oscura no se apartó de la suya, como si él pudiese determinar de aquel modo si mentía o no.

En el Presentation Hotel, en Staboul. Alojamiento de primera clase —observó él, viendo su aspecto desaseado.

—Tengo una habitación allí —dijo ella tras aclararse la garganta y sonreír—, con mi familia.

—¿Y esa familia es...?

¿Quién era aquel hombre? Su traje era de elegante corte italiano y su camisa blanca contrastaba con la corbata granate oscuro.

Llevaba el cabello corto y tenía aire arrogante, con apariencia sofisticada y urbana. Y a juzgar por la exagerada reverencia que le había hecho el otro hombre, parecía ser alguien de importancia en el país. ¿Sería capaz de no desvelar su identidad aunque ella se presentase?

—Si me permitiese hacer una llamada...

—Primero dígame quién es y por qué fotografiaba la residencia de verano.

—Soy Sara K... Sara Kay. Soy reportera gráfica y estoy haciendo un trabajo. Intentaba conseguir unas fotos para mostrarle a los

americanos la casa de un jeque. La familia que gobierna su país no se muestra demasiado al público, especialmente desde la muerte de uno de sus jeques seis meses atrás. Tenemos curiosidad, eso es todo. No hay nada de malo en ello.

—Entonces, ¿por qué no solicitó permiso para sacar fotografías?

—Lo intenté, pero no me lo concedieron.

—¿Y no cree que habría motivos para no hacerlo? —le preguntó él con voz dura y Sara se puso rígida.

—¿Como cuáles?

—Intimidad, por ejemplo —dijo él suavemente.

—En América, la gente quiere saber sobre la vida de las personalidades.

—Usted no se encuentra en América.

Sara asintió con la cabeza, con la vista fija en el teléfono. No podía arrebatárselo para ponerse en contacto con sus padres porque no sabría cómo llamar al hotel. Y tenía la sospecha de que aquel hombre se lo impediría fácilmente si intentase hacerlo.

—Si me permite hacer una llamada, podré aclarar esto fácilmente. O me podría dejar ir. Me han quitado la cámara y no tengo la película, así que aquí no ha pasado nada. Si quiere, le juro que no volveré a intentar tomar fotografías. ¿Me puedo ir? —preferiblemente con su valiosa cámara, pero en aquel momento Sara se habría sentido agradecida de poder marcharse aunque fuese sin nada.

Él cerró la carpeta con un golpe seco y a Sara se le oprimió el corazón. No la dejaría marcharse así como así. Tendría que apelar a su apellido, aprovechar las influencias de su padre. Se mordió el labio. ¡Tenía que haber alguna otra forma o su padre la mataría!

—Sus actos han desencadenado una serie de acontecimientos que podrían tener serias repercusiones —dijo él lentamente.

—¿Por intentar tomar unas fotos?

—Usted es americana. Mi país está en medio de unas delicadas negociaciones con empresas norteamericanas por unos yacimientos de petróleo que se acaban de descubrir en Kamtansin. Existe una fracción del gobierno que no quiere hacer negocios con los norteamericanos. Los ministros están alerta para asegurarse de que nuestro país salga bien parado. Hay algunos que quieren que nuestra nación tome un rumbo nuevo. El dinero de los contratos

petroleros contribuiría en gran medida a mejorar el nivel de vida de todos nuestros ciudadanos. Lo que usted ha hecho podría poner estas negociaciones en peligro.

—Podría dejarme ir —dijo Sara, casi en un susurro—. No se lo diría a nadie.

—Ya hay demasiada gente que sabe que usted está aquí y el motivo por el que se la ha apresado. La acusación es de espionaje.

No tratamos con amabilidad a quienes no respetan nuestras leyes. Usted pidió permiso para obtener fotografías y se lo denegaron. ¿Cómo catalogaría lo que ha hecho?

—¡No estaba espiando!

—A la vieja guardia le encantaría esta oportunidad de demostrarle al mundo que no estamos dispuestos a tolerar el desprecio por nuestras leyes y costumbres. Desean que usted sirva de lección. Además, ello contribuiría a reforzar nuestra postura durante las negociaciones.

Genial. Era la metedura de pata más grande de su vida, ¡algo que podría arruinar las negociaciones de su padre! ¡Ya se imaginaba a su madre!

—Sin embargo, si siguen las negociaciones por los contratos petrolíferos, no podremos arriesgarnos a oponernos a los americanos deteniendo a sus ciudadanas para que sirva de ejemplo. Si es verdad que usted trabaja para un periódico, me imagino cómo cubrirían los medios la noticia.

Sara se lo quedó mirando. Ojalá se decidiese por la segunda opción, rogó, dándose cuenta de la magnitud de lo que acababa de hacer. El pensarlo le dio dolor de estómago. Su único deseo había sido tomar unas fotos para el periódico. Nunca había imaginado que causaría un incidente internacional. Y, por supuesto, no había querido poner en peligro las negociaciones de su padre.

La puerta se abrió tras ella, haciéndola darse la vuelta. El carcelero que la había llevado hasta aquel despacho habló rápidamente en árabe y el hombre tras la mesa asintió con la cabeza.

—Márchese ahora —le dijo luego a ella en inglés y se volvió hacia la ventana, sumido en sus pensamientos.

—Espere —dijo Sara, forcejeando con el carcelero, que la había agarrado del brazo—, por favor, déjeme llamar al hotel, mi padre

puede responder por mí. Es Samuel Kinsale. Conoce al jeque.

Jarun se quedó petrificado al oírla. ¿El padre de aquella mujer era Samuel Kinsale, el hombre con quien había estado trabajando durante semanas para negociar los contratos petrolíferos? Se dio la vuelta para verla otra vez.

La apariencia desaliñada de ella no indicaba que fuese la hija de uno de los hombres más poderosos del mundo, pero dos días en una cárcel local podían fácilmente explicar eso. Las prisiones en su país no se caracterizaban precisamente por su comodidad.

El cabello de la mujer, de color miel, necesitaba un cepillado, pero parecía suave y cuidado. Sus expresivos ojos grises brillaban, reflejando todas las emociones que mostraba su rostro.

Si su ropa hubiese estado limpia y planchada, se habría visto que era de la mejor calidad. Tendría que haberse dado cuenta de ello antes, pensó Jarun.

¿Qué era aquella historia de que era fotógrafa?

¿Sería una tapadera? ¿Sería de verdad una espía, como sostenían Hamin, Garh y sus cohortes? ¿Estaría intentando encontrar algún punto débil que su padre pudiese usar para lograr un mejor contrato?

¿O únicamente se había metido donde no la llamaban?

—¿Y qué hace la hija de un magnate del petróleo americano espiando a mi familia?

—¿A su familia?

—Soy Jarun bak Samin. La casa que intentaba fotografiar pertenece a mi familia.

—¡Oh, Dios! ¡Ahora sí que estoy metida en un buen lío! —dijo ella con un gemido.

—Acaba de empeorar cien veces la situación —dijo él, y hablando en árabe le dijo a Jabil que llevase a la mujer a su celda.

Mientras ella protestaba, Jarun no permitió que ninguna emoción se reflejase en su rostro. Había aprendido a esconder sus pensamientos durante las negociaciones. Su lema: «Nunca permitas que la otra persona conozca tus sentimientos», le resultaba ahora muy útil.

En cuanto ellos se marcharon, se volvió a la ventana nuevamente, pero no vio el oasis a su izquierda con sus frondosas palmeras y su verde hierba en el medio del desierto, ni las casuchas

de aquellos que lograban sobrevivir al borde de las dunas. Tampoco vio el desierto que se extendía hasta Marruecos, salvaje, libre e invitador.

Lo que veía era el consejo de ministros al que había asistido aquella mañana. Los ministros nombrados por su tío se enfrentaron a los que su padre había elegido. El nuevo régimen contra el antiguo. Fórmulas anticuadas chocando contra la esperanza de hacer que el país entrase en el siglo XXI con buen pie.

Y ahora, como una bomba, había aparecido la hija del hombre con quien negociaba los contratos petrolíferos que permitirían que su gobierno hiciese las reformas tan deseadas por su padre.

Jarun se había involucrado en la situación en cuerpo y alma.

Ahora otros conocían su interés, de modo que la decisión final sería la suya. ¿Qué haría con Sara Kinsale?

Ambas fracciones del gobierno estarían observando, temiendo que él vendiese el país. Los ministros nuevos también, porque tenían temor de que fuese demasiado rápido. Se preguntaban si él tendría la capacidad para representar a su país en las negociaciones. Habían tenido confianza en su padre y le transferían esa confianza a él; sin embargo, lo vigilaban.

Su país era una dicotomía: rico y moderno en las ciudades, pobre y subdesarrollado en las áreas desérticas. Con los fondos que produciría el petróleo, se podría hacer mucho más en las áreas deprimidas, y lograr que todos los ciudadanos se acercasen al siglo XXI.

Fuese cual fuese su decisión, tenía que ser tomada con discreción y gran diplomacia. Sus años en los negocios le habían enseñado todo lo que necesitaba. Había llegado el momento de implementar una estrategia que los sacase de aquella situación comprometida.

Se dio la vuelta y agarró el teléfono.

Sara estaba echada en su camastro, deseando tener un mínimo de comodidad. Había jugado su carta más alta al mencionar a su padre y aquello no la había ayudado en absoluto. Quizá los contratos petrolíferos no fuesen tan importantes como ella pensaba. O quizá el jeque pensase que su baza sería tenerla a ella prisionera y la usase para lograr que su padre hiciese concesiones. Por primera vez desde su arresto, se dio cuenta de que podría permanecer en

prisión una larga temporada, y aquel pensamiento la estremeció.

Cerró los ojos y vio a Jarun bak Samin, el empresario que trataba con su padre, sobrino del líder electo de aquel hermoso país árabe, el hijo del jeque que acababa de fallecer y que había jugado un papel importante como asesor del rey. Las cosas no podían estar peor. ¿Qué diría su padre?

Inquietándose al pensarlo, se levantó de un salto y comenzó a pasearse por la pequeña celda. Si por culpa de su falta de sentido común se rompían las negociaciones, quizá su padre perdiese el contrato y otra compañía lo consiguiese. Y todo debido a su impetuosidad. ¿Qué decidiría el jeque?

Parte de su encargo había sido fotografiar al elusivo Jarun bak Samin. Permitir que las mujeres americanas pudiesen ver a uno de los solteros más codiciados del mundo, heredero de la fortuna de su padre, que él había conseguido aumentar con su trabajo.

Era un dinámico empresario de aquel importante país mediterráneo y guapo como un actor de cine.

Había pensado que lo haría en un abrir y cerrar de ojos, que vendería su historia y las fotografías, logrando así el respeto del periódico. Y después, se iría a trabajar para una publicación más importante, que divulgase noticias y comentarios sin sensacionalismo.

Intentando no pensar en lo mal que se sentía cada vez que recordaba el lado sensacionalista de su trabajo, prefirió considerarlo un paso hacia reportajes más serios. Sin embargo, no pudo evitar evocar los enormes titulares de los periódicos que se veían junto a las cajas de los supermercados.

Su impetuosidad la había metido en aprietos nuevamente, involucrando esta vez a su padre. Sabía poco de sus recientes actividades, ya que había estado muy ocupada en aprender el funcionamiento de la moderna cámara que había comprado para el viaje y en pulir su estilo para los reportajes. Le habían aceptado los dos artículos que había escrito, pero los habían cambiado tanto que estaban irreconocibles cuando llegaron a los kioscos.

No podía soportar la idea de hacerle daño a su padre. Siempre había deseado que él estuviese orgulloso de ella, y ahora sucedía aquello. ¡Tendría que haberse mantenido callada! No tendría que haberle desvelado su identidad al jeque. Su padre no escatimaría

esfuerzos para encontrarla y, si no le gustaba la forma en que la habían tratado, interrumpiría las negociaciones inmediatamente.

Paseándose por la celda, deseó que el tiempo se hubiese detenido tres días atrás. ¿Habría hecho las cosas de otra manera? Desde luego que no se habría dejado apresar. Pero la única forma en la que podría haberlo evitado habría sido no intentando hacer fotografías. Había arriesgado su carrera. Arriesgado y perdido.

La tarde pasó lentamente. Se acababa otro día sin haber podido ponerse en contacto con su familia para avisarlos de que se encontraba bien.

Jarun hervía de impaciencia y frustración. Sus llamadas le habían dado la información que necesitaba; Sara Kinsale era la hija del hombre con quien estaba negociando, y Kinsale, preocupado, la intentaba localizar discretamente. El americano también era consciente de la delicadeza de las negociaciones y, de momento, no parecía interesado en alterar su equilibrio. Pero aquello cambiaría si no encontraba pronto a su hija. ¿Qué haría cuando descubriese que Sara se encontraba presa, acusada de espionaje?

Piers, el asesor de confianza y amigo de Jarun, propuso esconderla hasta que se firmasen los contratos, pero al jeque aquella idea no le parecía una opción posible. Sería innecesariamente cruel mantenerla en paradero desconocido durante semanas o meses.

Garh Sonharh, el líder de la fracción conservadora, había manifestado su deseo de llevarla a juicio. Aunque Piers lo había tenido informado de los deseos de Garh, Jarun no había hablado con él directamente y había retrasado el momento de hacerlo el mayor tiempo posible mientras reflexionaba. En cuanto hablase cara a cara con el ministro más fuerte de su tío, se vería comprometido a tomar una decisión.

La llamada que había hecho a su hermana tampoco lo había ayudado. Ella había mostrado su comprensión y hablado del problema con él, para luego ofrecerle una idea descabellada con la que librarse de la situación sin salir mal parado. Más que inverosímil, era una solución estúpida de pies a cabeza.

¡Infiernos! Se levantó y comenzó a pasearse por la estrecha estancia, deseando poder montarse en su caballo y cabalgar por el desierto hasta que la situación se aclarase un poco en su mente.

La libertad de la que disfrutaba a lomos de Satin Magic le

proporcionaba un alivio casi místico de las tensiones diarias.

Pero su caballo se encontraba en su villa a orillas del mar y él estaba allí, a cincuenta millas tierra adentro. Además, a Garh no le parecería bien que no lo atendiese y se marchase a cabalgar.

Aunque, Jarun sonrió con frialdad, hiciera lo que hiciese, Garh siempre lo desaprobaría. Su tía también. De ser por ella, su puesto como negociador habría durado poco. Pero su tío confiaba en él, al igual que lo había hecho su padre.

Por ello, le habían otorgado a Jarun el derecho a decidir sobre los contratos petrolíferos. Su tío, que gobernaba el país, tenía fe absoluta en él. Mejor sería que hiciese algo pronto antes de que le explotase aquella granada en las manos.

Por primera vez, pensó seriamente en la propuesta de su hermana. Era una forma ridícula de intentar salir de una crisis, pero quizá fuese la única manera de hacerlo. Y haría que le resultase muy difícil a Garh llevar a cabo su amenaza de acusar a Sara Kinsale de espionaje.

Hizo llamar a Sara Kinsale.

Sara entró en el despacho con la barbilla en alto, desafiante. Jabil la soltó, hizo una reverencia y se retiró, cerrando la puerta.

—Quiero llamar a la embajada americana —dijo ella con firmeza.

Jarun contuvo una sonrisa haciendo un esfuerzo. Se dio cuenta de que ella no había perdido los ánimos y también notó algo más.

Era más alta que la mayoría de las mujeres de su país y su cabello de color miel brillaba como el oro, algo que llamaría la atención en una multitud. Tenía un porte orgulloso y las curvas que cubría el traje kaki eran femeninas y tentadoras. Sus luminosos ojos eran de color gris claro, y el enfado los volvía plateados.

—He confirmado su identidad. Su padre la está buscando y pronto será imposible mantener esta situación en secreto. Pero a usted no le importará, ¿verdad? Una vez que uno se convierte en una figura pública, pierde su intimidad, ¿no es cierto?

Ella pareció molestarse. Estaba claro que no le gustaba que él le devolviese sus palabras.

—Le pido disculpas por inmiscuirme en la vida privada de su familia. La próxima vez me aseguraré de tener el permiso antes de tomar una fotografía.

—¿La próxima vez?

Ella se encogió de hombros sin perder su porte orgulloso.

Hacía rato que se le había ido el maquillaje, pero sus mejillas tenían un bonito color natural y sus labios se veían llenos y tiernos.

Jarun apartó la mirada de los labios tentadores. Necesitaba asegurarse de que ambos comprendían la propuesta y no confundirse fantaseando con la cautivadora mujer que tenía ante él.

—Antes le hablé de la situación y de las posibles consecuencias...

—comenzó.

—No fue mi intención causar problemas —asintió ella.

—Puede que encontremos la forma de salir de este embrollo con una actuación conjunta. ¿Está dispuesta a escuchar mi propuesta?

Ella asintió con la cabeza, relajando un poco los tensos hombros.

¿Se sentiría aliviada al permitir que él encontrase la forma de salir de aquel lío?

—Sugiero que simulemos conocernos desde hace tiempo. Que su viaje para visitar a su familia era solo una tapadera para verme a mí. Que nos comprometimos en secreto y que planeaba sorprenderme con fotografías de mi casa solariega como regalo de compromiso.

Ella se lo quedó mirando sin moverse. ¿Lo que había oído eran imaginaciones suyas?

—¿Está totalmente loco? —le preguntó por fin, casi escupiendo las palabras—. ¿Comprometidos? ¡Nadie con dos dedos de frente creería semejante patraña! ¿De dónde ha sacado una idea tan peregrina? Yo misma podría echársela abajo en un abrir y cerrar de ojos. No me puedo creer que eso sea lo mejor que se le ha podido ocurrir. ¿No es acaso un as de los negocios? Deje que me vaya. Diga que me ha cobrado una multa muy alta, le juro que no diré nada. ¡No puedo creer que no se le ocurra nada más sensato para soltarme sin que haya consecuencias!

Jarun dejó que ella se desahogase durante un par de minutos, fascinado por su pasión. Los ojos le relampagueaban, sus senos subían y bajaban con la agitación y tenía las mejillas cubiertas de rubor. ¿Resultaría igual de atractiva en la cama?

Levantó una mano para indicarle que hiciese silencio. Ella cerró la boca y le dirigió una mirada de rabia que, nuevamente, casi lo

hizo sonreír.

—Estoy de acuerdo con usted en que es una idea bastante descabellada —dijo. Hacía un par de horas, con su hermana, él también había arremetido contra lo mismo—. Pero tiene cierto mérito. Escúcheme. Si nos aliamos, si tenemos un motivo personal por el que se justifique que usted tomaba las fotografías en áreas prohibidas, nos libraremos del enfado de los ministros y la vergüenza que usted le causaría a su padre si la juzgaran y condenaran públicamente. El compromiso sería solo hasta que acabasen las negociaciones. Luego usted se podría volver a su casa y haríamos un comunicado de prensa diciendo que teníamos diferencias irreconciliables.

Ella pestañeó y siguió observándolo.

—No funcionará —dijo finalmente—. Nadie creería que usted se enamoraría de mí.

—¿Y por qué no? —preguntó él, sorprendido—. Es bonita y tiene espíritu aventurero, dos cualidades que atraerían a cualquier hombre. Podríamos habernos conocido en cualquiera de las ciudades que hayamos visitado.

—¡Venga ya! Usted es el sobrino del rey de este país. Su propio padre era un miembro importante del gabinete. Y yo soy la oveja negra de un magnate del petróleo. De mi hermana Margaret quizá fuera posible; es sofisticada, tiene éxito y nunca comete un error. Pero de mí... ¡No sé cómo se le ha podido pasar por la cabeza semejante cosa!

—Requeriría muy poco esfuerzo por su parte —prosiguió él, que estuvo a punto de estar de acuerdo con ella—: simular que es mi prometida, asistir a algunas recepciones, alojarse en mi casa por un tiempo. Tendrá algunas cualidades de actriz, supongo.

—Lo he hecho —negó ella con la cabeza—, pero no he tenido ningún éxito.

—¿Qué?

—He intentado actuar, pero soy muy mala actriz.

—¿Tiene alguna experiencia como prometida de alguien?

—No —volvió a negar ella con la cabeza—. Ni simulada, ni real.

No funcionaría, pero gracias por pensarlo. ¿No me puede dejar ir?

—Tendrá que funcionar. No veo otro modo de salir de esto sin

más complicaciones. La otra opción sería llevarla a otra cárcel y hacerla desaparecer hasta que acaben las negociaciones mientras sus padres se preocupan y la buscan infructuosamente. ¿Le parece mejor? ¿O está preparada para las consecuencias que podría haber si la juzgasen por espía?

Se dio cuenta de que había dado en la diana. Al igual que él, ella no quería hacer sufrir a sus padres. Sabía el efecto que un juicio tendría en las negociaciones de los contratos petrolíferos.

¿Accedería a su descabellado plan ahora que él había jugado aquella baza?

—Prometida y nada más, ¿de acuerdo?, con fecha de matrimonio indefinida y en proceso de conocernos —aclaró ella.

—Solamente eso —confirmó él, sin demostrar el alivio que sentía.

Quizá pudieran resolver el tema, después de todo. Bastaría simular hasta que se firmasen los contratos. Unas semanas, un mes como mucho.

—De acuerdo entonces. Supongo que tendré que acceder. ¿Puedo hacer una llamada?

Antes de que Jarun dijese nada, llamaron al teléfono. Respondió sin quitarle los ojos de encima a Sara. ¿Podía confiar en que ella cumpliría su parte, que una vez que saliese de la cárcel no se marcharía del país y al diablo con las consecuencias?

¿O se quedaría con la esperanza de conseguir las fotografías que la habían hecho arriesgarlo todo unos días atrás?

—Soy Garh, Jarun. He oído unos rumores muy interesantes sobre una espía norteamericana que tienes detenida en la cárcel —dijo la voz conocida.

—Deberías buscarte un informador mejor, Garh. No hay espías aquí. Ha habido un malentendido con respecto a un regalo que mi prometida quería hacerme.

Hubo una brevísima pausa.

—¿Prometida? No sabía que estuvieses comprometido. Tu tío no me ha mencionado nada. ¿Cuándo sucedió?

—Hace un tiempo. Por respeto al reciente fallecimiento de mi padre y el duelo de mi familia, decidimos esperar un momento más adecuado para anunciarlo. Sin embargo, su entusiasmo en sacarle unas fotografías a nuestra casa y regalármelas ha provocado que

adelantemos los planes. Se lo comunicaremos a toda la familia inmediatamente.

—Qué interesante. Ni siquiera sabía que conocías a la hija de Samuel Kinsale, y mucho menos que habías tenido tiempo de cortejarla —la desconfianza se reflejaba en su tono.

Jarun permaneció callado. Cuanto menos le dijese al viejo manipulador, menos tendría que recordar más tarde.

Pero, ¿cómo habría averiguado que era Sara? Jarun lo había hecho hacía apenas unas horas, al decírselo ella misma.

—¿Y cuándo es la boda? —preguntó Garh con voz de seda.

—Todavía no lo hemos decidido.

—Ah.

Jarun se sintió alarmado. ¿Qué estaría pensando el ministro?

—Quizá deberías poner fecha inmediatamente. A una novia se la puede excusar, pero los compromisos pueden romperse,

¿verdad? Otra cosa distinta sería perdonar a una obediente esposa.

Jarun percibió su tono de amenaza y se dio cuenta de que la idea de su hermana tenía más fallos de los que habían calculado.

—Puede que tengas razón. Ya te diré cuándo. Mientras tanto, Sara y yo volveremos a la capital esta tarde, si necesitas ponerte en contacto conmigo otra vez.

Colgó y se quedó mirando el teléfono. Garh dudaba de su palabra. De todos los ministros, era quien más presión ejercía en las negociaciones. Jarun no podía darle más poder para que las interrumpiese.

—El plan ha cambiado —le dijo a Sara con decisión—. Nos casaremos inmediatamente.

CAPÍTULO 2

Sara miraba por la ventanilla de la limusina, desconcertada ante la situación en que se había visto involucrada de la noche a la mañana. El desierto estaba envuelto en sombras, profundo y misterioso al atardecer. Sara apenas había visto el oasis cuando se marcharon, pero se le quedó grabada en la mente la imagen de un niño semidesnudo que seguía con la vista el lujoso vehículo que se alejaba.

El contraste entre la mansión de verano que Sara había fotografiado y el pequeño a la vera del camino era indignante.

Sabía de las diferencias en todas partes del mundo, pero las que existían entre la pujante capital y aquel remoto sitio en el desierto eran extremas. ¿Cómo podían los habitantes de la ciudad vivir en la abundancia cuando se hallaban rodeados de tanta miseria?

Aunque lo deseaba, no se atrevía a dirigir la mirada al hombre sentado a su lado; temía que él pensase que su interés era mayor que el de haberla rescatado de la cárcel. ¿Y quién era él en realidad? ¿Cómo había acabado accediendo a su plan? ¿Había alguna otra alternativa a su descabellada propuesta? Sara hizo un esfuerzo por pensar en otra solución que fuera beneficiosa para ambos. Mientras se dirigían a la costa, repasó sus opciones. No tenía demasiadas si quería ser fiel a su palabra. Ella había sido la causante de la situación, así que era importante que hiciese todo lo posible por evitar un escándalo mayor que malograse las negociaciones de su padre.

Sin embargo, no pudo dejar de sentirse atraída por la idea de huir en medio de la noche y tomar un avión a su casa.

¿Y si, apelando al buen corazón de su padre, le pedía ayuda?

—Nos llevará al menos dos horas llegar a Staboul City —dijo Jarun.

Sara lo miró y se sobresaltó al encontrar su intensa mirada fija en ella, lo cual le produjo un temblor de excitación. Desvió la vista con el corazón acelerado. Al subirse al coche, él había cerrado la separación entre ellos y el chofer, por lo que durante las siguientes dos horas se encontrarían aislados allí, solos. En aquel instante, el coche se sacudió por un bache, arrojando a Sara contra el firme

pecho masculino. Se enderezó rápidamente, más consciente aún de las diferencias entre los dos. Ella estaba cansada, sucia e intentaba olvidarse del miedo que había pasado durante aquellos dos días; él se veía tan inmaculado como lo había estado por la mañana.

—Será mejor que se abroche el cinturón. Uno de los beneficios de la explotación del petróleo será que podremos reparar nuestros caminos.

—¿Y ayudar a la gente de pueblos como el que acabamos de dejar? —preguntó ella, ajustándose el cinturón. No quería acabar en el regazo de él otra vez.

—Los contratos nos permitirán hacer muchas cosas, incluso extender la educación a todos los niños, construir hospitales, generar empleo. Llevar a mi gente de su pasado nómada al futuro de la tecnología.

Sara intentó concentrarse en sus palabras y no en las sensaciones que le producía la voz masculina, como si él la estuviese tocando, a pesar de haber al menos veinte centímetros entre los dos. Sentía apenas el perfume de su varonil loción de afeitar. El aire parecía cargado de electricidad.

Desvió la mirada, dirigiéndola a la creciente oscuridad. Dos horas. Parecía una eternidad para estar encerrada con el jeque Jarun bak Samin, aunque no tanto como lo sería si aceptase casarse con él.

—Propongo que aprovechemos el tiempo que tenemos para conocernos. Si pretendemos que nos salga bien esta farsa, necesito saber algo más de usted, además de que intentó tomar fotos de un área restringida sin permiso y que es la hija de Samuel Kinsale.

Sara tenía sus dudas de que aquello les saliese bien. Aunque no haría nada que malograse la carrera de su padre, temía que sus habilidades como actriz no fuesen suficientes como para convencer a la gente de que ella y aquel poderoso hombre estaban enamorados. Si ni siquiera se sentía cómoda a su lado en el coche, ¿cómo haría para simular devoción?

El hecho de que aquel hombre fuese el más sexy que había conocido en su vida no era motivo para dejar de pensar con coherencia. Tomó aliento e intentó pensar en algo más racional.

Necesitaría todo el poder de su mente para no salir mal parada de aquella situación.

—Si vamos a ser marido y mujer, será mejor que al menos nos tuteemos. ¿Empiezo yo? Hola, soy Jarun bak Samin, encantado de conocerte —dijo él, tendiéndole la mano.

Sara se la estrechó con reticencia, pensando que él lo haría de forma rápida y formal. ¿Significaba su comentario que él tenía sentido del humor? Hasta aquel momento no había dado muestras de ello.

Su contacto la hizo sobresaltarse. Su mano era cálida, firme, y apretó la suya como si fuese de cristal, produciéndole un hormigueo que le quitó el aliento. Se sintió transportada a otro nivel de existencia, como si todo lo anterior hubiese sido un preludio de aquel placer maravilloso.

Retiró la mano precipitadamente e intentó sonreír, pero sus músculos faciales se negaron a obedecerla. El corazón le latía acelerado en el pecho y una oleada de calor le recorrió el cuerpo.

Tomó aire, lo cual fue un error, ya que inspiró su perfume.

Intentó no decir una tontería.

—Mucho gusto. Soy Sara Kinsale, la hija menor de Samuel y Roberta Kinsale —logró articular.

—¿Dónde podríamos habernos conocido, Sara? Aquí no, esta es tu primera visita a mi país. ¿Quizá algún otro sitio al que tu padre viajase con frecuencia y yo hubiese tenido oportunidad de visitar?

—Ha estado en toda Europa. A veces he ido con ellos. ¿Qué te parece París?

El jeque pareció reflexionar un instante y luego asintió.

—Perfecto. Mi madre es francesa y yo voy allí con frecuencia. He estado dos veces en los últimos dos años. ¿Has estado allí últimamente?

—No vivo con mis padres desde que me marché a la universidad, pero hace unos meses fui con ellos a París —asintió ella. Se había quedado sin trabajo y había estado un poco perdida. Poco tiempo después de volver, había conseguido el trabajo como reportera gráfica.

—¿Así que fuiste a la universidad? ¿Dónde te sacaste el título?

Ella nombró una universidad conocida, pero frunció levemente el entrecejo.

—Lo que pasa es que no acabé la universidad. No sabía qué estudiar.

—¿No tuviste la opción de hacer periodismo y fotografía?

—Con dieciocho años tenía la ilusión de seguir los pasos de mi padre. Estudié administración de empresas durante un tiempo, pero la carrera tenía demasiada economía y matemáticas; luego pensé en ser intérprete porque hablo bastante bien el francés, pero tampoco la acabé.

—Entonces, ¿qué estudiaste después? —le preguntó él cuando se quedó silenciosa.

—Intenté hacer teatro. Incluso me dieron un papel en una de las obras de la universidad, pero tuve muy malas críticas. Por eso dudo que tu plan funcione. ¿Cómo puedo fingir ser tu prometida si mis dotes de actriz son prácticamente nulas?

—Nadie lo cuestionará si eres mi esposa. Mientras te muestres solícita cuando estemos en público, no creo que haya problema.

El corazón pareció detenérsele a Sara, para luego latirle aceleradamente.

—No puedo casarme contigo.

—Eso quedó establecido antes de partir hacia aquí.

—Ya sé que dijiste que nos tendríamos que casar, pero piénsalo, es... es una locura.

—Escúchame bien, Sara Kinsale —le dijo él, acercándose a ella para dirigirle una mirada dura como el acero—. Tú has puesto en peligro algo muy importante para mi país. Nosotros no somos la nación más rica de la tierra, con un nivel de vida que supera a todos los demás. La pobreza y la enfermedad afectan a mucha gente. Quiero lograr que eso mejore y para ello necesitamos una inyección de capital. Estamos negociando con tu padre unos contratos petrolíferos que nos darán esa inyección. Es la solución perfecta y no permitiré que lo arruine todo la irresponsabilidad de una mujer. Te casarás conmigo, fingirás ser una esposa sumisa en público y no comentarás esto con nadie hasta que el último contrato haya sido firmado, sellado y entregado. Entonces pediremos una discreta anulación y podrás volver a los brazos de tu padre.

—¡Señor, sí, señor! —dijo ella, levantando la barbilla. No se sentía intimidada por sus palabras, sino más bien excitada. ¿Qué le sucedía? Tendría que estar muerta de miedo; pero en lugar de ello, la sangre le corría por las venas acelerada, latiéndole, se sentía más viva que nunca. ¿Quería casarse? De acuerdo, ¡ya le demostraría lo

que significaba estar casado con ella!

—¿Y tú? ¿Dónde has estudiado? ¿Cuál es tu color favorito?

¿Cómo es que no te has casado todavía? —le preguntó.

Sara no dejaba de sorprenderlo, pensó Jarun. Hacía mucho tiempo que nadie lo hacía. Durante un instante, cuando la había desafiado, le pareció que ella se doblegaría ante su mirada. Pero su pequeña barbilla se levantó desafiante y sus ojos plateados relampaguearon.

Aunque la solución propuesta por Jasmine le había parecido ridícula, cuanto más tiempo pasaba junto a Sara Kinsale, más factible le parecía la idea. Al menos, aunque durase poco, no sería un matrimonio aburrido.

Casi se le escapó una sonrisa al imaginarse la expresión del rostro de su tía cuando conociese a su futura esposa. La mujer de su tío estaba convencida de que ella regía a la familia. Aunque Jarun siempre actuaba de forma correcta y cortés, no lo dominaba nadie, y mucho menos su tía, que habría sido feliz viviendo a principios del siglo pasado.

Quizá pudiese sacarle provecho a la situación para lograr un mayor apoyo del país. La gente siempre se sentía atraída por lo romántico, pensó con frialdad, y se preguntó cómo podían darle un giro positivo a la situación para acallar los rumores que seguramente intentaría extender Garh.

—Fui a Eton y luego a Harvard. Y después me especialicé en administración de empresas en Wharton, Pennsylvania —dijo, al darse cuenta de que ella esperaba su respuesta.

—Oh —dijo Sara, apoyándose en el respaldo para dirigirle una mirada de respeto, la primera que él había visto en sus ojos.

—Mi color favorito es el verde —dijo, aunque el plateado iba ganando posiciones aceleradamente—. Y el motivo por el que no me he casado no te incumbe. Y tú, ¿quieres decirme por qué?

Ella abrió la boca y él contuvo el aliento, preguntándose cuál sería su respuesta. Cuando ella la cerró de golpe y negó con la cabeza, se sintió desilusionado.

—¿Sabías que el verde es el color que eligen casi todos los genios? ¿Eres superlisto?

Jarun lo dudaba, considerando que pensaba poner en funcionamiento la idea de su hermana.

—¿Tu color favorito? —le preguntó.

—Azul. Mi helado favorito, el de vainilla. Ya sé que es aburrido, pero me encanta. Mi serie favorita de la tele es Star Trek. Adoro el chocolate, en cualquiera de sus formas. Soy autosuficiente desde que acabé la universidad. Y no tengo ningún animal, aunque siempre me hubiese gustado tener un perro.

—¿Sabes montar a caballo?

—Son las lecciones que más me gustaron siempre —asintió ella con la cabeza—. ¿Y tú?

—Sí. Poseo un par de caballos. Después de todo, parece que tenemos algo en común.

—No necesitamos tener nada en común. Esto es algo provisional.

—¿Cuánto tiempo crees que tardaréis en firmar ese contrato? Si lo hacéis pronto, no necesitaremos ni siquiera casarnos.

—No tengo modo de saberlo. Si no encontramos escollos, unas pocas semanas. Si se presentan complicaciones, podría ser más. Ya vamos por los cuatro meses de negociaciones.

—¡Cuatro meses! ¡Dios santo! ¿Por qué es tan lento? Lo que quiero decir es, ¿no leéis las condiciones, estáis de acuerdo o no, resolvéis el tema, firmáis y listo?

—Es un poco más complicado que eso. Y tener en medio una espía americana no ayuda demasiado.

—No soy una espía —masculló ella.

—Una espía al menos intentaría pasar desapercibida —dijo él, dirigiéndole una mirada a su cabello, que lo fascinaba. Deseaba tocárselo para ver si era tan suave como parecía—. Tu pelo te distingue de la mayoría de la gente del país. Tendrías que habértelo teñido o ponerte una gorra.

—Mira, hagamos un trato. Tú dejas de decir que soy una espía y yo haré lo posible por parecer una novia enamorada.

—Esposa —le recordó él.

—¡De acuerdo! Esposa durante lo que se tarde en firmar el maldito acuerdo.

Llamaron a su teléfono móvil. Jarun lo abrió y oyó la voz de su hermana.

—¿Y? ¿Qué ha sucedido? —le preguntó Jasmine sin preámbulo alguno.

—Mi prometida y yo nos dirigimos a mi villa en este momento. Sin embargo, ha habido un ligero cambio de planes. Garh Sonharh se ha enterado y desconfía de nuestra relación. Nos casaremos inmediatamente.

Se oyó un ahogado grito de Jasmine.

—¡Estás de broma! ¿De verdad piensas casarte con esa mujer?

Jarun, es todavía peor que la idea que tuve yo. Un compromiso es una cosa, pero, ¿casarse?

—Ya lo hemos decidido. Nos reuniremos con el resto de la familia por la mañana. Hoy no sería auspicioso —dijo él, viendo que Sara tenía la ropa sucia y arrugada y señales de cansancio alrededor de los ojos, que le lanzaban una mirada de rabia.

—Me arrepiento de habértelo sugerido. Tendrías que haber escuchado a Piers. Su idea era más sensata —dijo Jasmine.

—Ya está decidido.

—Siempre has sido obcecado. ¿Por qué no sigues con la idea del compromiso y al diablo con Garh? O que se quede en la cárcel.

No vale la pena arriesgar tu futuro.

—Ya me ocuparé yo de mi futuro. Hasta mañana, Jasmine.

—Pensaba que me llevarías al hotel —dijo Sara en cuanto él cortó.

—Quizá lo haga por la mañana.

—¿Por la mañana? ¡Quiero ir ahora!

—¿Con esa apariencia? ¿No crees que suscitarías una serie de interrogantes sobre dónde has estado y lo que has hecho? —le preguntó con voz suave como la seda.

—Creía que te preocupaba que mis padres sufriesen por no saber mi paradero.

—Mi secretario ya los ha llamado para asegurarles que tú estás bien y conmigo. ¿Hay algo más normal que dos amantes que llevan meses sin verse quieran estar juntos?

—¿Amantes? —repitió ella con un sobresalto.

Él no había pensado más allá de la ceremonia que los uniría en matrimonio. No se le había ocurrido lo difícil que podría resultar no sentirse tentado por aquella mujer, teniéndola tan cerca.

Su forma de pensar lo intrigaba realmente y no podía quitarle la vista de encima a su sedoso cabello de color platino. Se dio cuenta de que deliberadamente decía cosas para irritarla y ver cómo

relampagueaban sus ojos. Era una mujer apasionada. ¿Sería igual de apasionada en la cama? ¿Sería tan ardiente y cautivadora como Sherezade? Seguro que con el hombre adecuado, sí. ¿Se imaginaría ella lo que él estaba pensando? ¿Tendría pensamientos similares?

—¡No somos amantes! —dijo ella.

—Podríamos serlo.

—Más quisieras tú.

—Ya veremos.

—Un momento. Si crees que casarte te da derecho a compartir la cama conmigo, tendremos que hablar un poco más.

—Claro que me da ese derecho. Y ya veremos si lo ejerzo o no.

—Yo tengo voz en esto también.

—Desde luego. Los mismos votos te dan derecho a mi cama.

—Ah.

Se apoyó en el respaldo del asiento con los ojos abiertos de par en par y la mirada fija, como si acabara de darse cuenta de lo que ello significaba.

Jarun la miró en la penumbra. Parecía perdida, sola y aturdida ante la idea. Le dieron deseos de besarla. Sus ojos se dirigieron a los labios femeninos, húmedos, sonrosados y llenos. ¿A qué sabrían? ¿Cómo respondería ella si la tomase en sus brazos y la besase? ¿Sería capaz de encender por él toda aquella pasión?

—No te metas en mi cama y yo no me meteré en la tuya —dijo ella finalmente.

—¿Seguimos con la información? —le preguntó, porque no le gustó su sugerencia. ¿Se habría dado cuenta ella?

Parecía que no, porque prosiguió con su letanía de las cosas que no le gustaban y las cosas que sí, además de anécdotas de su familia y amigos. Jarun se echó atrás para observarla, disfrutando con la forma en que las emociones se reflejaban en el rostro femenino. Y siguió fantaseando con la idea de hundir su mano en aquella cabellera y comprobar si sus rizos se ensortijarían alrededor de sus dedos.

Hacía rato que había oscurecido cuando llegaron a su villa. Se hallaba junto al mar, a pocas millas de la ciudad de Staboul. Los diecisiete acres de intimidad, con una playa que apenas usaba, habían sido una herencia de su padre. Jarun le había ofrecido a su madre acceso libre de por vida y ella a veces residía con él durante

semanas, hasta que se marchaba cuando los recuerdos comenzaban a atormentarla y necesitaba cambiar de aires.

Recordó durante un momento lo felices que habían sido sus padres en su matrimonio. ¿Se habrían opuesto sus abuelos a la boda? Nunca había oído nada al respecto, pero se había preguntado con frecuencia si ellos habían aprobado que su hijo se casase con una extranjera. Su madre, que había nacido en Francia y crecido en Marruecos, amaba el desierto, amaba la cultura y adoraba a su padre.

Su tía nunca había aceptado a su cuñada totalmente y Jarun imaginaba cómo reaccionaría frente a su boda con Sara. Mejor hacerlo rápido. Podían atribuir la falta de celebración a la prematura muerte de su padre, acaecida seis meses atrás.

Todavía estaban de luto.

—Se huele el mar —dijo Sara.

—Mi casa está en la playa. Puedes nadar en el mar todos los días si quieres, pero asegúrate de ir con alguien por si tienes problemas —durante su conversación, ella le había hablado de lo mucho que le gustaba el océano. Al menos se lo podía pasar bien hasta que anulasen el matrimonio.

A mitad camino, Jarun había hecho una breve llamada a su ama de llaves pidiéndole que preparase una suite para su prometida, y ella lo había informado de la llegada de su madre. Aunque hubiese preferido disponer de uno o dos días más antes de presentar a Sara a su familia, no estaría mal que su madre estuviese ya en la casa. Necesitaría todos los aliados posibles para tener éxito con su plan. Jasmine lo ayudaría, y ahora tendría el apoyo de su madre también.

—¡Hala! ¿Es la tuya? —preguntó Sara, al ver la casa totalmente iluminada, esperando la llegada de su amo.

—Sí.

—No parece árabe. Más bien una villa francesa, o una mansión de la Costa del Sol.

—Mi padre la construyó para mi madre, que es francesa,

¿recuerdas? Qué bien que hables francés con fluidez. Le encantará poder hablarlo contigo. Aprendió el árabe, por supuesto, pero sé que a veces echa de menos su lengua materna.

—Quizá esta idea no sea tan buena. Una cosa es engañar a tus ministros, pero ¿a tu madre?

—A tus padres también.

Sara lo miró.

—Creí que al menos les podría explicar...

—Poco sensato —dijo él, negando con la cabeza—. Una palabra equivocada y se descubriría el pastel. Yo perdería lo que ya he ganado y las negociaciones por los contratos petrolíferos se irían al garete. Solamente tú, Jasmine y yo sabremos la verdad.

—Jasmine es tu hermana, ¿por qué no puedo yo decírselo a alguien de mi familia?

—No.

El coche se detuvo frente a las amplias puertas dobles y estas se abrieron de par en par, dando paso a una mujer vestida con uniforme que se detuvo silenciosamente a su lado.

—Veamos si tus dotes de interpretación han mejorado algo desde tu época estudiantil —dijo él antes de que el chofer les abriese la puerta del coche.

Sara se bajó, entumecida e incómoda.

Jarun habló en árabe cuando preguntó si las habitaciones de Sara estaban preparadas y Aminna respondió afirmativamente. Su ama de llaves era discreta y eficiente. También era leal, ya que había estado con sus padres mucho antes de que él heredase sus servicios junto con la casa.

—Vuestra madre ya se ha retirado. Como sabía cuándo volveríais a casa, no le dije nada sobre la llegada de vuestra invitada —dijo la mujer.

—Has hecho bien, Aminna. Ya tendremos tiempo por la mañana —replicó Jarun.

Apoyándole a Sara la mano en el nacimiento de la espalda, la guió hacia el interior de la casa.

—Te acompañaré a tus habitaciones —le dijo en inglés.

Sara tuvo una sensación de amplitud cuando caminaron por el pasillo en la dirección que él indicaba. Apenas había visto el vestíbulo y los demás salones, aunque todos se hallaban iluminados. Los techos altos y las paredes blancas contribuían a generar aquella sensación de espacio, aunque a la velocidad que él la llevaba no pudo ver demasiado. Tampoco se lo permitía el hormigueo que sentía por el contacto con la mano masculina.

¡Apenas podía caminar! Seguramente se debía a la fatiga. No

había dormido bien las dos noches anteriores. Durante un Instante sintió la estúpida tentación de apoyarse contra aquellos hombros fuertes que se hallaban tan cerca de ella, pero al darse cuenta de su tontería, se separó de la mano, aunque la excitación continuó.

—Si me dijeses cuál es mi habitación, bastaría.

Él abrió una puerta y se hizo a un lado para que ella entrase.

El dormitorio parecía de cuento de hadas. Una puertaventana se abría hacia una terraza y la brisa del mar movía las vaporosas cortinas. La cama era enorme y dominaba una pared. Estaba rodeada por un mosquitero de tul, como esperando cobijar a una princesa. Una puerta abierta mostraba un lujoso cuarto de baño.

—Me vendría bien una ducha caliente —dijo Sara, recorriendo con la mirada el decorado y el fresco suelo de terrazo. Qué diferencia con la celda en la que había pasado dos noches encerrada.

—Me ocuparé de que Aminna te traiga algo para ponerte —dijo Jarun—. Por favor, llama si necesitas algo —añadió, saliendo y cerrando la puerta.

Sara se dirigió a la puertaventana y se asomó al exterior. Había plantas en flor cerca de la terraza y un sendero que se alejaba... ¿hacia el mar? Volvió a entrar. Ya tendría tiempo para explorar al día siguiente. ¡Ahora lo que necesitaba era una ducha!

A los pocos minutos se encontraba bajo el chorro caliente, disfrutando del agua que se deslizaba por su cuerpo.

Lentamente, se lavó el pelo y se enjabonó la polvorienta piel.

Mientras la cálida agua la acariciaba, su cansada y traidora mente se imaginó que eran las manos de Jarun las que le recorrían las curvas, le tocaban los pechos, conocían cada centímetro de su cuerpo.

Una ducha fría sería mejor, pensó volviendo a enjabonarse el cabello. ¡Quería eliminar todas las huellas de su reciente experiencia. Finalmente, cuando al relajarse comenzó a acusar el cansancio, cerró el glifo. Las toallas eran un placer, suaves y esponjosas, acorde con todo lo demás. Se envolvió en una y utilizó otra para hacerse un turbante con ella.

No tenía qué ponerse, ni siquiera la ropa interior, que estaba sucia. La lavó rápidamente y la colgó en el toallero. Estaría lista para el día siguiente. Quizá el ama de llaves le había dejado un

camisón sobre la cama. Abriendo la puerta, salió al opulento dormitorio y se paró en seco: Jarun se hallaba sentado en una silla y parecía sentirse como en su casa.

¿Qué haces aquí? —preguntó a la defensiva. Aunque la toalla la cubría hasta casi las rodillas, el saber que no llevaba nada debajo la hacía sentirse vulnerable.

Jarun arqueó una ceja, y sus ojos le recorrieron el cuerpo de arriba abajo, encendiéndole dentro una hoguera que le aceleró los latidos del corazón. No le pudo quitar los ojos de encima cuando él se levantó y se acercó con un delicado camisón en la mano. Te he traído algo que ponerte para dormir.

Ella se quedó mirando la etérea prenda y luego elevó los ojos hasta los de él, sorprendiéndose al ver su ardiente mirada.

Hipnotizada, no se pudo mover ni tampoco articular palabra.

Durante un momento, ninguno de los dos se movió.

Luego, lentamente, él inclinó la cabeza y sus labios tocaron los de ella. Sara emitió un leve suspiro y cerró los ojos. La boca masculina era cálida y firme, y se movía sobre la de ella con suavidad. Casi le falló el corazón cuando él la rodeó con sus brazos, estrechándola contra su firme cuerpo, pero estaba demasiado ocupada rodeándole el cuello con los suyos mientras su beso le encendía cada célula del cuerpo. El viril abrazo era apasionado y excitante.

Jarun se movía contra ella con placer sensual, haciendo que su deseo aumentase y que se sintiese transportada lejos del recuerdo de los recientes acontecimientos, lejos de toda su experiencia anterior, llevada por la magia de su contacto, de sus caricias.

Cuando él acabó el beso, ella no se apartó. Sentía los párpados tan pesados, que tuvo que hacer un esfuerzo por abrirlos y hundirse en las profundidades de los del hombre que la seguía estrechando en sus brazos.

—El primer beso siempre es un poco extraño. Era mejor dárselo en privado que en público —dijo él.

Soltándola, se inclinó a recoger el camisón que se le había caído de la mano. Se lo dio y luego le rozó los labios una vez más con el pulgar, como si quisiese capturar un poco de su humedad para llevársela consigo.

Sara lo miró, aturdida, mientras él se daba la vuelta y se

marchaba. El ligero chasquido de la puerta al cerrarse la sacó de su embrujo.

¿El primer beso? ¡Dios bendito! ¿Es que todavía habría más?

CAPÍTULO 3

Cuando Sara se despertó a la mañana siguiente, en lo primero que pensó fue en Jarun, aunque no de la forma en que a él le hubiese gustado. La noche anterior le había costado dormirse intentando pensar en una forma de librarse del enredo en el que se hallaba. Tenía que haber un modo de escabullirse sin que nadie saliese malparado.

La noche anterior Aminna le había llevado un plato de sopa, una ensalada y té. En cuanto comió, Sara se metió en la cama, deseando entregarse al olvido del sueño, pero no pudo dormirse pensando en el día siguiente.

Sus padres eran el primer escollo. O quizá la madre de Jarun. ¿Le presentarían también a los ministros que cuestionaban su relación? ¿Tendría que defenderse de ellos, demostrarles lo mucho que amaba a Jarun, un hombre que conocía desde hacía veinticuatro horas? ¿Y a su hermana? ¿Y al colaborador de confianza, Piers?

Se cubrió la cabeza con la sábana, deseando poder volver a dormirse y no despertarse hasta que los contratos estuviesen firmados. El día se le presentaba amenazador. ¡No lograrían engañar a nadie!

Pero aire del mar la llamaba. Se levantó y descalza se dirigió a la terraza. Habían corrido el toldo para protegerla del sol matutino.

Salió, pisando las frescas baldosas. La brisa le arremolinó el camisón contra las piernas y jugueteó con su cabello. Al meter los pies en el agua fresca, Sara deseó ir a nadar, olvidarse del lío en el que ella misma se había metido, pero no podía.

Se dio la vuelta y volvió a entrar en la habitación. En un sofá cerca de la puerta encontró su ropa, limpia y planchada.

Lanzando un trémulo suspiro, la agarró y se dirigió al cuarto de baño. Tenía que enfrentarse a la realidad.

Vestida, con el cabello cepillado y deseando haber podido maquillarse, Sara salió al pasillo y se dirigió a la entrada. Oyó un murmullo de voces y el tintinear de cubiertos y porcelana.

Siguiendo el sonido, llegó al comedor, que daba a un jardín lleno de flores: su color rojo profundo, amarillo brillante y blanco

prístino contrastaba con el oscuro color verde del follaje. En el aire flotaba su perfume, junto con el de bollería recién sacada del horno y delicioso café.

Jarun estaba sentado a la cabecera de la mesa, con una mujer mayor a su derecha. Ella vestía un elegante traje de diseño francés. Las perlas que adornaban sus orejas y le rodeaban el cuello eran discretas aunque de evidente valor. Al ver a Sara, la mujer hizo una pausa con la taza de café suspendida de camino a la boca. Jarun levantó la vista.

—Sara, pensé que dormirías hasta más tarde. De lo contrario, te habríamos esperado.

Se puso de pie, acercándose a ella para tomarle una mano que se llevó a los labios. Le dio un beso mientras sus ojos se clavaban en los de ella y le lanzaban una advertencia—. Buenos días —le dijo con tono íntimo y expresión posesiva y sensual, para luego decir en francés—: Permíteme que te presente a mi madre, Angelique bak Samin. *Ma mère*, esta es Sara Kinsale, mi futura esposa.

Angelique se levantó y, acercándose a ellos, besó a Sara en ambas mejillas.

— *Enchantée, mademoiselle*. Mi hijo me estaba hablando de su compromiso. Sé que lo han mantenido en secreto debido al reciente fallecimiento de mi esposo, pero una noticia tan feliz como esa merece salir a la luz. Nos alegrará un poco la vida.

—Bienvenida. Puedes llamarme Angelique.

Al compararse con ellos, Sara se sintió desaliñada e incómoda.

Deseó haber tenido otra cosa que ponerse además del traje safari color kaki que le había parecido tan elegante hacía unos días.

—Encantada de conocerla. Por favor, tutéeme —respondió en francés. Al menos podría practicar su francés.

Jarun, solícito, la sentó a su izquierda y llamó a Aminna para que les hiciese más café.

—Háblame de este noviazgo tan repentino —dijo la madre de Jarun, aceptando su sugerencia—. Ya me comenzaba a preocupar por mi hijo. Ha estado tan metido en los negocios desde que su padre lo puso a cargo de todo… Me alegra que haya encontrado tiempo para asegurar su futuro y el de su familia. Me habéis dado una gran alegría.

Sara sonrió sin saber qué decir. Se sentía culpable y agradeció la

llegada de Aminna con el café. A pesar de sus nervios, el desayuno transcurrió sin problemas. Jarun inventó una historia increíble sobre cómo se habían conocido y Sara lo escuchó boquiabierta, esperando recordar los detalles por si se los preguntaban más adelante.

Cuando acabaron el desayuno, Sara casi estaba convencida también de la fantasía de cómo se habían conocido en París, enamorado en la Rue de Calais, bailado hasta el amanecer y conocido más íntimamente paseando por los jardines de las Tullerías.

—Tenía idea de quedarme un tiempo —dijo Angelique—, pero me mudaré inmediatamente a los apartamentos de Jasmine.

Querréis estar solos, especialmente si no podéis iros de luna de miel en este momento. Eres muy comprensiva al esperar que se firmen los contratos petrolíferos.

Sara parpadeó, mirando a Jarun. ¿De qué habría estado hablando con su madre antes de que ella llegase? Sonrió, preguntándose qué decir. No había sido buena actriz cuando tenía parlamentos que memorizar, ¡la improvisación le resultaba todavía más difícil!

—No queremos que acortes tu visita, madre —dijo él.

—Tonterías. Recuerdo cuando tu padre y yo estábamos... —se interrumpió y se le llenaron los ojos de lágrimas, que se los secó con la servilleta de hilo. Retiró la silla—. Disculpadme. Le diré a una de las doncellas que comience a hacer las maletas inmediatamente —dijo, y se marchó casi corriendo.

—Tendría que quedarse —dijo Sara, siguiéndola con la vista—.

No interrumpiría nada.

—Mi padre y ella tuvieron un apasionado romance desde el día en que se conocieron. Me da la impresión de que ella cree que a nosotros nos sucede lo mismo y que por eso nos queremos casar inmediatamente.

Después de haber recibido un beso de Jarun, no le costó trabajo imaginarse abrazada a él, ignorantes los dos del mundo que los rodeaba, inmersos en la emoción del contacto físico, los sentimientos y la pasión. ¿Cómo sería ser amada por aquel hombre? De repente, se dio cuenta de lo que él acababa de decir.

—¿Casarnos inmediatamente?

—Cuanto antes, mejor. ¿Has acabado?

Ella tomo el último tragó de café, se secó los labios con la servilleta y la puso junto al plato. Lo último que necesitaba en aquel momento era pensar en Jarun. Si quería lograr que aquella farsa saliese bien, necesitaba tener la mente clara en vez de fantasear.

—Lista —dijo.

—Todavía es pronto. Tenemos tiempo.

—Nunca es demasiado pronto para un hotel. El Presentation Hotel está abierto las veinticuatro horas del día. Estoy lista.

—Después de la boda —dijo él, mirando el reloj—, que está programada para las diez. Creo que Jasmine te ha encontrado un traje apropiado.

—¿Qué?

Jarun se levantó y se marchó antes de que ella pudiese articular algo coherente. Sara lo siguió con la vista, totalmente atónita. ¡No lo diría en serio! No se podía preparar una boda en tan poco tiempo. Y menos aún sin decírselo a la novia.

Se puso de pie, decidida a encontrarlo y decirle que no podían casarse. Tenía que ofrecerle alternativas antes de que aquello pasase a mayores.

Cuando se dirigía a la entrada, la puerta se abrió y entró una mujer delgada y pequeña de hermoso cabello negro que vestía un bonito traje de chaqueta de color rosa. La acompañaba un hombre alto vestido con el uniforme de chofer que llevaba una bolsa en sus brazos. Las dos se miraron un instante.

—Tú debes de ser Sara —dijo la mujer en perfecto inglés.

—Jasmine, supongo —dijo Sara. La mujer parecía una versión femenina y reducida de Jarun. Su sonrisa radiante la sorprendió.

—Ahora me doy cuenta de por qué mi hermano accedió a llevar a cabo esta idea tan descabellada —dijo, observando a Sara.

—No funcionará —dijo Sara.

—Si Jarun dice que sí, funcionará. Te he traído tu vestido de boda —dijo, recordándole con una mirada la presencia del chofer—. Qué habitación te ha asignado Aminna?

—Por aquí. Pero...

Jasmine tomó la bolsa de manos del sirviente y lo despidió. Se dirigió a la habitación de Sara.

—Rápido, tienes que probártelo. No fue fácil encontrar algo de

tu talla con tan poco tiempo. Jarun me llamó a las siete de la mañana pidiéndome que te eligiese un vestido de novia. ¿No sabe acaso que la mayoría de las tiendas de ropa no abren antes de las diez? Veamos cómo te queda.

Sara la siguió, sintiéndose arrastrada por aquel torbellino. Veinte minutos más tarde, se miraba en un espejo de cuerpo entero. El blanco vestido de encaje le quedaba como si hubiese sido hecho a medida. Era corto y elegante, adecuado para un cóctel, el teatro o una boda matutina. Los zapatos le quedaban grandes, pero Jasmine les puso algodón en la punta.

Los rizos de color platino le enmarcaban el rostro como un halo y el ligero toque de maquillaje que le dejó Jasmine resaltaba sus facciones, profundizando la expresión misteriosa de sus ojos, dándole un toque de rubor a sus mejillas, haciendo que casi pareciese una novia ilusionada.

Al menos su aspecto era cien veces mejor que el que tenía cuando él la conoció. Estaba bastante convincente. Sonrió. A ella le gustaba. Quizá, solo quizá, podrían salirse con la suya. Tenía que intentarlo, aunque solo fuese por su padre.

—No le hagas daño a Jarun, no traigas la desgracia a mi familia.

¿Comprendido? —le dijo Jasmine, mirándola a través del espejo con expresión solemne.

—Jamás haría semejante cosa —dijo Sara, elevando la barbilla —.

Ni tampoco traería la desgracia a la mía... ¿no es acaso ese el motivo de esta farsa?

Al formular aquellas palabras, volvió a la realidad. No era una novia ilusionada dispuesta a intercambiar votos con el hombre que amaba. Estaba por llevar a cabo un matrimonio de conveniencia para rectificar un error. Mirando con discreción su reloj, se dio cuenta de que no tenía tiempo para proponerle a Jarun una solución alternativa. Daba igual, sabía que él nunca aceptaría sus ideas. Hacía rato que se había pasado el momento de la decisión.

Quizá funcionase aquello. En cuanto se firmasen los contratos petrolíferos, conseguirían la anulación y se separarían. Podía hacerlo. Sería solo unas semanas.

Jarun no había dejado nada al azar. Se ocupó de que Samuel Kinsale y su esposa asistiesen a la ceremonia, porque de lo contrario

habrían sospechado algo. Pero hizo que llegasen unos minutos antes del inicio de la ceremonia para que solo pudiesen hablar con su hija después de que esta estuviese casada.

Su madre y su hermana asistirían, por supuesto, así como su consejero y amigo, Piers. No invitó a sus tíos, por temor a que ellos desbaratasen la ceremonia antes de que esta se pudiese celebrar. Resultó conveniente que estuviesen de luto. Una ceremonia íntima parecería lo adecuado.

A las diez, llegaron Samuel Kinsale y su esposa Roberta.

Angelique los recibió y los acompañó a los jardines que daban al mar. Respondió a sus preguntas lo mejor que pudo, pero Samuel no estaba satisfecho. Hasta aquella mañana, cuando Jarun les había telefoneado, ni su mujer ni él tenían conocimiento alguno de que su hija menor conociese a Jarun, y mucho menos de que pensase casarse con él. Las explicaciones habían sido demasiado breves y apresuradas.

Angelique le dijo lo que sabía y le rogó que esperase para hablar con Sara después de la ceremonia.

El jardín era el escenario perfecto para una boda íntima. Jarun repasó todo desde la puerta, viendo con frialdad el romántico entorno. Si nadie los interrogaba demasiado, quizá pudiesen llevar a cabo aquella farsa. Kinsale era un enigma. Esperaba que el americano escuchase a Angelique y no le hiciese preguntas a Sara hasta después de la ceremonia.

Sara también era un enigma. ¿Cumpliría con el acuerdo, o se echaría atrás en el último momento, dando a Garh y sus seguidores un arma para utilizar en su cruzada contra el progreso?

Jasmine se acercó corriendo a su hermano, sonriendo inquieta.

—He hecho lo que he podido. Buena suerte. Sigo pensando que un compromiso habría sido suficiente.

—Siéntate con mamá, está un poco agobiada.

—No me sorprende. ¿Qué tal se lo ha tomado la familia de la novia?

—Mejor de lo que lo esperaba, en realidad, aunque su madre parece azorada. Su padre montó un poco de jaleo al llegar, pero se ha conformado con hablar con Sara más tarde. ¿Habrá oído los rumores? Comprenderá la necesidad de semejante paso.

—Quizá estén contentos de deshacerse de ella —murmuró

Jasmine, dirigiéndose adonde se hallaban los demás.

Él se dio la vuelta y esperó hasta ver aparecer a Sara por el pasillo. Tenía aspecto tímido y virginal, y su belleza le quitó el aliento. Cuando los ministros de su tío la viesen, harían pocas preguntas. Inmediatamente supondrían que se había casado con ella por su belleza, su mente y su procedencia.

—¿Han venido mis padres? —preguntó ella, llegando hasta el umbral.

—Todos esperan en el jardín. ¿Estás lista?

Ella titubeó un instante y luego asintió con la cabeza.

—¿Vamos? —dijo, ofreciéndole el brazo.

Ella se aferró a él.

—¿No tendría que ser mi padre quien me entregase?

—Es una boda muy informal. No creo que sea necesario que sigamos el protocolo.

—¿O no confías en mí lo bastante como para dejarme sola con él antes de la boda? —susurró ella cuando salieron al sol. Quizá a él no le importase, pero aquello significaba mucho para ella. Sonrió a sus padres, pero no se soltó del brazo de Jarun. Ella había iniciado todo aquello, ella lo solucionaría. Era preferible que su familia pensase que era una boda un poco precipitada y no que supiesen la verdad. Cuando no durase, probablemente no se sorprenderían. Y quizá algún día, cuando su padre hubiese acabado con los dichosos contratos, les diría la verdad.

Pero en otro momento. Estaba a punto de casarse en un hermoso jardín a orillas del Mediterráneo con un hombre que parecía un sueño hecho realidad, pero que podía resultar su peor pesadilla.

Aquel día quedaría grabado en la memoria de Sara hasta el fin de sus días, desde la fragancia de las flores que la rodeaban mientras intercambiaban sus votos hasta el beso apasionado y exigente con el que Jarun había sellado su unión, pasando por la aturdida expresión de su madre cuando se dio la vuelta para abrazarla.

En cuanto Sara y Jarun saludaron a los invitados, sus padres buscaron un momento a solas para interrogarla sobre la intempestiva boda. Como Sara siempre había sido tan impetuosa, ya no sorprendía a sus padres con nada, por lo que aceptaron que lo de Jarun y ella había sido un flechazo. Su madre intentó hacerle

cientos de preguntas, pero Sara logró contentarla con la promesa de visitarla pronto para contarle los detalles. ¡Esperaba que la farsa acabase antes de tener que cumplir con su promesa!

El banquete de boda fue espléndido, como si el personal hubiese tenido semanas para prepararlo en vez de menos de doce horas.

Sin embargo, la conversación resultó un poco difícil, ya que, excepto Jasmine, nadie hablaba inglés en la familia de Jarun y los Kinsale desconocían el árabe. Samuel sabía un poco de francés, por lo que logró entablar conversación con Angelique.

A Sara le había resultado difícil fingir que era una novia ilusionada. Todo el tiempo se sintió cohibida por el hombre que se hallaba a su lado, por la excitación que le producía el roce de los dedos masculinos con los suyos. Sentía la intensidad de su mirada, que aunque los otros interpretarían como devoción, ella sabía que se trataba más de una afirmación y una advertencia.

Fueron al hotel para recoger su ropa sin mayores incidencias, aunque Jarun no se despegó de su lado. Sara sabía que él no confiaba en ella, pero que lo demás lo atribuirían a la necesidad de no separarse de ella ni un momento.

El recuerdo más extraño había sido el de los confusos sentimientos que experimentó cuando Jarun le dio las buenas noches y la dejó en medio del salón. Para entonces todos se habían marchado, incluyendo Aminna, a quien le habían dado dos días libres. Al sentir sus pasos alejándose, a Sara le pareció estar sola en el mundo. Lo único que se oía era la suave brisa marina y las cortinas que se movían con el aire.

Fue a su habitación y cerró la puerta. A los pocos minutos se había acostado y leía una revista. Pero sus pensamientos se hallaban muy lejos de aquellas páginas.

Nunca se había imaginado que pasaría su noche de bodas sola en una cama enorme. Se sentía decepcionada de que Jarun no estuviese con ella. Durante un segundo, casi deseó que él hubiese ejercido su derecho a compartir la cama con ella. Avergonzada por haberlo pensado, apagó la luz y finalmente se durmió deseando que las negociaciones acabasen pronto.

Sara se despertó temprano a la mañana siguiente; había dormido mucho mejor de lo que esperaba. Se vistió rápido con un vestido de tirantes y se dirigió a la terraza. Ya calentaba el sol y el mar brillaba

bajo sus rayos, con aspecto fresco e invitador. Siguió el sendero que llevaba desde los jardines a la playa. Se aseguró con una rápida mirada alrededor de que no hubiese nadie. Los sirvientes no volverían hasta el día siguiente por la tarde. ¿Dónde estaría Jarun? ¿Dormido? ¿Ocuparía toda la cama, despatarrado, o se acostaría sobre uno de los lados, listo para levantarse en cuanto fuera necesario. ¿Se pondría ropa para dormir? Lo dudaba.

Le hubiese gustado nadar un poco, pero no había nadie que la acompañase. Quizá más tarde. Se dio la vuelta para volver a la villa y, cuando caminaba por los jardines, se preguntó si podría cortar algunas de las flores para adornar la habitación. Eran tan bonitas y perfumadas, que le gustaría ponerlas donde pudiera verlas.

Entró en su dormitorio y salió al pasillo. Era la única forma que conocía de llegar al comedor. Tendría que dedicar un poco de tiempo a explorar la casa, ya que iba a vivir allí unas semanas.

Cuando pasaba junto a la puerta de entrada, oyó que llamaban.

Titubeó. ¿Debería atender o esperar a Jarun? No había nadie más en la casa.

Volvieron a llamar.

Sara abrió la puerta y se encontró a una mujer mayor vestida de negro de la cabeza a los pies. Tenía el cabello gris recogido en un apretado moño y no llevaba maquillaje. Sus ojos se agrandaron del asombro al ver a Sara y la recorrieron de arriba abajo.

Detrás de ella se veía un gran coche antiguo y junto a él, con gesto impasible, al chofer.

La mujer dijo algo.

—Espero que hable inglés o francés, porque yo no sé árabe —dijo Sara en inglés y luego lo repitió en francés.

—La mujer de un jeque debería al menos hablar la lengua de su esposo —replicó la mujer descortésmente en francés y luego añadió —: ¿No me invitas a pasar?

—Pase, por favor —dijo Sara, haciéndose a un lado y preguntándose quién diablos sería aquella mujer.

—Supongo que sería demasiado pedir que mi sobrino nos informase a su tío y a mí cuando se casa. Típico de él, hacer caso omiso a la familia y hacerlo a su manera. Se lo he dicho a Hamsid, pero no me escucha. No, ¡son todos iguales!

Sara se la quedó mirando. Obviamente era la tía de Jarun.

—¿Y? ¿Dónde está, pues?

—¿Jarun? —preguntó Sara.

—Por supuesto, ¿quién más podría ser?

Sara miró a su alrededor buscando inspiración. Quedaría un poco extraño que no supiese dónde se encontraba su marido.

—Ejem, iré a buscarlo —dijo—. ¿Quiere esperar aquí?

—No pienso recorrerme toda la casa para encontrarlo. ¿Dónde están los sirvientes?

—Han librado unos días para que nosotros podamos estar solos.

—Date prisa, pues.

Sara se dirigió al comedor casi corriendo. Esperaba poder hallar a Jarun y rogaba que él no se hubiese ido. ¿Qué haría si tuviese que volver y decirle a la mujer que había salido?

Cinco minutos más tarde, se detuvo desesperada. Había abierto todas las habitaciones que se había encontrado, pero aunque se veía que algunas estaban usadas y otras servían solo para recepciones, no encontró ni un solo ser humano en ellas.

¿Cuántas estancias tenía aquella casa? No tenía ni idea de dónde se encontraba su esposo, ni tampoco de qué hacer. ¿Por qué la hacía pasar por semejante situación?

Lentamente, volvió sobre sus pasos. Con un poco de suerte, la mujer se habría cansado de esperar y se habría ido. De repente, Sara oyó voces y se dio cuenta de que Jarun había encontrado a su tía. ¡Gracias a Dios! Tomó aliento y corrió a reunirse con ellos.

Estaban tan enfrascados en una discusión, que ni se dieron cuenta de su llegada. A pesar de que hablaban en árabe, Sara se dio cuenta por el tono de las voces y la expresión de sus rostros que estaban ambos muy enfadados.

Pero, cuando finalmente Jarun la vio, se calló y esbozó una sonrisa. Sara se quedó petrificada, y el corazón se le detuvo un instante, para luego comenzar a latirle alocadamente. Era la primera vez que le sonreía a ella y, si antes le había parecido guapo, aquella sonrisa casi le quitó el aliento.

Hipnotizada por la mirada masculina, se dirigió lentamente hacia él, sin poder abstraerse del poderoso atractivo masculino.

Jarun no llevaba traje, sino una camisa que le dejaba al descubierto parte del moreno pecho, cubierto ligeramente de vello oscuro. Tenía el cabello despeinado, como si se hubiese pasado los

dedos por él mientras trabajaba. O quizá revuelto por la brisa del mar. ¿Habría estado paseando por la playa él también? Sara tragó al darse cuenta de que aquel hombre tan atractivo y viril era su esposo.

—Ah, Sara, me preguntaba dónde estarías —le dijo él con voz sensual. La acarició con los ojos y, alargando la mano, tiró de la de ella, acercándola hacia sí. Sus cálidos y fuertes dedos le dieron un apretón de advertencia cuando Sara estuvo lo bastante cerca como para sentir el calor de su cuerpo. Ella se dio cuenta de que Jarun intentaba decirle algo con la mirada, pero no supo qué era.

Hasta que él la estrechó entre sus brazos y la besó.

Subyugada, Sara no pudo articular palabra, pero sus sentidos parecían estar totalmente alerta. No conocía a aquel hombre, no estaba ni siquiera segura de que él le gustase. Su beso no quería decir nada, era una mera actuación.

Pero bastaba que él la tocase para que ella flotara en un mar de sensaciones. Cuando él le acarició los labios con la lengua, ella los abrió; cuando la deslizó hacia el interior de su boca, ella le respondió con la suya. Cuando él profundizó el beso, ella se apretó contra su firme cuerpo, sobresaltándose al sentir la reacción que había provocado. Pero aquello no le resultaba suficiente. Deseaba todavía más.

Una exclamación detrás de ella la hizo volver lentamente a la realidad. Jarun se separó con la respiración entrecortada y una expresión insondable en los ojos. Rodeando los hombros de Sara con su brazo y acercándola hacia sí, se dio la vuelta hacia su tía.

—¿Qué pretendías, tía? Hacía meses que Sara y yo no nos veíamos. Estamos casados y no tenemos tiempo para ir de luna de miel. Nos la tomaremos aquí, y aprovecharemos cada minuto que podamos.

—No lo comprendo. Vete de luna de miel, todo lo demás puede esperar.

—Te olvidas de los contratos petrolíferos que estoy negociando.

—Bah, eres tonto si crees que lograrás el apoyo de los ministros.

Tu tío te consiente demasiado. Pero el tratado todavía no se ha firmado.

—Hemos descubierto un nuevo yacimiento, enorme, del que podremos extraer petróleo durante años. Y su explotación nos

permitirá implementar cambios, hacer mejoras, entrar en el siglo veintiuno.

—Tu padre…

—Por desgracia, está muerto. Fue precisamente por su luto que Sara y yo celebramos una boda íntima ayer. Mi madre y Jasmine asistieron en representación de la familia y Sara tuvo a sus padres. Cuando se acabe el período de duelo, haremos una recepción y podrás darle a Sara la bienvenida formal a nuestra familia.

La mujer le lanzó a Sara una mirada de rabia. Volvió a hablar en árabe. Jarun estrechó aún más a Sara con los ojos relampagueantes de enfado. Respondió en el mismo idioma y luego, separándose de Sara, se dirigió a la puerta.

Con impecables modales, se despidió de su tía. Tras cerrar la puerta, se dio la vuelta rápidamente y miró a Sara.

—Ha salido bien.

—¿Qué ha salido bien? —exclamó ella—. No comprendí ni una palabra de lo que decía, pero no era necesario. ¡Su tono de voz la delataba!

—Ah, pero en ningún momento sospechó que era una coartada.

Encontró deplorable mi gusto para elegir novia; me advirtió de que te tuviese las riendas cortas, no fuera a ser que nos arruinases a todos, y me echó un sermón por desafiar a los ministros que tienen más experiencia en tomar decisiones que yo. Pero en ningún momento actuó con desconfianza con respecto a nuestra boda.

CAPÍTULO 4

Pues, si lo hubiese pensado dos segundos, se habría dado cuenta de que estábamos fingiendo —murmuró Sara, molesta al ver a Jarun tan satisfecho consigo mismo. —¿Por qué?

—No sabía dónde estabas ni dónde buscarte. Si no hubieses aparecido por tu cuenta, ¡habría tenido que inventarme una excusa para justificar que una recién casada no supiese el paradero de su esposo veinticuatro horas después de la boda!

—Tienes razón —dijo él—. Ven, te mostraré la casa y la forma de utilizar el intercomunicador. Cuando Aminna está aquí, ella siempre puede encontrarme. O una de las criadas.

—Volverá mañana. Si no tenemos más visitas inesperadas, no será necesario —dijo Sara, sin poder explicar su reticencia a pasar tiempo a solas con Jarun. No significaban nada el uno para el otro, sin embargo, él la había besado como si ella fuese su pasión.

Una pasión falsa, que él cortaba inmediatamente, en cuanto se hallaban solos. Para él, su acuerdo era solo para evitar que un escándalo salpicase sus negociaciones. Pero para ella era distinto, ella respondía como si él fuese la única otra persona del mundo.

Con solo estar a su lado, ya se sentía cautivada. Apartó la mirada, intentando controlar sus emociones.

—Vamos de todos modos. Mi madre se ha ocupado siempre de la decoración. Tras la muerte de mi padre, le dije que se llevase algunos de los muebles y las pinturas a sus propios aposentos, pero dice que los recuerdos le resultan demasiado fuertes y tristes.

Por un instante, Sara deseó que él hubiese alargado la mano al invitarla a recorrer la casa. Le habría encantado deslizar su mano en la de él para sentir su fuerza y su apoyo, para deleitarse con las oleadas de excitación que le subirían por el brazo con su contacto y vivir un poco más su fantasía antes de volver a la realidad.

¿De dónde habría salido aquel pensamiento? No necesitaba ningún apoyo ni fantasía en su vida. Era un espíritu libre. ¿Acaso sus padres no se habían lamentado de ello durante años? Todavía tenía que demostrarles que valía para algo, como lo habían hecho sus hermanos.

—¿Tienes mi cámara, Jarun? —le preguntó cuando iban por el

pasillo en dirección opuesta a los dormitorios.

—¿Piensas completar tu encargo? —preguntó él, inquieto.

—No —dijo ella, ruborizándose—. Pero era una cámara muy valiosa.

Jarun se detuvo frente a una puerta abierta. Era un despacho, montado con los últimos adelantos en tecnología de la comunicación, dos ordenadores, una enorme mesa de trabajo y estanterías en una pared. Una puertaventana se abría a la terraza que rodeaba la casa, dejando entrar la brisa fresca.

—Está aquí.

La cámara se encontraba en una esquina de la mesa.

Ella entró en el despacho y la agarró, mirando el indicador de exposiciones. Estaba en cero.

—Confiscaron el carrete —dijo Jarun, apoyándose contra la jamba.

—Lo suponía. ¿Me puedes dar otro?

—¿Para qué?

—Exactamente la misma pregunta que me he hecho yo —dijo ella, dándose la vuelta y apoyándose sobre la mesa. Era más fácil enfrentarse a él desde el otro extremo de la estancia—. ¿Qué se supone que debo hacer durante todo el día?

—¿Qué haces cuando estás en tu casa?

—Tengo un empleo, así que voy al periódico. Y también hago la compra, veo a mis amigos, pongo la lavadora, hago tareas de la casa.

—¿Cocinas? —preguntó él, arqueando una ceja.

Ella asintió con la cabeza.

—Ya que Aminna no está, quizá quieras preparar la comida para los dos.

—Supongo que los jeques no aprenden a cocinar.

—Pues estás equivocada. En varias ocasiones tuve que vivir solo, cuando estaba estudiando. Puedo arreglármelas cuando no hay un restaurante cerca.

—¿Y hoy no hay un restaurante cerca? —preguntó Sara.

Él sonrió lentamente, negando con la cabeza.

Sara sintió que el corazón le daba un vuelco. Jarun tenía una sonrisa devastadora. Podría convertirse en un astro de Hollywood si quisiese. Intentó esconder sus emociones.

—Entonces tendré algo que hacer hoy, pero, ¿qué haré el resto del tiempo, mientras tú te dedicas a negociar contratos petrolíferos y llevar tu empresa?

—Ya encontraremos algo. Puede que solo sean un par de semanas. Imagina que estás de vacaciones. Disfruta de la playa.

Te encanta el mar, ¿verdad? Quizá puedas ir de compras. Ven, te mostraré el resto de la casa y luego puedes hacer la comida.

Ella agarró la cámara y miró alredededor.

—¿Esto es el centro de operaciones, supongo.

—Es mi despacho en casa. Como sabes, las oficinas centrales se encuentran en Staboul, pero tengo que mantenerme en contacto con mis consejeros aquí también. Si yo no estoy, por favor, no entres aquí —dijo él, y su voz se endureció al decirle lo último.

—Ya te lo he dicho —dijo ella, levantando la barbilla—, no soy una espía. De todos modos, no hablo árabe, así que tus secretos están a buen recaudo. No me interesa tu estúpida oficina.

Se dirigió hacia él con toda la dignidad que pudo reunir a pesar de su rabia. ¿Cómo lograría convencerlo de que solo era una inexperta reportera novel de un periodicucho americano y no una espía sexy y taimada?

Aunque serlo tendría sus ventajas, pensó cuando él se hizo a un lado para dejarla pasar. ¿Acaso no se hacían famosas muchas espías por seducir a los hombres para sacarles secretos? Durante un instante, Sara se preguntó si sería capaz de seducir a Jarun.

El recorrido les llevó más de una hora. A Sara la impresionó el nivel de confort de la villa, aunque predominasen en ella antigüedades y objetos valiosos. Los cuadros eran originales. La estancia que le gustó más fue una que tenía una pared entera cubierta de cuadros de Matisse. Decidió volver más adelante a disfrutar de ellos.

Diferentes salones y habitaciones, que incluían un gimnasio, servían para alojar a familia y visitas. A un extremo de la casa había una piscina con fragantes arbustos que la rodeaban de intimidad.

—Puedes bañarte aquí o en el mar —le dijo Jarun—. Siempre que no vayas a nadar sola.

—¿Y con quién iría?

—Si yo puedo, te acompañaré. De lo contrario, puede ir Aminna o algunos de los jardineros. Es peligroso ir a nadar solo.

Ella asintió con la cabeza. La conmovió la preocupación de él por su bienestar a pesar de los problemas que ella le había causado.

Acabaron el recorrido en la cocina.

—Recibiréis a muchos invitados —murmuró Sara, asombrada al ver el enorme refrigerador de acero inoxidable, la cocina industrial, los dos enormes hornos y los tres microondas.

—Mis padres hacían muchas fiestas. Yo no tanto. Aunque, ahora que me he casado, me pregunto si se supone que debo hacerlo.

—No, se me dan muy mal las recepciones —dijo ella rápidamente—. Además, no estaremos casados tanto tiempo.

Nadie pretenderá que hagamos cenas.

—¿Por qué dices que no se te da bien?

—Nunca sé de qué hablar. Es algo que he hecho toda la vida. Ya sabes que se tratan muchos negocios durante las reuniones sociales. Nunca se lo dije a mi padre, pero las odio. Una palabra equivocada y la paz mundial se podría acabar.

Jarun lanzó una carcajada. A ella le dio un poco de risa también, aunque no dejó de sentirse incómoda al pensar en un salón lleno de extraños.

—No le veo la gracia —dijo.

Jarun se acercó a ella, demasiado cerca para su gusto. Le dieron deseos de apartarse. Sentía el calor del cuerpo masculino, olía el perfume de su piel y estuvo a punto de tirar la cámara al suelo para poder acariciar los músculos de sus brazos y probar nuevamente el sabor de sus labios.

Tragó y se mantuvo firme, esperando que el astuto hombre que la miraba a los ojos no se diese cuenta de lo rápido que le latía el corazón.

—Si no te hace gracia, te pido disculpas por reírme. Pero no creo que ningún *faux pas* que cometieses en una recepción o cena acabara con la paz mundial. Si te sientes incómoda, no haremos recepciones.

—Es tu casa —dijo ella, sorprendida por su inesperado ofrecimiento—. Si deseas hacerlo, me esforzaré, pero quiero que sepas que no se me da muy bien. Margaret sí que brilla en ese tipo de cosas.

—¿Tu hermana?

—Sí —dijo ella con voz inexpresiva—. La abogada.

—Ah, ahora recuerdo: la abogada, el físico y la... fotógrafa.

—Reportera gráfica, al menos hasta ahora.

A no ser que su jefe la hubiese echado ya. Llevaba una semana sin llamar al periódico. Intentó adivinar la reacción que él tendría si le pidiese usar el teléfono.

—Tendría que llamar a mi despacho para avisar de lo que ha sucedido.

—Seguro que ya lo saben —dijo él, encogiéndose de hombros—.

Mi oficina de prensa dio el comunicado de nuestra boda esta mañana. He desconectado los teléfonos para asegurarme de que no nos molestarán los reporteros. Mis consejeros se ocuparán de la prensa internacional.

—Qué agradable tener una legión de personas dispuestas a hacer lo que les pidas.

Él sonrió, divertido por su comentario.

—Sí, lo es. ¿Comemos?

Asintiendo con la cabeza, Sara dejó la cámara en una esquina de la encimera.

—Así que yo también me sumo a tus legiones. Lo que tú ordenes.

—A menos que quieras morirte de hambre —le dijo él, bromeando.

Haciéndose la desentendida, abrió la nevera y descubrió con placer que había una fuente con gambas cocidas y peladas. ¿Las habría dejado Aminna para ellos?

—Puedo hacer una ensalada de gambas, ¿te parece bien?

—De acuerdo. ¿Te alcanza con veinte minutos?

—Por supuesto —la imagen de los dos preparando la comida juntos se desvaneció en el aire. ¡Y ella se había imaginado que sería una forma de conocer mejor a su esposo!

Esposo provisional, se recordó mientras buscaba los ingredientes y preparaba la ensalada. Su matrimonio era un trato de negocios, nada más que eso. No quería quedarse más tiempo del que él la necesitase. Quería salir al mundo para demostrarle a su familia que podía encontrar su profesión.

Lanzó un suspiro. Estaba segura de que no quería ser reportera.

No sabía lo que quería, pero sería tonto intentar engañarse.

Estaba harta de correr de acá para allá. ¡Y ni siquiera había

escrito un artículo importante todavía!

Sobre una bandeja grande dispuso dos platos con la ensalada, pan fresco recién cortado y dos vasos de gaseosa que había encontrado en la nevera. Llevó todo hasta la terraza, junto a la piscina, donde había una mesa convenientemente colocada en una esquina a la sombra. Puso la mesa, contenta por el resultado que había obtenido.

—Tiene buen aspecto.

La voz le hizo dar un respingo. Jarun había llegado por detrás sin hacer ruido.

—Aminna había dejado todos los ingredientes, solo tuve que mezclarlos.

Jarun le acercó la silla y luego se sentó frente a ella. Sara notó con placer que después del primer bocado titubeante, él comió la ensalada con entusiasmo.

Jarun observó a su esposa disimuladamente mientras comían.

Parecía latir con inquieta energía, mirando a su alrededor con curiosidad, sonriendo con placer al ver las flores que rodeaban la piscina. Parecía amar la belleza. Jarun se había dado cuenta de ello cuando recorrieron la casa. ¿Qué otros intereses tendría aquella extraña a la que se había encadenado?

—Tengo que trabajar esta tarde, pero a las cinco pienso ir a montar. ¿Te apetecería venir conmigo? —le preguntó de repente.

Rara vez invitaba a alguien a pasear a caballo. Esos eran momentos para sí mismo. Generalmente, si lograba hacerse un hueco durante una semana ajetreada, atesoraba aquel tiempo.

¿Por qué habría invitado a Sara a que lo acompañase?

—Me encantaría. ¿Adónde iríamos?

—Por la playa. Normalmente tengo a Satin en unas cuadras cerca de la ciudad. Me gusta montar en el desierto al atardecer. Pero lo traje aquí hace unas semanas. Aunque no es lo mismo, es un bonito paseo. ¿Tienes ropa de montar?

—Tengo vaqueros. Por ahora me valdrán. ¿Quién es Satin?

—Mi caballo. Su nombre en árabe quiere decir Satin Magic. Hay otros dos caballos en las cuadras. Haré que te ensillen uno.

¿Prefieres un caballo inquieto o uno manso?

—Inquieto, por supuesto. Quiero galopar como el viento junto al mar.

Jarun observó que los ojos le brillaban como plata al hablar. Así que no solamente la rabia le daba aquel brillo plateado, la pasión también. ¿Por qué más se apasionaría? Puso límite a sus pensamientos. Una cosa era darse un beso en público de vez en cuando para seguir con la farsa, pero aquella mujer era una extraña y se encontraba allí en circunstancias poco claras. No había lugar para la pasión entre ellos. Una vez que cerrasen los contratos petrolíferos, se separarían.

Se puso de pie, dejando la servilleta sobre la mesa.

—La comida estaba deliciosa. Te vendré a buscar a las cinco —se dio la vuelta y comenzó a alejarse antes de cambiar de opinión.

—¿Jarun? —lo llamó ella antes de que él entrase en la casa.

—¿Sí? —preguntó, dándose la vuelta. Ella recogía los platos en una bandeja.

—Me gustaría nadar un rato esta tarde. Usaré la piscina. Estoy segura de que no pasará nada si no me acompaña nadie.

Él titubeó, pero no le gustó la idea. Su primo se había ahogado cuando eran pequeños y el accidente se le había quedado grabado.

—Traeré a la terraza lo que tengo que leer mientras nadas —le dijo.

—Oh —dijo ella, perpleja:

—Dame media hora —dijo Jarun y casi sonrió. Aquella occidental de ojos color plata lo fascinaba.

—De acuerdo. Tengo que arreglar la cocina y cambiarme. Está bien, gracias —dijo ella y comenzó a canturrear mientras recogía las migas.

Mientras se dirigía a su despacho, Jarun recordó lo que ella le había dicho sobre sentirse incómoda en las recepciones. Qué pena que fuese así, porque seguramente los invitados se sentirían fascinados por ella.

Habían pasado cuarenta y cinco minutos cuando volvió a la terraza. Llevaba su ordenador portátil y unas carpetas para leer.

Sara se encontraba sentada al borde de la piscina con los pies en el agua.

Jarun se alegró de tener puestas las gafas de sol; disimularon su reacción al verla en traje de baño. Era de color azul brillante y le ajustaba los firmes pechos, marcándole la cintura y las caderas.

Pudo disfrutar de su figura de piernas larguísimas sin que ella se

diese cuenta cuando se puso de pie y se dirigió a la parte profunda de la piscina.

—Gracias por venir. No nadaré demasiado. Después tomaré un poco el sol.

Él asintió con la cabeza y se sentó a la mesa donde habían comido. Seguía a la sombra y Jarun necesitaba todo el fresco posible, porque al verla lo asaltó un profundo deseo, el deseo que un hombre siente por una mujer.

Situó la silla para poder verla sin que pareciera que lo hacía. Ella se zambulló en el agua y emergió para comenzar a nadar. Sus piernas pataleaban con fuerza, sus brazos cortaban el agua con ritmo constante. Al llegar al otro extremo, dio la vuelta y continuó, y Jarun continuó mirándola. Era ligera, elegante y fuerte. Estaba claro que le gustaba nadar y lo hacía a la perfección. Era un placer contemplarla.

Cuando finalmente salió de la piscina por el otro extremo y se sentó en el borde, él apartó la vista; la forma en que sus pechos se agitaban con la respiración y el cabello le enmarcaba el rostro. Su deseo aumentó en vez de disminuir. Abrió el portátil y lo encendió. Tenía que trabajar, un trabajo que no incluía fantasear sobre su esposa. Su esposa provisional.

Esposa. Estaban casados. Ninguno de los dos se hallaba comprometido con nadie. ¿Y acaso las mujeres occidentales no eran mucho más libres con sus favores que las mujeres de su cultura? Quizá debiese explorar aquello un poco más.

Miró a Sara. ¿Le apetecería a ella tener una aventura con él mientras se encontraba allí?

CAPÍTULO 5

Sara estuvo lista a las cinco para el paseo a caballo. Llevaba un par de zapatos resistentes, cómodos vaqueros y un top amarillo sin mangas. Con el bonito bronceado, irradiaba salud.

Antes se había preguntado si Jarun se bañaría con ella en la piscina, pero él había trabajado diligentemente toda la tarde sin levantar la mirada. Sara había hecho unos largos, descansando en el borde y luego vuelto a nadar antes de echarse en una tumbona a tomar el sol.

Él había vuelto a entrar en la casa cuando ella le dijo que no pensaba volver a nadar. De hecho, se había marchado tan rápido que, en otras circunstancias, habría resultado ofensivo. ¿Qué le habría costado quedarse unos minutos más y hablar un poco?

Pero Sara no permitió que la ligera desilusión que sentía le mermase el entusiasmo por el paseo a caballo que estaba a punto de dar. Le encantaban los caballos y en más de una ocasión deseó poder tener uno. Pero debido a los constantes viajes de su padre cuando era pequeña y el futuro incierto de los últimos años, nunca le había parecido el momento adecuado.

Montar en la playa le parecía de lo más romántico.

¿Romántico?

—Divertido, quería decir divertido —dijo ella en voz alta—. Será divertido.

Un ligero golpe en la puerta la sobresaltó.

—Genial, ahora se creerá que hablo sola —murmuró, apresurándose a abrir.

—¿Lista? —le preguntó Jarun. Llevaba unos pantalones ligeros y lustrosas botas de montar. Una fresca camisa holgada lo protegería de los rayos del sol.

—Desde luego que sí —sonrió ella, contenta de poder salir un poco del encierro de la casa, aunque no se lo diría a él. Agradecía la oportunidad de evitar hacerle daño a su padre con su tonto error.

Las cuadras se hallaban cerca de la casa y los mozos los esperaban ya con dos caballos árabes ensillados. Uno de los animales, de largas crines y negro como el azabache, era el más grande. El otro era una yegua baya con una pata blanca.

—Son hermosos —dijo Sara con entusiasmo. Se dirigió a ellos y les palmeó el cuello a ambos. Sacando sendas zanahorias del bolsillo, les dio una a cada uno.

—Una forma de hacer un amigo para toda la vida —dijo Jarun al verla.

A unos pasos de ella, con las piernas separadas un poco y las manos en las caderas, Jarun era la personificación del jeque del desierto. Sara se lo imaginó en un paisaje de doradas arenas y rodeado de sus fieles jinetes; casi se estremeció al pensarlo.

Estaba allí para montar, no para dejarse llevar por las fantasías.

—Este debe de ser Satin Magic —dijo, volviendo a acariciar al caballo negro. Era fuerte y estilizado, la perfecta montura para Jarun.

—Y esta es Alia. No te dejes engañar por su aspecto manso. En cuanto tiene un jinete encima, se lanza al galope. ¿Dispuesta?

Jarun la tomó de la cintura y la subió a la yegua. Sara podría haberlo hecho sola, pero no dijo nada, disfrutando del contacto de sus manos. La ayudó a ajustar los estribos y el roce de las manos masculinas contra sus piernas le produjeron más calor que el sol que había tomado.

—¿Todo bien? —le preguntó, elevando los ojos hacia ella.

—Sí —dijo Sara, sin aliento. Hizo girar a su montura y esperó a que él estuviese listo.

A los pocos momentos, salieron de las cuadras al paso y tomaron un sendero tortuoso hacia la playa. El Mediterráneo brillaba con el sol de la tarde, su color azul profundo y misterioso extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista.

Alia parecía impaciente, tironeando un poco de las riendas, como si desease galopar. Sara sintió una unión especial con la yegua, porque aquello era lo que ella deseaba hacer también. Correr lo suficiente como para huir de sus pensamientos.

En cuanto llegaron a la arena, el animal hizo una cabriola.

—Está lista para correr —dijo Sara, mirando a Jarun. Parecía que él había nacido sobre un caballo. Controlaba al poderoso potro sin esforzarse; el jinete y su montura se hallaban en perfecta armonía.

—Démosle el gusto —dijo él, esbozando una picara sonrisa y haciendo que Satin Magic comenzase un galope corto.

—No podemos permitir que nos ganen —le dijo Sara a Alia, acicateando a la yegua.

En cuestión de segundos, los caballos corrían a la par por la playa despidiendo arena por detrás de los atronadores cascos.

Galopaban juntos, su paso suave y sincronizado, como si lo hubiesen hecho un millón de veces en el pasado y lo volviesen a hacer en el futuro. La brisa del Mediterráneo aumentaba la sensación de velocidad. Sara lanzó una carcajada, sintiéndose alocada y libre. ¡Era emocionante! ¿Podrían hacerlo todos los días?

Finalmente, a lo lejos, comenzaron a ver gente en la playa. Jarun le hizo señas de que redujese la velocidad. Ella lo hizo enseguida, tirando de las riendas de Alia. Se sentía llena de vida, y tanto ella como la yegua estaban sin aliento.

—¡Qué fantástico! —dijo cuando Jarun se le acercó—. ¿Esa es la playa pública?

—Sí. Podemos seguir durante medio kilómetro o así, pero más lentamente. No quiero llevar a los caballos donde haya gente usando la playa.

—Un poquito más entonces —dijo ella, poniendo a su montura al paso. Jarun hizo que Satin Magic se situase a su vera. Casi la rozaba con la rodilla y Sara lo miró; tenía el cabello revuelto por la carrera, pero no parecía faltarle el aliento como a ella.

—Montas bien —le dijo Jarun.

—Ya te lo he dicho: he tomado las mejores lecciones del mundo.

Siempre quise un caballo, pero era muy poco práctico con el trabajo de papá.

—Si quieres, puedo organizarlo para que montes mientras estés aquí. Siempre que te acompañe un mozo, por supuesto —dijo Jarun.

—Qué poca confianza tienes en mí. ¿Crees que saldré al galope y nunca volveré?

—Me daría igual si lo intentases —se encogió de hombros—, porque te iría a buscar.

Sara se dio cuenta de que, si se marchase, lo humillaría frente a todos y el resultado sería mucho peor que el del incidente que casi había causado cuando la detuvieron tomando fotografías ilegales.

—No lo haría —dijo ella.

—No harías nada para poner en peligro la carrera de tu padre,

¿verdad? —le dijo él con sorna.

—Es verdad —dijo Sara, molesta—. Pero no es la única razón. Te di mi palabra y eso significa mucho para mí. No tienes por qué preocuparte, Jarun. Yo cumplo con mi palabra. Dije que me quedaría hasta que se firmasen los contratos y lo haré. Dije que simularía que este era un matrimonio modélico y lo haré. ¡No te he dado motivos para pensar lo contrario!

—Es temprano todavía. ¿Quién sabe de lo que serías capaz si se te presentase la oportunidad? —preguntó escéptico.

A Sara la molestó que así fuese, pero se recordó que había sido culpa suya por ser tan impetuosa. El tiempo le demostraría que podía confiar en ella.

Comenzó a pensar cómo sería estar casada con Jarun en serio.

¿Seguiría él el ejemplo de su padre y se casaría por amor, u obedecería los dictados de los ministros de su tío y se casaría por razones dinásticas?

Los padres de Sara tenían una relación sólida y cariñosa, pero ella no quería que su matrimonio fuese como el de su madre. Quería ser una persona por su propio derecho, tener sus intereses y objetivos, su propia carrera profesional. Sería muy difícil imitar a su madre, la compañera perfecta de su esposo. Sara suspiró.

Aquello era lo que necesitaría Jarun, alguien como Margaret o su madre.

—¿Y ese suspiro? —preguntó Jarun.

—¿Qué? Ah, pensaba en mi madre.

—Es una mujer encantadora. Tú serás igual cuando tengas su edad.

—¿De veras? —preguntó sorprendida.

Él asintió con la cabeza.

—Gracias. Es una de las cosas más bonitas que me hayan dicho jamás —dijo Sara. Y más aún porque provenía de un hombre que no parecía ni quererla ni confiar en ella—. Pero mi madre es un modelo muy difícil de copiar. Siempre sabe lo que hay que decir, la forma en que hay que actuar…

—Quizá esa sea su vocación. Ha encontrado su sitio como colaboradora de tu padre. Pero, no sé por qué, no te veo a ti haciendo algo similar.

—¡Lo has adivinado a la primera! —sonrió ella.

—Entonces, ¿qué quieres hacer con tu vida, Sara Kinsale?

—No tengo ni idea. Por eso me resulta tan difícil. Mi hermana Margaret sabía que quería ser abogada desde el día en que comenzó el instituto. Josh tenía una orientación científica desde el jardín de infancia, según dicen. Sé que mis padres se desesperan pensando en que nunca sentaré cabeza.

No quiso mencionar lo contenta que estaba su madre de que se hubiese casado con Jarun. Quería encontrar algo que se le diese bien y dedicarse a ello. Había puesto sus ilusiones en ser reportera gráfica. Tomaba fotos desde que era pequeña y no se le daba mal, pero había perdido su primer encargo importante.

—¿Siempre supiste que te encargarías de dirigir el negocio de tu familia? —preguntó.

—No, cuando era niño quería ser piloto de coches, de aviones, capitán de submarino... Pero cuando crecí, los negocios comenzaron a fascinarme, especialmente después de trabajar en diferentes empresas de la familia durante las vacaciones. Me quedé enganchado.

—¿Pero hiciste alguna de las otras cosas en el colegio?

—Volar. Tengo una licencia para pilotar todo tipo de aviones.

Cuando fui a la universidad, mi padre me dejó claro que tenía que estudiar administración de empresas, así que orienté mis estudios en esa dirección. Mi familia tiene varios intereses que abarcan manufacturas, transportes y exportación, y para eso me educaron.

—¿Querías hacerlo? —le preguntó. Las responsabilidades dinásticas de una familia se hallaban fuera de su experiencia.

—Uno no puede luchar contra su propio destino. Estoy seguro de que eso ya lo sabes.

Sara se preguntó si su destino sería vagar eternamente buscando su vocación.

—Aquí está el sendero que lleva a las cuadras. ¿Ya has montado lo suficiente por hoy?

—Sí. Ha sido genial, pero hacía tanto que no montaba, que tengo las piernas un poco entumecidas.

Jarun fue por delante hasta que vieron las caballerizas. Desmontó cuando los mozos salieron corriendo, y le dio las riendas a uno de ellos.

Sara se deslizó de su caballo antes de que él pudiese ayudarla.

—¡Hala! —dijo cuando dio un paso y se le doblaron las piernas.

Antes de que pudiese caerse, sintió que los brazos de Jarun la rodeaban y la levantaban.

—Puedo caminar —protestó ella, apoyándose un poquito contra el firme pecho masculino. Desde luego que podía caminar, pero,

¿qué mujer no había soñado alguna vez con que un hombre guapo y romántico la levantaba en sus brazos?

—Tendrás las piernas temblorosas un rato. Siéntate y descansa —

dijo él, dejándola sobre un banco al lado de las cuadras.

Sara parpadeó. Se había imaginado a Jarun llevándola a través del jardín lleno de flores, entrando en la casa hasta su dormitorio y…

Contrólate, se dijo, sintiendo que se ruborizaba de vergüenza.

—Tienes razón, enseguida me sentiré bien —dijo, sin poder mirarlo. ¿Y si él sospechaba dónde la llevaban sus pensamientos?

Su matrimonio era de conveniencia, algo que duraría lo que las negociaciones. No había romanticismo ni sentimientos entre los dos.

Pero, por un momento, Sara sintió que no tenía por qué ser así.

Estaban casados. Él la había besado un par de veces. Elevó los ojos hacia él, mirándole la boca. Quería más de él, y sospechaba que él no la rechazaría. ¿Qué sucedería si lo besaba?

Jarun estaba sentado en su despacho a la mañana siguiente cuando Piers llamó a la puerta y asomó la cabeza.

—¿Tienes un minuto? —le preguntó—. Me arriesgué a venir para traerte las últimas propuestas.

—Piers. Me preguntaba si vendrías hoy. Pasa, pasa —dijo Jarun, dejando el informe que leía.

—¿Ya se ha acabado la luna de miel? —preguntó Piers, sonriéndole. Llevó su maletín hasta la mesa y lo depositó sobre ella antes de sentarse en su sitio habitual.

—Si se la puede llamar así…

—¿Y?

—No es que sea de tu incumbencia, pero estar casado es más difícil de lo que pensaba.

—Habría sido mejor solamente un compromiso.

—Pero no habría engañado a Garh, Hamin y los otros.

—Una boda tan precipitada no es un matrimonio —rió Piers.

—Pero es un juramento.

—Es verdad, pero una anulación será fácil una vez que acaben las negociaciones —abrió el maletín y sacó una carpeta—. Lo último de Samuel Kinsale. ¿Crees que se ha ablandado porque su hija se ha casado contigo? Parece que podremos cerrar el trato antes de lo que pensábamos.

Jarun levantó la vista al oírlo.

—No me imagino a ese duro negociador ablandándose por nadie. ¿Cuánto antes?

—Parece que dentro de unos días. ¿Irás a Nueva York a firmar?

—Allí se encuentran sus oficinas centrales. Decidí que, cuando comenzáramos esto, iría. Ahora no estoy tan seguro.

—Quizá vaya contigo. ¿Y tu esposa?

—A Sara le encantará oír que las negociaciones van tan bien. Ella había venido a visitar a sus padres mientras ellos estaban aquí.

Supongo que querrá continuar sus vacaciones cuando nos separemos. ¿Ha habido más consecuencias de sus actos?

—Todo está tranquilo en el frente de Garh y Ha— min. No quedaría bien que la tomasen con la esposa del negociador, ¿no?

—¿Y cuando nos separemos? —preguntó Jarun, reclinándose en la silla para observar a su consejero—. ¿Qué repercusiones habrá entonces?

—Ah, buena pregunta. Quizá se vean fortalecidos en su postura antiprogreso. ¿Quién sabe?

Jarun se puso de pie y se acercó a la ventana, pero no reparó en las plantas floridas ni en el mar. En vez de ello, vio la risa de Sara cuando estaba feliz, el brillo de sus ojos plateados cuando se hallaba enfadada, y la femenina gracia con que se movía al caminar, nadar o montar.

—¿Algún problema? —preguntó Piers con curiosidad al verlo.

—¿Qué pasaría si, en vez de una anulación, fuese un divorcio? —

preguntó Jarun sin darse la vuelta.

Se hizo un silencio.

Finalmente, Jarun giró para enfrentarse a la perpleja expresión de Piers.

—No comprendo —dijo este. Parpadeó y se dio en la frente con la mano—. Ah, infiernos, claro que comprendo. Jarun, ella y tú no

habéis…

—Es solo una hipótesis —dijo Jarun con firmeza. Al menos de momento. Pero el deseo que sentía cuando estaba con Sara aumentaba cada vez que la veía. Y sabía que ella era consciente de la química que existía entre ellos. Cuando estaban en las cuadras, pensó que ella iba a iniciar algo. Lo había mirado con intensidad y luego se había ruborizado. Y desde entonces se encontraba distante. ¿Qué habría estado pensando?

Piers carraspeó.

—En realidad, quizá fuese mejor un divorcio que una anulación.

Más creíble, ¿comprendes?

—Explícate.

—Reconozcámoslo, Jarun, nadie con dos dedos de frente se creerá que ella y tú no habéis hecho algo. A menos que el matrimonio haya sido una farsa. Una cosa es engañar a tus ministros y otra totalmente distinta es ponerlos en ridículo.

Déjame unos días para pensarlo, ¿de acuerdo?

—Tómate el tiempo que quieras. Es hipotético.

—Pero durante cuánto tiempo, me pregunto —dijo su amigo.

Sara apareció en la puerta y se detuvo de golpe al ver a Piers.

—Oh, perdona, no sabía que tenías compañía.

—Pasa, Sara. ¿Recuerdas a Piers?

—El padrino. Desde luego, ¿cómo estás? —sonrió ella, inquieta, quedándose en el vano de la puerta.

—¿Querías algo? —preguntó Jarun con cortesía.

—Hablar con mi madre. Se estará preguntando por qué no me he puesto en contacto con ella.

—Sabe que estás aquí —dijo Jarun.

—Entonces, ¿no puedo llamarla?

—Por supuesto que sí —señaló el teléfono con un gesto.

Piers se dispuso a marcharse, pero Jarun lo detuvo negando con la cabeza.

—¿Es sensato dejarla llamar? —le preguntó Piers.

—¿Es sensato levantar las sospechas de sus padres si no le permitimos ponerse en contacto?

—Puedo esperar hasta más tarde, cuando hayáis acabado —dijo Sara, que los había estado contemplando, y se marchó.

—Esto se complica cada vez más —dijo Piers.

—En realidad, creo que no habría problema en dejarla llamar a cualquier sitio. Me dio su palabra de que respetaría nuestro acuerdo. Y estoy seguro de que lo hará.

—¿Tú confías en una mujer? —preguntó Piers, sorprendido.

—Dentro de ciertos límites.

—Es la primera vez que te oigo decir algo así. Creía que después de Andrea du Polline habías jurado que nunca volverías a confiar en una mujer.

—Esto es distinto. Sara también está preocupada por la reputación de su padre.

—Además de no querer acabar en una de nuestras cárceles —

masculló Piers sarcásticamente.

—Esa puede ser una motivación muy fuerte —reconoció Jarun —.

¿Qué concesiones ha hecho Kinsale?

Piers abrió la carpeta que había llevado y miró unos gráficos.

—Confío en que sepas lo que hacer con respecto a tu matrimonio.

Y los contratos. Mira, ¿qué te parece esta contraoferta?

Mientras Piers le detallaba el documento, Jarun pensó que no era de extrañar que a Piers lo sorprendiese su comentario. ¿Acaso no había dicho hasta la saciedad que no confiaba en las mujeres?

En dos ocasiones había estado a punto de pedirle a una mujer que se casase con él para descubrir antes de declarársele que estaban más interesadas en su dinero que en la relación; más interesadas en hacerse ver que en pequeños restaurantes alejados de los lugares de moda.

Qué irónico. Ahora se había casado, y con una mujer que ni siquiera decía que lo quería. Además, tampoco parecía especialmente interesada en su dinero ni en hacer demasiada vida nocturna.

Sara se paseó por la terraza, sintiéndose aburrida y frustrada.

Necesitaba hablar con su madre, asegurarle que la boda la había colmado de felicidad, y luego decirle que pronto quedarían para cenar.

Para su madre, la familia era muy importante. Sentándose en una tumbona, Sara pensó que seguramente su madre aceptaría a Jarun enseguida. Pero, ¿qué importancia tenía aquello si la alianza

de los dos era algo provisional? Por algún motivo, pensar en ello la hizo sentirse mal.

— *Bonjour,* Sara —dijo la madre de Jarun sonriéndole desde la puerta.

Sara se apresuró a ponerse de pie, sorprendida al ver a Angelique. ¿Sabría Jarun que su madre se encontraba allí?

—Buenos días. No sabía que venía. ¿Le gustaría sentarse aquí o hace demasiado calor? Quizá prefiera ir adentro.

—Aquí, por supuesto —dijo Angelique, saliendo a la terraza—.

Las rosas están hermosas este año —se sentó en una silla y le hizo un gesto a Sara para que se volviese a sentar—. Así que Jarun ha vuelto al trabajo.

—Qué lata. Pero tiene mucho que hacer. Espero que no tarde demasiado en poder delegar lo bastante como para tomarse un poco de tiempo libre. Su padre era igual, le encantaba su trabajo.

Supongo que es cosa de familia. Tengo entendido que piensa ir a Nueva York cuando se firmen los contratos. Quizá podáis aprovechar y tomaros unos días de luna de miel entonces.

Podrías mostrarle tu casa, aunque estoy segura de que ya la conoce.

Sara sonrió cortésmente. Era la primera vez que oía algo sobre un viaje a Estados Unidos. Eso simplificaría las cosas cuando se separasen. Tendría que hablar con Jarun sobre el viaje.

—He venido pensando que ya estaría trabajando. Lo conozco,

¿sabes?

—Piers vino esta mañana a primera hora a verlo.

—Entonces, mientras ellos están ocupados, puedes venir a comer con Jasmine y conmigo. Y luego tú y yo podríamos ir de tiendas a buscar un vestido para el viernes. A menos que ya tengas algo que ponerte.

—¿El viernes? —preguntó Sara.

—La recepción en la embajada inglesa. Seguro que Jarun piensa asistir.

—¿El viernes por la noche? —¡rayos!, odiaba las recepciones, especialmente aquella en la que con toda seguridad sería el centro de atención. Por ser la esposa de Jarun bak Samin, sabía que todos la mirarían y hablarían de ella.

—No estaba segura de si tú tendrías un traje adecuado, así que

estaré encantada de llevarte a varias boutiques de Staboul que disponen de una ropa preciosa aunque no la encargues con antelación.

Sara se preguntó si alguna de ellas no sería donde Jasmine había comprado el vestido de boda un rato antes de la ceremonia.

Probablemente.

—Se lo agradezco. No tengo nada adecuado para una recepción.

Y me encantaría salir a comer —cualquier cosa con tal de no seguir encerrada en la villa.

Aminna apareció en el umbral con la cámara de Sara en la mano.

—Encontré esto en la cocina cuando volví esta mañana —le dijo, alargándosela.

—Mi cámara —dijo Sara, aceptándola—. Ayer la dejé allí cuando preparé la comida —aclaró y, automáticamente, se fijó en el indicador de exposiciones—. ¡Tiene película!

—Vi que estaba vacía y le puse un carrete —dijo Aminna, asintiendo con solemnidad—. ¿Desean comer en la terraza o en el comedor?

—He invitado a mi nuera a salir a comer. Por favor, díselo a Jarun.

Aminna volvió a asentir solemnemente y se marchó.

—Qué cámara más complicada. No sabía que fueses fotógrafa.

¡Qué emocionante! ¿Qué te gusta fotografiar?

«Fotos de su residencia veraniega sin permiso», pensó Sara.

—Ejem, la verdad es que todavía estoy definiendo mi estilo. Me gusta lograr el mejor encuadre, hacer contrastes de luces y sombras...

—¿Qué fotografías? ¿Gente? ¿Paisajes? ¿Plantas?

—Caballos, casas, ruinas... —sonrió—. A veces gente. Lo que me parezca interesante.

Llevaba años tomando fotos a su familia y amigos, a sitios exóticos y casas acogedoras. Los resultados habían sido gratificantes. Ya que no había podido hacer las fotos de la casa de Jarun, intentaría tomar unas instantáneas de Staboul como recuerdo cuando se marchara.

Y más adelante fotografiaría la villa. Nadie la podía criticar por sacarle fotos a su propia casa, aunque fuese por poco tiempo.

Aminna salió silenciosamente a la terraza llevando en una bandeja un servicio de té y pequeños pasteles. Puso la mesa con eficiencia y se retiró sin articular palabra.

—Me gustaría tomarle fotos a ella —reflexionó Sara—. Tiene una cara con mucha personalidad —se sentó frente a Angelique para servir el té—. Y me encantaría sacar a su hijo montado en Satin Magic.

—Hazlo. Y si sale bien, me apetecería tener una copia. Es un hombre guapo, ¿verdad?

Aquel era el verdadero motivo de la visita de la madre: averiguar algo más sobre su nuera. Sara sonrió cortésmente, preguntándose cómo se sentiría Angelique si se enterase de sus verdaderos sentimientos.

De repente, se dio cuenta de que ni ella misma los conocía. Era cierto que se sentía prisionera en la casa desde que Jarun la había rescatado de la cárcel. Era comprensible, aunque frustrante.

Contaba los días hasta quedar libre.

Sin embargo, se sentía extrañamente intrigada por Jarun, fascinada por la variedad de sensaciones que la asaltaban en su presencia. Le gustaba hablar con él, oírlo discutir sobre las cosas que le gustaría cambiar en su país.

Se hallaba completamente cautivada por sus besos. La última vez que había aparecido alguien que desconocía el secreto de su matrimonio, la había besado. ¿La volvería a besar delante de su madre? El corazón se le aceleró. Pronto lo sabría.

Jarun había salido a la terraza.

CAPÍTULO 6

M'a mère, Aminna me ha dicho que estabas aquí. No te esperaba —dijo Jarun, lanzándole una mirada a Sara al salir a la terraza para besar a su madre en ambas mejillas.

—No quería interrumpirte, *chéri*. Aminna me dijo que estabas trabajando. Pensaba que Sara te mantendría alejado de tus obligaciones un poco más. Primero, no te vas de luna de miel, y ahora la tienes abandonada. ¡Qué vergüenza! —dijo Angelique en broma.

—Tengo cosas que hacer. Sara lo comprende.

—Siempre hay que hacer cosas. Una recién casada es una santa si lo permite. Y una virtud así merece una recompensa. Me la llevo a comer con Jasmine. A no ser que tengas planes tú, por supuesto.

—Ha venido Piers. Estamos trabajando.

—Cómo han cambiado los tiempos desde que yo era joven —dijo ella, burlona, dirigiéndole una mirada de complicidad a Sara.

—¿Ah, sí?

—Tu padre y yo nos aseguramos de que nuestras prioridades incluyesen una larga luna de miel.

—Lo vuestro fue una luna de miel eterna.

—Hasta su muerte —dijo ella, entristecida—. Atesora los momentos que tengas, *chéri*, que luego, cuando mires atrás, te parecerán efímeros —se levantó y le dio una palmadita en la mejilla—. Tengo que decirle algo a Ammina; luego, Sara y yo nos marcharemos. Iremos de compras después de comer. Trae tu cámara, Sara, puedes comenzar con Jasmine y conmigo.

Jarun esperó hasta que su madre se alejó para girarse hacia Sara.

—Aminna me la trajo. La encontró en la cocina —dijo ella, sosteniendo la cámara frente a sí como si fuese un escudo—. Tu madre sugirió lo de las fotos.

—Toma las fotos que ella quiera, entonces, pero yo me ocuparé de revelar el carrete —dijo él, con tono de advertencia—. ¡Y ninguna de ellas irá a tu periódico!

Sara se puso tensa. Sabía que era culpa suya que él no confiase realmente en ella, pero, a pesar de todo, le seguía doliendo que lo

hiciese.

—Jasmine sabe la verdadera historia sobre nuestra boda, pero mi madre no. No quiero que eso cambie, ¿comprendes? —dijo él.

—¿Has venido aquí solo para decirme eso? Por supuesto que puedo recordar esa orden de un día para otro. Sé muy bien que nadie debe enterarse. Si no se lo puedo decir a mi madre, ¡desde luego que no se lo diré a la tuya!

Y dicho esto, Sara se apresuró a dirigirse a su habitación para ponerse algo más adecuado, ya que llevaba una camiseta y unos sencillos pantalones blancos.

Más tarde, cuando volvió al amplio vestíbulo, Piers y Angelique hablaban mientras Jarun los contemplaba, apoyado sobre una valiosa mesa Luis XV. Le dirigió a Sara una mirada cuando ella llegó. Ella se preguntó durante un segundo si el brillo de los ojos de Jarun significaría que todavía desconfiaba de ella.

—Que paséis una buena tarde —dijo él, acercándose a ella deliberadamente. Estaba tan cerca, que Sara sintió el calor de su aliento—. Ojalá pudiese ir con vosotras.

Solo ella comprendió a qué se refería.

Jarun tenía temor de dejarla sola con su madre, aunque por su comentario, Angelique pensaría que deseaba pasar el día con su esposa. ¡Si supiese la verdad!

—Volveré antes de la cena. No pasará nada —dijo Sara, para indicarle que no se preocupase.

Los labios masculinos rozaron los suyos y él se dio la vuelta para irse.

Sara se sintió insatisfecha. Sin embargo, el breve beso era lo único que podía pretender en aquel momento.

—¡Vamos a comer! —le dijo a Angelique, forzando una alegre sonrisa.

—¿Qué te hace pensar que no saldrá corriendo en cuanto Angelique se dé la vuelta? —preguntó Piers, receloso, una vez que las mujeres se hubieron marchado.

—Sara dijo que se quedaría y yo la creo —dijo Jarun después de pensar unos minutos.

—Podría ser una espía en vez de una reportera que busca pasto para su periodicucho sensacionalista.

—Pero también es la hija de Samuel Kinsale, un hombre de

moral intachable. Confío en que sea lo bastante parecida a su padre como para no escaparse.

—Espero que estés en lo cierto —dijo Piers, dirigiéndose al despacho.

—Yo también —dijo Jarun en un susurro. No estaba seguro de dónde procedía aquella sensación de confianza total. No había tenido ninguna experiencia con mujeres que motivase aquello, pero Sara tenía algo...

Sacudió la cabeza y siguió a su amigo. Esperaba que el motivo no fuese que el deseo que sentía por ella le estuviese anulando la mente.

Cuando el chofer de Angelique la dejó en la puerta de la villa aquella tarde, Sara agarró la media docena de bolsas con compras y tocó el timbre, preguntándose si no tendría que haber pedido una llave. Una de las criadas abrió la puerta y, con una tímida sonrisa, le dijo algo en árabe, a lo cual Sara respondió a en francés, idioma que la joven no pareció entender. Era muy frustrante no poder comunicarse, pensó Sara mientras se dirigía a su habitación.

La tarde había sido inesperadamente divertida. Aunque Jasmine nunca abandonó su aire de cautela, a Angelique no pareció importarle. Sara respondió a todas sus preguntas, se atrevió a hacer algunas, e intentó fingir que era una recién casada normal conociendo a su familia política, aunque no se olvidase en ningún momento de la realidad.

—Ir de tiendas. El pasatiempo preferido de las mujeres —dijo Jarun detrás de ella.

Sara se dio la vuelta, sobresaltada, y los paquetes salieron volando en todas direcciones.

—¡No te oí! —protestó.

—Perdona —dijo él, inclinándose a recoger dos de las bolsas.

Sara hizo lo propio con el resto y se dirigió a su habitación, un poco molesta. ¿Qué le pasaba? Sentía un hormigueo en la piel cuando él se acercaba. Deseó haberse retocado los labios y arreglado el pelo antes de entrar en la casa. La sangre le corría por las venas llena de expectación.

Jarun entró con ella en el dormitorio como si tuviese todo el derecho del mundo. Y pensándolo bien, lo tenía...

—He comprado algunas cosas —dijo ella innecesariamente,

dejando las bolsas sobre la cama.

Jarun dejó las otras dos y se la quedó mirando, lo cual la hizo moverse, cohibida.

—¿Qué has comprado? —le preguntó él cortésmente.

—Un vestido para la recepción de la embajada británica. Tu madre dijo que iríamos. Por cierto..., ¿cuándo pensabas decírmelo? —le preguntó ella, irritada al verlo asentir una vez con la cabeza—. ¿Diez minutos antes de salir? Jarun, no estoy dispuesta a soportar que decidas por mí sin consultarme antes,

¿me oyes? Me enteré de nuestra boda cuando Jasmine se presentó aquí con el vestido. Supe lo de esta recepción cuando tu madre me lo dijo. ¿Hay alguna otra cosa que necesito saber y que no me has mencionado?

—Miraré en mi agenda —dijo él encogiéndose de hombros—.

¿Quieres que lo veamos juntos? —ofreció, con una expresión divertida reflejada en los ojos.

—Por supuesto que no —dijo ella, ruborizándose—. Solo que me gustaría que me avisases con tiempo si hay algo a lo que querrías que asistiese. Y yo también te lo diré a ti.

—¿Un compromiso tuyo al que tengamos que asistir los dos? —

preguntó él, arqueando una ceja.

—Mi madre querrá que cenemos con ellos pronto. Los pocos momentos que tuvimos para hablar de la boda no le bastaron en absoluto. Y tampoco pude hablar con ella cuando hacíamos mis maletas, contigo dando vueltas por ahí como un buitre.

—¿Un buitre? Pensaba que había hecho mi papel de novio ilusionado a la perfección.

—La familia es muy importante para ella. Le encantará recibirte en el seno de la nuestra. Y cuanto antes, mejor. Pero tendremos que evitarlo —dijo Sara, mordiéndose el labio.

—¿Por qué?

—No tiene sentido que se encariñe contigo si pronto nos separaremos.

—Lo que tú digas. Déjame ver el traje.

Sara estaba contenta con su elección y esperaba que a él le gustase. Tomando la bolsa más grande, sacó de ella el vestido, que estaba envuelto en papel tisú, y lo sacudió. Era de color azul profundo con hilos plateados, el vestido más bonito que había visto

en su vida. Y le quedaba de ensueño. Levantándolo en el aire, se lo mostró, pero la expresión de él era indescifrable.

—Pruébatelo —le dijo él.

—¿Ahora?

—Es difícil juzgar cómo te queda si no te lo pones —dijo él, dirigiéndose a un sillón y sentándose como si pensara quedarse allí toda la tarde.

—Supongo que tienes razón.

Cinco minutos más tarde, Sara salió del cuarto de baño con el traje nuevo puesto.

El cuello alto bordado en pedrería daba una falsa impresión de modestia, lo cual contrastaba con el ajustado cuerpo del vestido.

La falda, larga y recta, llevaba una raja que le descubría la pierna hasta medio muslo. Y por detrás, el escote le dejaba la espalda desnuda hasta la cintura. Sara se sentía misteriosa y fascinante con aquel vestido. Lástima que se olvidase de ponerse los tacones primero. Ir descalza arruinaba el efecto.

O quizá no, a juzgar por la reacción que tuvo Jarun al verla. Se levantó y se acercó a ella en medio de la habitación.

—Estás preciosa —le dijo lentamente, recorriéndole el cuerpo con la mirada y haciendo que la temperatura subiese mientras la seguía contemplando—. Date la vuelta.

Ella se dio la vuelta totalmente y oyó el ruido que hizo el aire cuando él contuvo la respiración al verle la espalda desnuda.

—¿No tendrás frío con eso? —le dijo él con voz ronca.

—Creo que no —dijo ella, aliviada al ver que la voz no le temblaba—. Tu madre me ayudó a elegirlo.

—Y como mi madre es francesa, eligió algo increíblemente sensual —dijo él, alargando la mano para deslizarle un dedo por el brazo desnudo—. Los hombres envidiarán mi buena suerte.

Las mujeres estarán celosas de tu belleza —dijo lentamente.

El corazón le dio a Sara un vuelco. Nadie le había dicho nunca nada tan maravilloso. Hipnotizada por los ojos oscuros, lo miró, pasándose la lengua por los labios nerviosamente. Jarun vio su gesto y centró su atención en la boca femenina. Antes de que ella pudiese decir nada, la tomó en sus brazos y la besó.

Su boca produjo una cascada de trémulo encanto. Sara se acercó, como buscando más. Abrió los labios y él profundizó el

beso. Las cálidas manos masculinas en su espalda hicieron que la recorrieran oleadas de excitación y, cuando su lengua danzó con la de ella, explotó el deseo que bullía.

Ansiaba más, deseaba saborearlo por todos lados, recorrerlo con sus manos. Le hundió las manos en el espeso cabello, gozando con su textura. Después recorrió con ellas sus hombros y volvió a hundírselas en el cabello.

Luego él giró lentamente para llevarla con él hasta la cama y sostenerla contra sí para amortiguar la suave caída entre las bolsas, el papel de seda y las almohadas. Separando los labios de los suyos, la besó en la mejilla y la oreja, hasta llegar al pulso que le latía acelerado en la base del cuello.

Sara se hallaba encima de él, sintiendo la fuerza de su pecho y saboreando el contacto de sus manos en su piel. Cuando Jarun le deslizó la mano por el costado para meterla por debajo del vestido y rozarle el pecho, Sara contuvo la respiración. Durante un segundo, recobró la sensatez. Se echó hacia atrás, mirándolo.

Lentamente, él abrió los ojos y la miró.

—¿Qué pasa? —susurró Sara, y se levantó.

Jarun también se incorporó con agilidad, acercándose a ella. Sara retrocedió. Aunque una parte de ella desease arrojarse en sus brazos, la otra le cuestionaba su cordura.

—Te besé, me devolviste el beso.

—¡Eso fue más que un beso!

—¿Y te molesta?

—¡Por supuesto! ¿Qué pasa? Habíamos quedado en una parodia de matrimonio para evitar un escándalo. Pero estábamos de acuerdo en que sería estrictamente platónico.

—Me temo que no recuerdo eso.

Ella se quedó perpleja. Habían dicho… ¿qué exactamente? Jarun esperaba como una pantera lista para saltar.

—Fue en el coche… —dijo Sara, dando un paso atrás. De repente, recordó. Habían estado hablando del derecho a compartir la cama. Ella había dicho que él no tenía que meterse en su cama y ella no se metería en la de él. Pero ahora que recordaba, él nunca había accedido a ello—. El vestido ha sido un error.

—¿Por qué? Te queda precioso.

—Está claro que te ha dado un mensaje equivocado.

Jarun se rió y negó con la cabeza, dirigiéndose a la puerta.

—Sara, verte con ese vestido no inflamó mi pasión —dijo, haciendo una pausa en la puerta para añadir—: Me basta con mirarte, lleves la ropa que lleves. Había venido a preguntarte si querías volver a montar esta tarde.

Ella parpadeó, intentando recobrar la compostura. ¿Le acababa de decir que sentía deseo por ella con solo mirarla y luego la invitaba a montar a caballo?

—¿Montar?

—Caballos.

Sus ojos habían recobrado el brillo sardónico. Probablemente él pensaba que el beso le había frito el seso. No estaba tan equivocado.

—Sí, me encantaría montar. Me cambio enseguida, espérame en las cuadras.

Jarun esperaba impaciente en el vestíbulo a que Sara se cambiase.

No había querido quedarse en su dormitorio mientras ella se quitaba el vestido y se ponía los vaqueros porque, simplemente, tenían confianza.

Cuando ella se había interrumpido, él no había querido detenerse. La deseaba como hacía tiempo no deseaba a una mujer.

Solo había tenido breves aventuras en capitales lejanas desde su error garrafal con Andrea du Polline. Había hecho el ridículo por ella. Ella había hecho el ridículo por su dinero. Pero Sara era diferente. ¿Sería eso parte de lo que lo volvía loco? Estaba seguro de que ella sentía algo cuando estaba con él, era demasiado experimentado como para no reconocer los signos. Lo único que esperaba era que compartiesen un beso, pero ella lo había interrumpido mucho antes de que él estuviese satisfecho. Casi lanzó una carcajada al pensar en que ella creía que había sido el vestido. ¿Sería verdad que no tenía ni idea o estaría jugando a un juego mucho más taimado?

—Estoy lista —dijo Sara, uniéndose a él. Llevaba vaqueros, un top de manga larga y sus zapatos resistentes. Tenía que ver la forma de conseguirle un par de botas de montar, particularmente si iban al desierto.

¿Le gustaría a Sara montar por la noche en las dunas y cabalgar tras las estrellas? Podrían escapar de todo, hasta estar solos en el

universo. Desmontaría y la ayudaría a bajarse del caballo, dejando que su cuerpo se deslizase por el de él, una tentación que no podría resistir. Extendiendo una manta sobre las arenas todavía calientes, la echaría sobre ella y la desnudaría hasta que la luna bañase su piel suave y femenina. Luego le haría el amor hasta la madrugada.

—Jarun, ¿vamos?

—Después de ti —le dijo, abriendo la puerta para dejarla pasar.

Ella lo precedió y se dirigió hacia las cuadras. La miró caminar, alta y orgullosa, meciendo suavemente las caderas, y aunque comenzaba a excitarse, no pudo apartar la mirada. Pensó en lo que Piers le había dicho, que sería mejor un divorcio que una anulación, que al menos engañaría a los ministros si hacía lo primero. Una anulación sería una bofetada en plena cara.

Además, después de que todos la conociesen, nadie creería en una anulación.

Era cierto que su alianza era provisional, pero Jarun sentía que algo los uniría con fuerza por el tiempo que ella se quedase.

Convertiría a Sara en su mujer de verdad, no solo en el certificado.

Cuando llegaron a las cuadras, alargó la mano y la tomó del brazo, deteniéndola.

—¿Qué?

—Para que sepas que no era el vestido.

Se inclinó para besarla nuevamente, notando con placer su instantánea respuesta.

Los caballos ya estaban ensillados. Jarun ayudó a Sara a montar y luego montó él. Fue por delante hasta la playa, deseando que fuese el desierto. Los confines de la ciudad y las exigencias de su nuevo puesto lo fastidiaban. Necesitaba sentir el espacio y la libertad del desierto. Pronto programaría una semana y se olvidaría de Staboul y de los pelmazos de los ministros de su tío para mostrarle a Sara las otras maravillas de su país.

Cuando llegaron a la playa, le soltó la rienda a Satin Magic. No lo sorprendió que Sara galopase junto a él en cuestión de segundos.

Alia le podía seguir el paso a Satin perfectamente. Acicateó a su caballo para que fuese más rápido, disfrutando con la sensación de libertad y el placer que siempre le causaba montar a Satin.

Los cascos atronaron la playa, salpicando cuando pisaban el

agua, echando arco iris de colores tras ellos, levantando arena.

Por su propio placer, Jarun mantuvo la velocidad, pero también prestó atención a Sara. Si fuese demasiado, se detendría.

Pero ella era una mujer a quien le gustaban los desafíos y no cedió un ápice.

El sol rielaba en el agua, miles de flores perfumaban el aire. La sangre le corría acelerada por las venas. Era un día maravilloso, y todavía más por la presencia de Sara. La idea lo tomó por sorpresa.

Al ver señales de civilización más adelante, tiró de las riendas de Satin. Alia pasó a su lado a la carrera, luego redujo la velocidad y se detuvo. Sara, sin aliento, lo esperó radiante de felicidad.

—¡Qué genial! —dijo, y se echó a reír—. ¡Es como un sueño, hacer una carrera con un jeque por la playa! Estoy empapada.

Para Jarun fue como un balde de agua fría. ¿Eso era lo que creía?

¿Que era una fantasía, y no la realidad con un hombre que la deseaba? ¿Era como las otras, después de todo, interesada en el dinero y los títulos?

Alia se movió, ansiosa por continuar.

—¿Pasa algo? —preguntó Sara, controlando a la yegua.

—No, nada en absoluto. Montas bien.

—No es difícil con un animal tan adorable como Alia. ¿Los llevas alguna vez al desierto?

Jarun la miró sorprendido. ¿Cómo se había alineado su mente con la de él? ¿Sería el destino?

—A veces.

—Me encantaría probarlo si podemos. Me imagino que será aún más maravilloso... cabalgar sin detenerse por el desierto. Sin ninguna señal de la civilización durante millas y millas... Quizá he sido un ermitaño en otra vida...

Seguía sin aliento y los pechos le subían y bajaban rápidamente.

La mirada masculina se quedó prendada de la de ella, para luego dirigirse a su boca. ¿Querría otro beso? ¿Sentiría la misma atracción sexual que él?

Ella bajó los párpados y apartó la mirada, enrojeciendo.

Jarun sintió una oleada de satisfacción al ver que le resultaba imposible esconder su excitación. Era cuestión de tiempo acostarse con ella. Saberlo le dio fuerza para ser más paciente. No la

presionaría. Pero sería pronto.

Volvieron a las cuadras al paso.

—¿Qué más había en los paquetes que trajiste a casa? —le preguntó.

—Otro vestido y dos pares de zapatos. A tu madre le encanta comprar. Durante la comida comentó que va a París de vez en cuando.

—Para ella ese es el único sitio donde vale la pena ir de tiendas.

—Sin embargo, ama este país. Se nota por su conversación —dijo Sara, mirándolo de reojo—. Y te defiende mucho.

—¿Y eso te sorprende? ¿No lo hacen todas las madres?

—¿Conoce al verdadero Jarun?

—¿Quién es el verdadero Jarun?

—Un hombre que manipula los hechos en beneficio propio.

Jarun sospechaba adonde quería llegar. Cambió de tema.

—¿Tomaste fotos?

—Algunas magníficas. Jasmine acabó un poco enfadada conmigo al cabo de la tarde, porque cada vez que veía algo nuevo, le decía al chofer de tu madre que se detuviese. Pero a tu madre no la molestó, todo lo contrario.

—¿Estuviste en el Sadinn?

—Creo que se llamaba así. Angelique me hizo un tour completo antes de ir de compras.

¿Por qué lo habría hecho su madre? ¿No sería más lógico evitar que ella viese las partes más pobres de la ciudad hasta que se acostumbrase más al país?

—Tu madre se ofreció a revelar el carrete. Le dije que lo querías hacer tú, pero insistió en que no quería esperar para ver lo que había hecho. Estoy segura de que puedes interceptar las fotos cuando las traiga para asegurarte de que no estoy retratando sitios secretos cuando ejerzo de espía.

CAPÍTULO 7

Sara hizo una pausa mientras se aplicaba rimel. Le quedaban diez minutos antes de partir hacia la embajada británica. Dirigió la mirada al vestido que estaba sobre la cama. ¿Podría llevarlo alguna vez sin recordar los besos y caricias de la tarde en que se lo probó para que lo viese Jarun? Lo dudaba.

Volvió a aplicarse rimel. La idea de la recepción la ponía nerviosa. No le gustaban las fiestas importantes. Además, todas las miradas estarían fijas en ella, la misteriosa mujer con quien se acababa de casar sorpresivamente el sheik Jarun bak Samin.

Ya se había peinado y maquillado; no podía retrasarse más. Se puso el vestido e inmediatamente la asaltaron las sensuales emociones que había experimentado al probárselo para Jarun. La sedosa tela le quedaba como una segunda piel y la brisa que entraba desde la terraza le acariciaba la espalda desnuda. Se puso los zapatos de tacón y se acercó al espejo. El color del vestido hacía que sus ojos pareciesen plateados y un suave rubor le teñía las mejillas debido a los nervios.

Sara no pudo evitar preguntarse cómo reaccionaría Jarun al verla nuevamente con el vestido más sensual que ella había tenido en la vida. Lo averiguaría inmediatamente. Agarró un bolso pequeño cubierto de pedrería y salió de su dormitorio con la cabeza en alto.

Jarun la esperaba. El esmoquin de elegante corte le acentuaba los anchos hombros y las largas piernas. La camisa, con su pechera de puntillas, habría parecido afeminada en otro hombre. Sin embargo, acentuaba su fuerte virilidad, dándole la apariencia de un pirata atrevido o un jinete del desierto.

Sara se dirigió a él, manteniéndole la mirada. Sentía un nudo en el estómago y le costaba respirar, pero no quería que Jarun se diese cuenta de ello. Inclinando la barbilla ligeramente, se acercó a él mucho más de lo necesario. Lo contempló con una sonrisa y los párpados entornados, casi tocándole la manga de la chaqueta.

—Estás guapísima —le dijo él. Tomándole una mano, la rozó con sus labios y luego la giró para besarle el sensible interior de la muñeca.

Sara sintió una oleada de deseo. Casi soltándose de un tirón, logró seguir sonriendo.

—¿Ya es hora de marcharnos?

Él inclinó la cabeza, cohibiéndola con la expresión divertida de sus ojos, y Sara tuvo que hacer un esfuerzo para mantener su porte sofisticado. Se dio la vuelta, dirigiéndose a la puerta, y lo oyó contener la respiración, lo cual le produjo alegría. Todavía lo afectaba el vestido o, mejor dicho, su tremendo escote en la espalda. Bien, se alegraba de ello.

La limusina los transportó rápidamente a la embajada británica, un antiguo edificio de piedra con un pórtico de altas columnas.

Tenía todas las ventanas iluminadas y, en cuanto bajaron del coche, comenzaron a oír el murmullo de las voces y la suave música que flotaba en la brisa cálida.

Jarun la hizo subir rápidamente las escalinatas sin darle tiempo para pensar en nada. Al entrar, fueron recibidos por el embajador, su esposa y un funcionario de alto rango que había llegado de Inglaterra.

«Comienza la actuación», se dijo Sara, deslizando su mano en la de Jarun, que la sujetó apretada contra su pecho. Con la cabeza en alto, inició la velada.

Una hora más tarde, creía que la cara se le iba a romper de tanto sonreír. Estaba segura de que le habían presentado a todos los que había en los salones, y había respondido a tantas preguntas sobre cómo se habían conocido Jarun y ella, que deseó haber impreso unas tarjetas para distribuirlas. Jarun permaneció a su lado, dándole detalles sobre la gente que le presentaban antes de que los saludase. Parecía conocer a todo el mundo, pensó Sara, preguntándose cuánto más duraría la velada y deseando poder retirarse a la intimidad de su habitación.

Contribuyó a su cansancio el esfuerzo que hacía para actuar como una recién casada feliz. Era difícil recordar que tenía que dirigirle a Jarun una mirada de amor de vez en cuando, principalmente porque estaba tan nerviosa que casi no podía respirar. En un determinado momento, él le apoyó la mano sobre la espalda desnuda y Sara casi se olvidó de la pregunta que le había hecho. Más tarde, cuando él entrecruzó sus dedos con los de ella, se le volvió a hacer un nudo en la garganta.

—Ah, excelencia, todavía no he tenido oportunidad de que me presentéis a vuestra encantadora esposa.

Sara se dio la vuelta al oír la voz y sintió un rechazo instantáneo por el hombre que se encontraba junto a ellos. No era alto; Sara lo podía mirar a los ojos. A pesar de que su voz intentaba parecer simpática, su mirada oscura reflejaba desconfianza.

—Garh Sonharh, mi esposa Sara. Querida, Garh es uno de los ministros en los que más confía mi tío —dijo Jarun con voz inexpresiva, sin dar a Sara ninguna indicación de los sentimientos que albergaba por aquel hombre. Y eso mismo le dio una pista.

El nombre le resultaba familiar. De repente, recordó que, después de haber hablado con aquel hombre, a Jarun se le había ocurrido el descabellado plan de casarse en vez de comprometerse solamente.

—Mucho gusto, señor —dijo suavemente, esbozando una sonrisa bobalicona. Quizá le pudiese sacar provecho a sus lecciones de teatro—, encantada de conocerlo.

Jarun le apretó fuertemente la mano y ella evitó mirarlo porque sabía que si lo hacía se echaría a reír. Luego la gravedad de la situación la hizo contenerse. Aquel hombre podía ser considerado un enemigo tanto de su esposo como de su padre. Si se daba cuenta de que el matrimonio no era de verdad, podría causar el incidente internacional que ella intentaba evitar.

—¿Consiguió las fotografías que deseaba para su esposo? —

preguntó Garh.

—¿Fotografías? Oh, ¿de la residencia veraniega?

Desgraciadamente, hubo un malentendido al respecto —dijo Sara, elevando la mirada hacia Jarun con lo que esperaba sería un gesto de adoración—. Pero ya lo hemos aclarado, ¿verdad, cielo?

—de repente, miró directamente a Garh—, Pero ¿cómo se ha enterado usted de eso?

—Rumores solamente, señora —dijo Garh, haciendo una ligera inclinación de cabeza.

De repente, se acercó Jasmine. Llevaba un vestido color granate y estaba guapísima.

—Aquí estás, llevo un rato buscándote —dijo—. Ministro Sonharh —saludó, para sonreír luego a Sara—. Ven a conocer a algunas de mis amigas. Yasife se muere porque le presente a una

americana. Le he hablado de vuestro noviazgo tan romántico.

—No te pases la noche cotilleando con las mujeres —dijo Jarun, dándole un beso en la mano antes de soltársela. Se dio la vuelta hacia Garh cuando las dos se marcharon.

—Gracias —dijo Sara en voz baja en cuanto se alejaron lo suficiente.

Jasmine rió.

—En el caso de Garh, su mordedura es mucho peor que su ladrido, que ya es formidable. Está en contra de todo lo que Jarun quiere hacer, desde los contratos petrolíferos para mejorar la infraestructura hasta el apoyo a la industria del turismo. Yo no sé por qué Jarun no insiste para que nuestro tío se deshaga de él —

dijo Jasmine con el ceño fruncido.

—¿Se lo has preguntado?

—Dice que es más fácil vigilarlo como ministro que estar preguntándose constantemente qué es lo que hará a sus espaldas.

Ven, aquí está Yasife.

—¿Y? ¿Qué tal te ha ido en tu primera recepción en Kamtansin?

—preguntó Jarun dos horas más tarde, cuando se instalaron en la limusina después de saludar a sus anfitriones.

—Mejor de lo que esperaba —reconoció Sara. Se quitó los zapatos y, mientras movía los dedos de los pies, frunció el ceño y luego arrugó la nariz.

—¿Pasa algo?

—Quería relajar mis músculos faciales. Espero que no pretendas una sonrisa hasta dentro de dos días al menos. Creo que eso es lo que tardará en desaparecer el dolor.

Jarun rió suavemente y su voz, cual vino con especias en un día de invierno, le recorrió todo el cuerpo a Sara, subiéndosele a la cabeza.

—No querrás que recuerde los nombres de los cuatro millones de personas que me han presentado hoy, ¿verdad? —dijo ella en broma para disimular su reacción.

—Eran solo unas docenas. Y mi respuesta es no, porque te aprenderás la mayoría de los nombres después de ver a la misma gente en una y otra recepción. Hay algunos que son amigos personales. Esos sí que me gustaría que recordases, por favor.

—¿Quién? —preguntó ella. Apoyó la cabeza contra los

almohadones y cerró los ojos, oyendo hablar a Jarun. Podría haber seguido así eternamente. Sintió que algo le rozaba la mejilla y abrió los ojos lentamente. Jarun se inclinaba sobre ella.

—Hemos llegado a casa.

—¿Me dormí? —preguntó, volviendo a la realidad.

—Mientras te hablaba de unos amigos. Tengo que asegurarme de que no te aburriré la próxima vez.

—Oh, no, no es por eso —dijo ella, y se incorporó, apretándose contra el hombro masculino—. Lo siento, estaba tan cansada debido al estrés de la recepción... y a conocer a Garh Sonharh.

Jasmine me habló de él. El es el verdadero motivo por el que nos casamos, ¿verdad? Jasmine me ha dicho que es un verdadero obstáculo para tus proyectos.

—Yo sé cómo tratarlo. Ven, en unos minutos estarás en la cama.

Ella entró tras él en la casa y, cuando iba a dirigirse a su habitación, él la detuvo.

—Tu actuación fue perfecta. Gracias por esta noche —dijo, inclinándose para besarla.

Medio dormida, Sara se dejó abrazar y besar. La lasitud de su breve sueño se esfumó como por encanto. La sangre comenzó a acelerársele en las venas cuando la boca masculina inició la caricia, moviéndose persuasivamente para incitarla a que respondiese. Cuando ella abrió los labios, su lengua jugueteó con ella. Ella le retribuyó el favor, disfrutando de la libertad que sentía cuando se hallaba en los brazos de Jarun, sintiendo sus manos en la espalda desnuda. Le rodeó el cuello con los brazos e intentó acercarse más todavía. Podía sentir su dura longitud contra ella y se deleitó con las diferencias que existían entre los dos. Sintió que flotaba.

Él acabó el beso, apoyando su frente contra la de ella y mirándola a los ojos cuando ella abrió los suyos con reticencia. La pasión que él controlaba con mano de hierro era evidente en su expresión. El deseo que él era incapaz de esconder completamente le causó a Sara un estremecimiento de anhelo.

¿Cómo sería hacer el amor con Jarun?

—Será mejor que te vayas a dormir ahora si quieres hacerlo sola

—dijo él con voz ronca.

Sara titubeó una fracción de segundo. Por un lado, no deseaba irse a la cama sola; pero por otro, sabía que sería un error no

hacerlo. El suyo era un matrimonio provisional, no el preludio de un compromiso para toda la vida.

Asintió con la cabeza, quitándole los brazos de alrededor del cuello y dándose la vuelta para dirigirse rápidamente a su habitación.

—¡Rayos! —exclamó Jarun en voz baja cuando Sara cerró la puerta. Si no hubiese separado los labios de los de ella, en aquel preciso momento se encontrarían juntos en la cama. Pero en vez de ello, se hallaba en el pasillo mirando una puerta cerrada.

Probablemente ella estaría quitándose el vestido. Le quedaba como una segunda piel, resaltando cada curva de su precioso cuerpo. Hubiese deseado deslizárselo por los hombros, ver cómo le caía hasta los pies y luego disfrutar de su cuerpo desnudo.

La verdad era que no estaba acostumbrado a privarse de nada y la había observado durante todo el tiempo, intentando descubrir si ella era inmune a las chispas que parecían llenar la habitación cuando estaban juntos. Pero, o era una estrella consumada, o no se daba cuenta.

O quizá no sintiese la atracción que sentía por ella, quizá estuviese contando los días hasta que negociasen de una vez por todas los contratos petrolíferos y pudiese reanudar su vida con sus padres.

Durante un momento, no quiso pensar en qué pasaría si Sara volviese a Estados Unidos y no retornase nunca a Kamtansin.

Sería mejor que aprovechase su estancia porque, una vez que ella se fuese, seguramente no la volvería a ver nunca.

Jarun desayunaba solo. Se preguntó si Sara lo estaría evitando o si se habría quedado en la cama para recuperarse del cansancio de la noche anterior. Estaba a punto de ir a averiguarlo cuando llegó su madre.

—Buenos días, Jarun —le dijo sonriente cuando él se incorporó para saludarla—. Espero que mi visita no sea demasiado intempestiva, pero estoy muy ilusionada con un proyecto que creo que te encantará. ¿Dónde está Sara? —preguntó, mirando alrededor.

—Estuvimos en la recepción de la embajada británica anoche. Se ha quedado un rato más en la cama.

—No, aquí estoy. Voy con un poco de retraso, nada más —dijo

Sara desde el umbral.

Jarun la miró y tuvo que reprimirse para no mostrar su reacción.

Estaba preciosa, con el cabello rubio rodeándole el rostro como un halo. A pesar de haber dicho que no sonreiría más, le estaba sonriendo a su madre. Durante un momento, Jarun se sintió celoso de aquella sonrisa. A él nunca le sonreía de aquella forma.

¡Qué tontería! La saludó cortésmente y le sujetó la silla a su madre para que se sentase. Sara se dirigió al otro extremo de la mesa y se sentó antes de que él pudiese acercarse a ella.

Aminna entró, portando una bandeja con cruasanes, magdalenas, y varias clases de pan. La puso en el centro de la mesa y saludó a Angelique. Jarun esperó hasta que todos hubiesen comenzado a desayunar para preguntarle a su madre por el motivo de su visita tan temprana.

—Pensé que sería la mejor hora para encontraros a los dos antes de que tú comenzases a trabajar y Sara se fuese.

—¿Se fuese? —preguntó él, mirando a Sara.

—No voy a ningún sitio —dijo ella, encogiéndose de hombros.

—Lo harás en cuanto veáis lo que he traído —dijo Angelique y le sonrió a su hijo—. Te encantará, ya verás.

Se levantó y se marchó de la estancia, volviendo con un puñado de fotografías.

Con un gesto teatral, las desplegó en la mesa junto a su hijo.

Jarun las miró y luego elevó la mirada hacia su madre.

—¿Qué son?

—Las fotos que tomó Sara.

Sara se levantó y miró por encima del hombro de Jarun.

—Son las que tomé la otra tarde cuando Angelique me llevó en coche por Staboul —dijo, sonriendo al ver a los niños rodeando a un turista—. Esa ha salido bien, justo como la había imaginado.

Jarun las observó una por una. No había demasiadas. Miró a su madre, rebosante de excitación.

—Están muy bien —dijo.

—Jarun, son perfectas para utilizar en una campaña de turismo.

¿Quién podría resistirse a visitar nuestro país al ver estas fotos?

—¿Para atraer turistas? —preguntó Sara.

—Es uno de los proyectos de Jarun y Jasmine. Les han encargado, extraoficialmente, que organicen una oficina de turismo.

Queremos que vengan más turistas a disfrutar de nuestras playas, ver nuestros monumentos… sería una fuente de ingresos también. ¿No te das cuenta, Jarun? Estas fotos serían perfectas.

Sara podría hacer más y luego preparar un folleto para distribuir por todo el mundo. Piensa en el interés que suscitaría el que Sara las hubiese tomado.

—No sé a qué te refieres —dijo Jarun lentamente, aunque lo sospechaba.

—Gracias a la forma en que habéis contraído matrimonio, estáis apareciendo en todos los titulares de los periódicos. A la gente le fascinan los hombres ricos, y los que normalmente no buscan publicidad están rodeados de un aura de misterio. ¡Hay que sacarle provecho, como tú siempre dices!

Sara lo miró horrorizada.

—¿Hemos aparecido en los periódicos?

—Somos noticia, por qué no —dijo él, mirándola y casi sonriendo al verle la expresión de horror—. ¿No era lo que tú decías antes?

¿Que cuando uno se convierte en un personaje público ya no tiene intimidad? —deseó borrarle las líneas de preocupación del rostro con un beso, retirarse con cualquier excusa y llevársela a alguna habitación donde pudiese despertar el deseo de aquella dorada mujer.

Pero se forzó a apartar la vista y pensar seriamente en la sugerencia de su madre.

Volvió a mirar las fotos una por una. Descartó dos: eran buenas pero nada en especial. Sin embargo, el resto llamó su atención.

¿Servirían para promocionar a su país? Los beneficios de la industria del turismo ayudarían a financiar los proyectos por los que llevaban años luchando su padre y él. —¿Te interesaría tomar más fotografías teniendo ese objetivo en mente? —le preguntó a Sara.

Ella parpadeó y asintió con la cabeza, asombrada. Luego alargó la mano y, quitándole las fotos con cuidado para no tocarlo, contempló cada una por separado. Luego sonrió.

—Me salieron bien, ¿verdad? —dijo ella y levantó la vista.

Cuando sus miradas se encontraron, Jarun vio con satisfacción que ella estaba cohibida. ¡No era tan inmune a la atracción que existía entre los dos como había simulado!

—¿Harás más? —preguntó Angelique impacientemente.

—Me encantaría si piensan que mis fotos sirven para algo —dijo Sara, apartándose como si él la fuese a quemar si se quedaba demasiado cerca.

—El turismo todavía no tiene un ministerio propio —dijo él una vez que todos se volvieron a sentar a la mesa y siguieron desayunando—. Jasmine y yo le hemos pedido a nuestro tío que le dé prioridad, pero se toma su tiempo para hacerlo.

—Va a paso de tortuga en lo que se refiere a cambios —dijo su madre—. ¡Oh, cómo discutía con tu padre! —sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—Una perspectiva nueva sería buena. Si tú nos dijeses qué es lo que te resulta atractivo de nuestro país, podríamos basarnos en ello.

—Será maravilloso —Angelique rió suavemente—. Y le dará a Sara algo que hacer mientras tú trabajas. Se supone que es vuestra luna de miel, pero si insistes en trabajar, Sara necesita algo en lo que ocupar su tiempo. Y qué mejor momento que ahora, cuando todo le resulta novedoso. Cuando haya vivido aquí varias décadas, será como si siempre lo hubiese hecho. Al menos, así me siento yo.

Jarun miró a Sara, que se había ruborizado. Solo ellos dos sabían que Sara no estaría allí durante décadas. En realidad, quizá se quedase una o dos semanas más, hasta que se firmasen los últimos documentos y los acuerdos petrolíferos estuviesen asegurados.

Sara apartó la vista e intentó tomar aire. Podía hacerlo mientras no tocase a Jarun ni lo mirase. Esperaba que se acabase aquella farsa antes de hacer el más absoluto ridículo, pero no pudo evitar el calorcillo que sentía al oír sus comentarios. A Jarun le gustaban sus fotografías, a Angelique también. Volvió a mirarlas. Eran buenas, hasta ella podía verlo.

¿Sería aquello algo a lo que pudiese dedicarse por fin?

¿Convertirlo en su profesión? ¿Quizá especializarse en fotografías para folletos de viajes? Sería divertido hacer fotos, ocuparía así el tiempo y evitaría que se dedicase a fantasear sobre Jarun.

—Me encantará tomar más fotos. Es divertido.

Aminna apareció en el umbral y le dijo algo a Jarun.

—Parece que tu madre está al teléfono —le dijo él—. Puedes

atenderla en el pasillo si quieres, para hacerlo en privado.

Aminna le alcanzó un teléfono inalámbrico a Sara, que le sonrió, y siguió caminando mientras acercaba el teléfono al oído.

—¿Mamá?

—Hola, cielito, ¿cómo va todo? ¿Cuándo vendréis a comer con tu padre y conmigo? Pronto volveremos a casa, así que imagino que encontrarás un momento para vernos, ¿no?

—¿Volvéis a casa?

—En cuanto se firmen los contratos y, como tu padre dice que será pronto, o nos vemos ahora, o luego tendré que recorrer medio mundo para poder cenar con vosotros.

—Lo consultaré con Jarun y te volveré a llamar.

—Cualquier noche de la semana que viene nos va bien. Y

mientras tanto, ¿qué te parece si salimos a comer nosotras dos solas? Quiero saber más de ti y Jarun. La boda fue una sorpresa y, desde entonces, no hemos tenido tiempo para hablar.

—Desde luego, mamá, déjame ver y te llamaré enseguida. Me gustaría que comiésemos juntas.

¿Cómo haría para que su madre, que la conocía tan bien, no se diese cuenta de la verdad? Tendría que retrasar la cita o invitar a Angelique también, para que no pudiese haber una conversación más íntima.

—Oh, me olvidaba, ¿conoces a un tal Pete Steede? —le preguntó su madre.

—Sí, es mi jefe, mi editor en el periódico. ¿Por qué?

—Ha llamado al menos media docena de veces insistiendo en hablar contigo. Quizá sería mejor que le devolvieses la llamada para que no te molestase más. Es un poco insistente.

Sara casi lanzó una carcajada. Pete era mucho más que insistente.

Qué típico de su madre ser tan diplomática.

—Lo llamaré enseguida. Y en cuanto hable con Jarun, te volveré a llamar.

Cortó y llamó al periódico. Intentó calcular la diferencia horaria.

Allí sería de noche, pero imaginó que Pete todavía no se habría ido. Efectivamente, el editor contestó a la segunda llamada.

—¿Dónde diablos está tu historia? —le soltó él al reconocer su voz.

—No tengo historia —dijo Sara, y comenzó a explicarle cómo no había conseguido ni las fotografías ni las entrevistas.

—Mira, chica, no me vengas con esas. Tú eres la historia. ¿Sabías al irte para allá que acabarías casada con el jeque? Dame los detalles. Hay otros periódicos que están vendiendo más que nosotros, cuando es nuestra reportera la que es noticia. Venga, habla.

—No hay nada que decir, Pete. Y renuncio. No puedo trabajar más para ti.

—Oye, muñeca, me debes una. Te di un trabajo sin que tuvieras ningún tipo de experiencia. Te di la oportunidad de tomarle fotografías a uno de los solteros más codiciados del mundo.

Podría haber enviado a alguien más. ¡Dame algunos detalles!

¿Cómo se siente uno viviendo en medio de ese lujo? ¿Habla alguien inglés? ¿Te encuentras en un harén?

—Por Dios, Pete, lo dices como si hubiese vuelto al medioevo. La mayor parte de Kamtansin es tan moderna como Argelia. Hay varias mezquitas, edificios antiguos y callejuelas con mucho tráfico. La gente es muy amable. No he podido hacer muchas compras, pero estoy segura de que habrá más de alguna ganga.

No estoy en un harén. Jarun tiene una hermosa villa junto al Mediterráneo.

—Entonces, si no estás prisionera, ¿por qué no te pones en contacto conmigo? Llevamos una semana esperando noticias. Y

donde estás hay muchas, con la explotación de petróleo que se inicia y el potencial que tiene.

—También es muy bonito, pero tiene muchas carencias. Por eso los contratos petrolíferos son tan cruciales. Los nuevos ingresos les permitirán progresar más rápidamente, aunque la opinión al respecto no es unánime.

—Tu jeque es rico, el país es pobre. ¿Qué más?

—Basta, Pete. No te estoy dando un informe. Te he llamado para decirte que no molestes más a mi madre.

—Dame tu número entonces. No me gusta que mis reporteros no estén en contacto.

—¿No me has oído? ¡Renuncio! No puedes llamarme aquí —dijo Sara y levantó la vista. Jarun se encontraba en el umbral, mirándola —. Tengo que irme —dijo, cortando la comunicación mientras se

preguntaba cómo se lo explicaría a él.

—Tu madre puede llamar todas las veces que quiera —dijo él sin alterarse.

Nerviosa, ella intentó sonreír. No deseaba en absoluto que él supiese que hablaba con su editor, ¡porque creería que seguía con la idea de escribir una historia!

CAPÍTULO 8

Ejem, mi madre quiere saber cuándo podremos cenar con ellos —

dijo Sara, esperando que su alteración no se notase—. Sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que nos invitase.

—Cuando te parezca bien —dijo Jarun, observándola atentamente.

—¿Dentro de un par de días entonces?

—De acuerdo. Tu llamada ha durado más de lo que pensaba. Mi madre tiene que marcharse pronto a una cita y quiere hablar contigo de las fotografías que podrías tomar para la campaña de publicidad turística.

—¿Te parece que la calidad de mis fotos es suficiente? ¿No sería mejor contratar a un profesional?

—¿A ti qué te parece?

Sara contuvo el aliento. ¿Habría encontrado por fin algo para lo que servía?

—Lo haría lo mejor posible, pero realmente soy una novata. La fotografía siempre ha sido un hobby para mí.

—Tienes una excelente cámara, lo cual asegurará la calidad de las exposiciones. Lo que captura la esencia de lo que ves es tu ojo artístico y la composición que eliges. Tu enfoque personal será lo que asegurará el atractivo de las fotografías.

—Tú sí que eres bueno para el ego de una mujer —dijo ella, sintiendo un calorcillo en el corazón por el elogio.

—¿Porque digo la verdad?

—Por alentarme a que lo intente.

—Lo llevas dentro, Sara. Venga, queda con mi madre. Yo tengo cosas que hacer. ¿Quieres que vayamos a montar a las cinco esta tarde?

—Me encantaría.

El día pasó volando. Sara fue a Staboul en el coche con Angelique, que la dejó en las oficinas centrales de Samin Industries para que se reuniese con Jasmine. El alto edificio en el centro de la ciudad albergaba diversas empresas pertenecientes a la familia Samin: una naviera, una compañía de importación y exportación, y

una empresa de hidrocarburos; Jasmine dirigía la empresa de importación y exportación.

—Mi madre ha dicho que podrías ayudarnos con la campaña que estamos intentando diseñar para incrementar el turismo —le dijo a Sara al recibirla, en su despacho.

Sara sintió envidia al compararlo con su cubículo diminuto en el periódico.

—Me encantará colaborar en lo que pueda, pero no sé demasiado sobre captar turistas.

—¡Nosotros tampoco! Pero era algo que quería mi padre. Jarun y yo le hemos insistido a mi tío hasta que nos ha dicho que hagamos lo que queramos. Tener carta blanca es genial, pero no sabemos cómo proceder. Tengo a una persona trabajando en ello, aunque técnicamente no tendría que hacerlo una empresa privada. Tú eres perfecta para decirnos lo que le resultaría atractivo a un turista americano, acabas de llegar.

—Eso es lo que me ha dicho tu madre. Tengo que confesar que antes de que mi padre viniese a negociar la explotación del petróleo, yo no había oído hablar de tu país.

—Me temo que a todo el mundo le sucede lo mismo —dijo Jasmine con una mueca—. Así que ese es un buen punto para comenzar. Ven, te presentaré a Tamil, que ha iniciado este proyecto. Quizá podáis ponerlo en marcha entre los dos.

El entusiasmo de Jasmine era contagioso. Sara se sintió motivada por primera vez desde que había comenzado a trabajar en el periódico con tantas ilusiones. Sin embargo, mientras se dirigía con Jasmine a un piso inferior, comenzó a cuestionarse lo que hacía. Le quedaba poco tiempo de estancia en Kamtansin. En cuanto acabase su matrimonio con Jarun, no tendría motivos para quedarse. Jasmine debería haber pensado en ello también. Pero antes de que pudiese mencionárselo, entraron en una oficina y Jasmine le presentó a Tamil, que la saludó en un inglés muy formal, pero que les permitiría trabajar juntos sin problemas, pensó Sara más tarde con alivio.

Al acabar la tarde, Sara tenía la cabeza llena de ideas y planes.

Habían hablado de varias estrategias, apuntado una cantidad enorme de notas y quedado en reunirse a los dos días para recorrer los sitios de interés de la ciudad.

El chofer de Angelique llevó a Sara de vuelta a la villa. Al llamar al timbre, le abrió la puerta la misma criada de antes, que sonrió y le dijo algo en árabe.

—Probablemente me está diciendo que consiga una llave —

murmuró Sara, yendo a su habitación. Eran casi las cinco. Debía darse prisa si no quería hacer esperar a Jarun.

Estaba que hervía en deseos de contarle todo lo que había hecho.

Mientras se ponía los vaqueros, casi soltó una carcajada. Era como si fuesen un matrimonio normal, hablando de sus actividades al cabo del día, con la diferencia que Jarun no le decía a ella lo que había hecho. ¿Seguiría sospechando que ella era una espía? Qué absurdo. Quizá si ella intentase...

¿Intentase qué? ¿Qué quería en realidad? ¿Conocer mejor a Jarun? Miró a su alrededor. El sitio era maravilloso y, a pesar de lo poco que confiaba en ella, disfrutaba de su compañía. Le gustaban sus besos... ¡Epa! ¡Terreno prohibido!

Acabó de vestirse apresuradamente y corrió a las caballerizas como si intentase escapar de sus pensamientos.

Los caballos ya se encontraban ensillados. Jarun hablaba con uno de los mozos.

—¿Lista? —le preguntó cuando ella se acercó.

—Como siempre.

Siguieron el sendero a la playa. Sara iba primero, con Alia corveteando expectante.

—¡A que te gano! —gritó Sara, lanzándola al galope por la playa.

Oía el tronar de los cascos de Satin Magic que se acercaban.

Riendo excitada, acicateó a Alia aún más. El aire la acariciaba, el mar brillaba como diamantes al sol. Aquello era lo que tendría que capturar para los turistas, un placer que atraería al viajero más escéptico. ¿Cómo podría transmitirle aquello al mundo?

Satin Magic comenzaba a adelantarla. Era un caballo fuerte, con un tranco muy largo. Sara sabía que no podrían ganarles, pero no por ello se dio por vencida. Pronto estuvieron a la par y luego la sobrepasaron. Comenzó a sofrenar a Alia hasta llevarla al trote.

Jarun, que le llevaba unos metros de ventaja, retrocedió y se puso a su lado.

—¡Has ganado! —gritó Sara.

—La próxima vez te ganaré más rápido si no haces la trampa de comenzar antes —dijo Jarun riendo—. Supongo, por tu ausencia todo el día, que Jasmine y tú habéis decidido trabajar juntas.

—Tamil y yo colaboraremos en el proyecto. Tenemos muchas ideas. Él ha viajado un poco y yo también, así que ambos sabemos lo que buscamos y lo que nos resulta atractivo. Tenemos que buscar hoteles y restaurantes, y ver cuáles están listos para recibir un influjo de turistas, el tipo de tours que podemos organizar, el perfil de nuestros clientes iniciales... ¡Hay tanto por hacer!

Sara estaba que rebosaba y quería compartir su entusiasmo. Le describió a Jarun cada una de las ideas, desde sus planes de visitar los puntos de interés de la ciudad de Staboul hasta entrevistar a los gerentes de los hoteles y probar restaurantes. Los ojos le brillaban de excitación y la carrera a caballo le había ruborizado las mejillas.

—Por supuesto, lo mejor sería un viaje por el desierto. Es algo tan diferente de lo que conoce la mayoría de la gente... estoy segura de que sería lo más atractivo.

—¿Te gusta el desierto? —preguntó él.

—No lo sé. Nunca he estado en él, exceptuando la incursión que hice para tomarle fotografías a tu casa —dijo, palmeando el cuello de Alia—. La idea de cabalgar por las dunas resulta muy atractiva. El oasis donde se encontraba la cárcel surgía tan inesperadamente de la tierra yerma... Me imagino que, si se preparase bien, podría resultar muy romántico. Y tienes que reconocer que sería muy distinto de lo que la mayoría de la gente está acostumbrada, suponiendo que hubiese suficiente agua y sombra para llevar un grupo de turistas.

—A veces voy más allá del oasis. Satín Magic y yo pasamos días en el desierto. Es vigorizante, rejuvenecedor, vuelves como nuevo.

—Me encantaría verlo alguna vez —dijo ella, mirando al mar—.

Pero esto también es bonito. Mira, hay embarcaciones de recreo hoy. Es la primera vez que las veo.

Jarun contempló los dos yates anclados a cientos de metros de la costa.

—Algo más para incluir. Podemos ofrecer amarras a los que navegan por el Mediterráneo. Ya tenemos dos puertos en Staboul, y se pueden construir más.

—¿Y muelles como para recibir cruceros?

—Ya veo que piensas a lo grande. Supongo que podríamos remodelar alguna de las dársenas que utilizamos para los barcos comerciales.

—¡Qué ganas de decírselo a Tamil! —exclamó Sara, entusiasmada—. Bien, ya te he hablado de mi día. ¿Y el tuyo, cómo te ha ido? —se atrevió a preguntarle.

Dieron la vuelta con los caballos para regresar. Le gustaba el camino de retorno. Iban más despacio, les llevaba más tiempo y les daba tiempo a hablar. Le permitía estar con Jarun, sola con él.

Durante un rato se podía olvidar de que él no confiaba en ella.

Durante un rato eran solo Jarun y Sara.

Lo observó, montado en el caballo; el cabello negro brillándole al sol, los hombros anchos y fuertes. Disfrutando de aquella imagen, la guardó en su memoria. No quería olvidarse de un solo minuto pasado con él.

—No sabía que tu familia tuviese tantas empresas. Jasmine lleva la de importación y exportación. ¿Tú te ocupas de supervisar todo?

—¿No lo sabías? —le preguntó él.

Sara negó con la cabeza, percibiendo la desconfianza en su tono.

—Me quedé de piedra —dijo—. Yo pensaba que tú sólo ayudabas a tu tío con los contratos petrolíferos y otros proyectos.

—Mi padre fundó dos de las empresas. Jasmine y yo comenzamos con la importación y exportación. Ella tomó el control a la muerte de mi padre. Y yo estaba para entonces metido de lleno con la naviera. Ahora también me ocupo de la otra empresa. Es un negocio de familia, donde trabajan también algunos primos. Y mi madre tiene una participación, aunque no un puesto ejecutivo.

—No me sorprende que estés ocupado tantas horas —murmuró ella.

—Cuando una persona disfruta de lo que hace, no le cuesta hacerlo.

—¿Y qué te gusta hacer sólo por placer? —preguntó Sara cuando se acercaron al sendero que llevaba a las cuadras. El tiempo con él se le hacía demasiado corto.

—Me gusta montar.

—¿Y nadar? Nunca te he visto hacerlo desde que estoy aquí.

Viviendo junto al mar y con esa preciosa piscina, pensé que le

sacarías mayor provecho.

—Pues claro que lo hago. Nado a primera hora de la mañana, cuando tú duermes.

—Oh.

Tomaron el sendero con Jarun por delante. Cabalgaron en silencio y Sara se preguntó si quedaría muy evidente que se levantase pronto a la mañana siguiente y desease nadar un poco.

—¿Nadas de noche alguna vez? —le preguntó.

—A veces. ¿Quieres ir esta noche? —respondió él, mirándola por encima del hombro con una expresión enigmática en sus ojos oscuros.

Sara sintió que el corazón le daba un vuelco. Asintió.

—Podemos dar un paseo después de comer —dijo Jarun—. Si no refresca, iremos a nadar —su voz estaba llena de promesa, sus ojos cautivadores.

—Me gustaría —dijo Sara, ruborizándose. Esperaba que no se le notase la alegría.

Al ver a Piers esperándolos cuando llegaron a la casa, se preguntó si darían el paseo.

—Es tarde —dijo Jarun después de saludar a su amigo y consejero—. ¿No podrías haberlo dejado hasta mañana?

—Antes no te importaba —dijo Piers, encogiéndose de hombros y mirando a Sara.

—Las cosas cambian —fue la breve respuesta de Jarun. Le tomó la mano a Sara y le dio un beso sin disimulo—. Vístete para cenar mientras hablo con Piers.

Sara sintió que ambos la miraban mientras se dirigía a la casa. Se detuvo al dar la vuelta a una esquina.

—Estás jugando con fuego, amigo —oyó que Piers decía en inglés. Su voz se fue debilitando mientras se alejaban—. Todavía no estás seguro de que no haya venido aquí como espía. ¿Tiene acceso a tu despacho?

Sabía que no confiaba en ella. Y Jarun, ¿qué sentiría? No distinguía sus palabras. Quizá estuviese hablando en árabe.

Lanzando un suspiro, siguió hacia su habitación.

—¿Por qué piensas que ha venido a espiar? —preguntó Jarun, cerrando la puerta del despacho—. ¿Una mujer que no habla árabe y todavía no ha formulado ni una pregunta sobre nuestra postura en

las negociaciones?

—Es extraño que se haya presentado en este preciso momento, eso es todo.

—¿Qué es tan importante como para que hayas venido tan tarde?

—Creo que los americanos han aceptado tu última contraoferta.

Tendríamos que verla en detalle, pero creo que estamos casi listos para enviarle la versión a tu tío para que la apruebe. Y después firmamos.

Jarun asintió con la cabeza, sin dejar entrever sus emociones. Era demasiado pronto. Sacudió la cabeza. Llevaban semanas trabajando en aquellos contratos. La explotación de hidrocarburos significaría mucho para su país. Pero también significaría el final de su matrimonio con Sara. Y no se encontraba preparado para ello, todavía no.

—Pensé que te alegrarías más —murmuró Piers, sacando la gruesa carpeta del maletín.

—Estoy satisfecho —dijo Jarun—, pero no lancemos las campanas al vuelo antes de estar plenamente seguros.

Cuando leyó la ratificación de su contraoferta, se dio cuenta de que los contratos casi estaban listos para ser redactados y firmados.

—No parece que nada de lo que Sara le haya podido decir a su padre haya cambiado nuestra postura —dijo.

—Eso no quiere decir que no lo haya intentado, es todo lo que digo. ¿Qué será entonces, anulación o divorcio?

Jarun miró a su amigo con frialdad.

—Serás el primero en saberlo… cuando llegue el momento.

—Perdona, me he pasado de la raya —se apresuró a disculparse Piers.

Jarun pensó en la pregunta de Piers mientras se vestía para cenar.

Cuanto más conocía a Sara, más fascinante le resultaba. ¿Sería su mente, llena de curiosidad por todo? ¿O la forma que tenía de mirarlo a veces, como si él fuese la persona más importante del mundo? ¿O su aire de inocencia, tan convincente?

Quizá Piers tuviese razón y estuviese allí para seducirlo y sacarle secretos. Sin embargo, no había hecho ningún intento evidente de seducción. Deseaba creer que se había visto envuelta en aquellas

circunstancias. De momento, no había nada que indicase lo contrario.

Sara se arregló con esmero para la cena. El vestido que eligió era su favorito, le quedaba holgado y se le pegaba al cuerpo al caminar, resaltando su figura. Tenía que aprovecharse de todas sus ventajas, porque se le estaba acabando el tiempo.

Cuando se había casado con Jarun para evitar el escándalo, no había contado con que se le despertaría tanto el interés por su esposo. ¿Querría él continuar viéndola después de que se separasen? Sintió un ramalazo de dolor. ¿Y si no lo hacía?

—Mayor motivo para que esto resulte memorable mientras se pueda —se dijo, mirándose al espejo. Se puso un poco de perfume y, tomando aliento, salió de su habitación.

Aminna le indicó que encontraría a Jarun en el patio. La brisa había amainado y las rosas perfumaban el aire. El murmullo del mar era como una suave música de fondo. «Qué romántico», pensó. Habían puesto la pequeña mesa con brillante plata y cristal. Las velas titilaban y sus llamas se reflejaban en los oscuros ojos de Jarun.

—Estás guapísima —le dijo suavemente, alargando la mano.

Sara deslizó su mano sobre la de él, sorprendiéndose una vez más por el deseo que la inflamaba cuando él la tocaba.

—Comamos y luego demos ese paseo —dijo él, retirándole la silla para que se sentase.

La cena pasó volando, con Sara consciente de cada segundo, preguntándose lo que le depararía el destino aquella noche. ¿Los acercaría más el paseo? ¿La besaría? Apenas podía comer, a pesar de los maravillosos aromas y sabores de la comida que había preparado Aminna.

Jarun habló de las ciudades que había visitado durante su estancia en Estados Unidos, y ella de su infancia con un padre que viajaba por todo el mundo. Compartieron sus sitios favoritos en París y su amor por los caballos. Cuando acabaron la cena, Sara era un manojo de nervios. Durante toda la comida había pensado en la caminata prometida, en estar a solas con Jarun en la oscura playa.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él.

—Nada —intentó disimular su ansiedad—. Sigo excitada por los planes que he hecho hoy con Tamil. Estoy deseando que llegue

mañana y recorramos la ciudad.

Él asintió con la cabeza sin quitarle los ojos de encima.

—¿Damos ese paseo?

—Me gustaría —dijo ella, lanzando un suspiro.

La luna llena iluminaba la arena blanca y se podía ver claramente el sendero. Sara se detuvo cuando llegaron a la playa para quitarse las sandalias.

—Me gusta ir descalza —dijo, colgándoselas de una mano.

—Ten cuidado, no te vayas a pinchar con algo —le dijo él, tomándola de la otra y dirigiéndose al agua, para caminar paralelo al mar. Estaba oscuro, y solo se veían las luces de las embarcaciones de recreo.

—Si viviese aquí, vendría todos los días —murmuró Sara.

—Vives aquí.

—Provisionalmente. ¿Cómo van las conversaciones?

Jarun titubeó un instante. Sara elevó los ojos hacia él.

—Avanzan. ¿Qué siente tu padre al respecto?

—No lo sé. No hablo con él desde nuestra boda.

Volví a llamar a mi madre y quedé con ella para cenar mañana por la noche, si te parece bien. ¿Te resultará incómodo sentarte a cenar con mi padre, estando en bandos opuestos en las negociaciones?

—No somos enemigos, Sara. Ambos queremos esos contratos, solo estamos limando asperezas.

—A mi madre no le gusta que se hable de negocios en la mesa —

advirtió.

—Una mujer inteligente. Me cayó muy bien. ¿Te preocupa cenar con ellos?

—Un poco. ¿Y si sospechan que es una farsa?

—¿Qué pasaría?

—Sería una decepción —suspiró Sara—. Me temo que me consideran un problema.

—Lo dudo. Según pude ver, les encanta estar contigo.

—Porque los viste en la boda, cuando estaban predispuestos a ser felices. Por fin alguien les quita la responsabilidad de esta hija de las manos.

—¿De veras crees que se sienten así? Al principio estaban

aturdidos, pero cuando creyeron que tú estabas feliz, se los veía felices.

—Entonces, se decepcionarán más todavía cuando sepan la verdad.

—No es necesario que acabemos el matrimonio el día que firmemos los acuerdos, ¿sabes? —dijo él lentamente.

—¿No?

Jarun se detuvo y, soltándole la mano para apoyarle las suyas en los hombros, le dio la vuelta para que ella lo mirase.

—Piers insinuó que sería una bofetada a los ministros que recurriésemos a una anulación inmediata.

Sería como decirles que les habíamos hecho una jugarreta.

—Ah.

Por algún motivo, aquel razonamiento la deprimió. Había creído que él mencionaba el tema porque quería alargar un poco más el matrimonio.

—Entonces, ¿qué te parece?

—Lo que tú digas.

No podía pensar con Jarun jugueteando con su pelo, acariciándole el mentón. Lo único que podía hacer era sentir la miríada de sensaciones que la recorrían, que le calentaban la sangre y que la hacían ansiar lo que nunca había conocido.

—Pensaba que...

—¿Qué? —preguntó ella, intentando respirar con normalidad, con todos los sentidos alerta.

—Quizá una anulación no fuese una idea tan buena. Un divorcio podría ser más convincente.

Sara sentía los latidos del corazón con tanta fuerza, que se preguntó si él se daría cuenta. Elevó la mirada hacia la suya, tratando de ver en la oscuridad a qué se refería.

—¿Un divorcio?

—Es lo que se suele hacer cuando se acaba un matrimonio que ha sido consumado —dijo Jarun, inclinándose para besarla.

CAPÍTULO 9

La estaba besando. Quería más, más que solo besos. Todo pensamiento racional desapareció de la cabeza de Sara ante su contacto. La deseaba. Se lo decía con sus labios, su lengua, sus dedos. Y ella lo deseaba a él. Quería estar todavía más cerca, satisfacer toda el ansia que llenaba su cuerpo, tocarlo por todos lados y conocer cada uno de sus secretos. Sonrió.

—Creo que un divorcio es la única solución posible —le dijo ahogadamente cuando Jarun se apartó para mirarla a los ojos.

La levantó en sus brazos, aquel fuerte jinete del desierto, y se dirigió a la casa. Ella le rodeó el cuello con sus brazos, disfrutando de cada instante. Se dio cuenta de que llegaban al jardín porque se veía mejor con la iluminación de los faroles.

Jarun siguió hasta la habitación de ella y entró por las puertas que daban a la terraza. No necesitaban más que la suave luz que recibían de fuera. Tendiéndola en la cama, le quitó las sandalias de la mano y las dejó caer al suelo.

—¿Estás segura, Sara? No hay vuelta atrás —le dijo, acariciándole la mejilla.

El corazón de Sara explotaba de amor por aquel enigmático hombre. No lo conocía bien, pero sabía que era honrado y cariñoso. Tenían un acuerdo extraño, destinado a acabarse pronto. Pero lo amaba como nunca había amado a nadie.

—Estoy totalmente segura, Jarun —le dijo, alargando las manos para hacerle bajar la cabeza y darle un beso. Le pasó los dedos por el espeso pelo, disfrutando de su derecho a tocarlo.

Las manos masculinas le recorrieron la espalda, apretándola contra su duro cuerpo y levantándola ligeramente para acercarla aún más. El calor aumentó cuando sus dedos encontraron el cierre del vestido y lo abrió. El aire fresco tendría que haberla sobresaltado, pero estaba demasiado inmersa en la excitación que le causaban sus dedos como para darse cuenta.

El mundo comenzó a girar cuando la levantó para posarla sobre la cama y se unió a ella.

Sara se despertó cuando Jarun se levantó al amanecer. Supo que se iba a nadar. Por un segundo, pensó en ir con él, pero la pasión

todavía la llenaba y quería saborear la sensación un poco más.

Sonrió y se volvió a dormir abrazada a la almohada que él había usado, inspirando su perfume.

Cuando se volvió a despertar, el sol estaba alto en el cielo. Se bañó y vistió lentamente. Preguntándose dónde estaría Jarun, se dirigió al comedor. Allí no había nadie, pero le habían dejado un sitio puesto en la mesa y comida sobre el aparador. Se sirvió una taza de café y dos cruasanes y salió a sentarse a la sombra.

La noche anterior había superado todos sus sueños. Habían hecho el amor más de una vez y cada una de ellas había sido como si fuera a unirse a Jarun para siempre.

Con pena, reconoció que probablemente él no habría sentido lo mismo. Pensarlo la hizo sentirse mal. Al menos, había pasado una noche con él, quizá habría más. Y lo había hecho plenamente consciente de las consecuencias. Cuando se separasen, esperaba poder hacerlo sin apego, sin pedirle a Jarun más de lo que él le había prometido.

Aminna apareció en el umbral.

—Su excelencia ha tenido que ir a la ciudad. Se reunirá con usted en el hotel para cenar con sus padres a las siete.

Sara intentó sonreír, pero sus esperanzas y sueños se habían esfumado en un instante. Aquella era la confirmación de que la noche anterior no había sido lo mismo para él que para ella. Si no, no le mandaría aquel mensaje ni la dejaría sola todo el día, sin ni siquiera intentar despedirse de ella en persona, sin darle otro beso.

—Gracias. Yo también tengo que ir a la ciudad hoy.

Al menos, tenía su cita con Tamil. No sabía qué hubiese hecho sin ella.

—¿A qué hora? Informaré al chofer.

—Tengo que estar en las oficinas de la empresa a las diez.

Aminna hizo una ligera inclinación y dejó a Sara inmersa en sus tristes pensamientos.

Cuando llegaron las siete, Sara se encontraba totalmente confusa.

Vacilaba entre la aceptación de las exigencias del trabajo de Jarun y el convencimiento de que él las utilizaba como una excusa para escapar.

Se dirigió a la suite de sus padres y golpeó en su puerta unos

minutos antes de las siete. Cuanto antes lo hiciese, mejor.

—¡Sara! —dijo su madre, recibiéndola con un estrecho abrazo. La apartó para contemplarla—. Estás radiante.

Sara se sorprendió. ¿Sería verdad o estaría su madre viendo lo que quería ver?

—Ven y dime cómo es estar casada con Jarun. Me imagino que será completamente diferente a tu padre.

—No me parece que sean tan distintos —dijo Sara, sonriéndole.

—Ah, pero tu padre no fue siempre así. Nos casamos al acabar la universidad y los dos éramos muy jóvenes. Jarun es un hombre de mundo. No solo dirige varias empresas multinacionales, sino que también negocia contratos petrolíferos representando a su país. Totalmente distinto de nuestro inicio.

—Supongo que sí —dijo Sara, que no lo había pensado.

Entraron en el salón de la suite y se sentaron en los lujosos sofás.

—Antes de que me olvide: el pesado de tu jefe ha seguido llamando preguntando por ti. Ya me está cansando.

—¿No puedes colgarle la próxima vez que llame?

—En realidad, lo que he hecho es pedir en recepción que no me pasen más sus llamadas. Es una pesadez, pero al menos así no tengo que hablar con él. Ah, aquí llega tu padre.

—Sara —dijo Samuel Kinsale saliendo de la estancia contigua. La abrazó y luego la apartó de sí para contemplarla.

—Parece que el matrimonio te sienta bien —dijo. Miró a su alrededor—. ¿Dónde está Jarun?

En aquel momento se oyó que llamaban a la puerta de entrada.

—Ha de ser él. Viene de la oficina —dijo Sara, dirigiéndose a la puerta con el corazón en la boca.

Abrió la puerta y contuvo la respiración al ver lo guapo que estaba Jarun. Él la abrazó y la besó profundamente. Cuando la soltó, Sara deseó abrazarlo y no apartarse nunca de él. Sonrió trémula.

—Hola —dijo sin aliento.

Él sonrió y luego reparó en sus padres.

—Buenas tardes —dijo.

—Jarun, qué placer.

Los Kinsale saludaron a su invitado con cariño. Pronto Roberta logró que todos se encontrasen cómodos.

—Hoy no se habla de trabajo —les advirtió—. ¡Esta es una cena familiar, no una ronda de negociaciones!

—Muy bien —dijo Samuel, riendo—. Bastante negociamos ya Jarun y yo. Dime, ¿cómo te trata la vida de casado?

Jarun miró primero a Sara y luego a su padre.

—Es diferente de lo que pensaba, pero tiene sus compensaciones.

Sara esbozó una sonrisa insípida con la esperanza de que no se notasen sus pensamientos. El matrimonio de Jarun no era lo que su padre pensaba, se trataba de una farsa. Merecía casarse con una mujer por amor, no para evitar un escándalo que podría resultar una vergüenza para su país. ¿La compensación se referiría a la noche pasada, una compensación por el; sacrificio que había hecho? Sara hizo todo lo posible por parecer una feliz recién casada, pero deseó no estar allí. Era difícil intentar mantener las apariencias con alguien que la conocía tan bien.

Jarun no la ayudaba en absoluto. Se había sentado demasiado cerca, sentía su muslo contra el de ella y la rozó con el hombro cuando se inclinó a poner la copa sobre la mesa. Al apoyarse contra el respaldo, le pasó el brazo por los hombros y le acarició el brazo suavemente mientras hablaban.

Sara apenas se podía concentrar en la conversación. Cada fibra de su cuerpo estaba pendiente de las sensaciones que le causaba su contacto. ¿Cómo podía hilar una frase si lo único en lo que podía pensar era en estar a solas con Jarun para seguir donde lo habían dejado la noche anterior?

La cena le pareció interminable. Mantuvo los ojos fijos en el plato por temor a que se notase el tumulto de emociones que la embargaban. Una o dos veces, cuando se dirigieron a ella, levantó la vista para encontrarse con la de Jarun, cálida e insondable. Lo haría por sus padres, para simular que todo iba bien.

De repente, Sara deseó con todo su corazón que no fuese una farsa, que estuviesen casados para siempre y se pudiesen ir juntos a su casa al acabar la velada para estar solos en su sitio especial.

¡Se había enamorado de un hombre que no confiaba en ella!

Alargó la mano y bebió un trago de agua, deseando poder tomar el siguiente avión a su casa. Porque, en cuestión de días, él le diría que lo hiciese. La parodia de su matrimonio no sería necesaria una

vez que firmasen los contratos. Sus ideas para el turismo podían ser usadas, pero no requerirían su presencia.

Sintió deseos de levantarse y gritar que no era justo, que por una vez que se enamoraba de alguien sinceramente se trataba de un amor imposible.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Jarun.

—Sí —dijo ella, levantando la vista.

La mirada de Jarun se fijó en ella con atención. Gracias a Dios, no podía leer sus pensamientos, pero la estaba poniendo nerviosa.

No se encontraba bien, pero seguiría con la farsa porque todo había sido culpa suya. Complicaría aún más las cosas si le decía lo que sentía por él.

Parecía que la velada no acabaría nunca, pero llegó el momento de retirarse por fin.

—Me gusta mucho Jarun —le dijo su madre al darle un abrazo —.

Espero que seáis muy felices.

Sara sonrió, sintiendo un terrible dolor. ¿Qué diría su madre dentro de unas semanas cuando se hubiese acabado el matrimonio? No quería ni pensar en ello.

—Estuviste muy callada esta noche —dijo Jarun en la limusina cuando se dirigían a la villa—. ¿Siempre te comportas así en presencia de tus padres?

—¿Qué? Oh, no. La verdad es que generalmente hablamos mucho.

—Entonces ¿se debía a mi presencia?

Ella negó con la cabeza, intentando verlo en la oscuridad. La situación le hizo recordar la primera vez, cuando él la sacó de la cárcel en el desierto. Nunca había imaginado que se enamoraría del hombre sentado a su lado.

Cuando llegaron a la villa, Jarun la tomó de la mano para ayudarla a bajar, pero luego no la soltó, sino que se la llevó a los labios y le dio un suave beso en la muñeca.

—Pasa la noche conmigo —le dijo con voz ahogada.

Fue como si fuego líquido corriese por las venas de Sara. ¡Quería pasar otra noche con ella! Lo amaba, deseaba hacerlo, pero su alianza era solo provisional. ¿Podrían pasar otra noche juntos sin que luego se le rompiese a ella el corazón? No, porque el corazón se

le rompería de todos modos. ¿Por qué no aprovechar la ocasión de estar con él una vez más?

—¿Vamos a tu habitación o a la mía?

—Esta noche, a la mía —dijo él, inclinándose para besarla.

Las sensaciones que la embargaron se hicieron más intensas con cada segundo que pasaba. Abrió los labios para profundizar el beso, excitada al recibir la respuesta de la boca masculina. Intentó expresarle con su contacto lo mucho que lo deseaba. Al menos, si no podía ofrecerle nada más, sería honesta en aquello. Y si aquello tenía que acabar, que acabase de una forma maravillosa.

Quizá, cuando pasase el tiempo, Jarun la recordase de vez en cuando y pensase en lo que podría haber sido.

Jarun se despertó pronto a la mañana siguiente. Sara estaba acurrucada contra él, profundamente dormida. Durante un largo rato la contempló, fascinado por su piel radiante, la sombra de sus pestañas sobre sus mejillas, el brillo de su rubio cabello.

Durante un momento, pensó que podría pasar el día entero viéndola dormir.

Pero luego volvió a la realidad. Tenía una cita a las nueve y temas que ver antes. No era momento de quedarse fantaseando, por mucho que lo desease.

En cuanto resolviese sus asuntos, buscaría el momento y el sitio para descubrir más de aquella hechicera que se había convertido en su mujer antes de dejarla marcharse.

Piers lo esperaba sonriente cuando entró en las oficinas de la planta baja.

—Creo que estarás satisfecho con los términos del contrato.

Hemos conseguido todo lo que queríamos en la última ronda. Yo diría que estamos listos para firmar. Tendrías que aconsejárselo a tu tío, así comenzamos las exploraciones antes de fin de mes.

—Buen trabajo.

—Ha sido tarea tuya. No quiero restarte méritos como negociador, pero casarte con Sara fue un golpe genial. Estoy seguro de que algunas de las concesiones que logramos fueron el resultado de que su padre se sentía generoso por la boda.

Jarun frunció el ceño. No quería favores. La relación con Sara era ya bastante compleja de por sí y, después de la noche anterior, más todavía.

Pronto acabaría el negocio que se traía entre manos. El motivo de su matrimonio se esfumaría. ¿Se encontraba preparado para ello?

Por más que Garh y Hamin quisiesen, una vez que los contratos estuviesen firmados, no podrían hacer nada en contra de la explotación del petróleo.

Llamaron a la extensión de Jarun.

—¿Sí?

La secretaria le informó que Garh Sonharh se encontraba en la sala de espera y deseaba verlo; le dijo que lo hiciese pasar.

—Imagino que habrá oído la noticia —dijo al colgar.

—¿Se encuentra aquí? —preguntó Piers, intrigado.

Garh abrió la puerta, deteniéndose en el umbral para añadir dramatismo a su entrada.

—Eres un tonto, Jarun. No contento con hacer peligrar el futuro de nuestro país, has permitido que los paparazzi nos pongan en ridículo —dijo, entrando en el despacho y arrojando varios faxes sobre la mesa.

El primero era un periódico americano, donde se veía una mala foto de Sara. Jarun leyó los enormes titulares: «¿Rehén de la fortuna?».

—¿Qué es esto, Garh?

—Copias de periódicos de Estados Unidos, prensa amarilla. Me los ha enviado uno de mis empleados. Si tu mujer no es una espía, sabe sacarle provecho a las oportunidades. Ha logrado fama a nivel mundial. No puedo evitar pensar que tu tío se lo pensará dos veces antes de firmar un contrato con un representante de un país que hace todo lo posible por ponernos en ridículo.

—Yo me ocuparé de ello —dijo Jarun sin alterarse. Sentía deseos de golpear algo, preferiblemente la cara de Garh. Pero eso no resolvería nada. Tenía que leer el artículo, evaluar los daños y rectificar la situación, cosa que no podía hacer con el ministro presente.

—Le llevaré los periódicos a tu tío.

—Has de hacer lo que creas correcto, desde luego —dijo Jarun, sin prestarle demasiada atención. Miró a Piers.

—Os acompañaré a la puerta —le dijo inmediatamente Piers a Garh, obedeciendo a la mirada.

Después de ver cómo su secretario se apresuraba a llevarse a Garh, Jarun se sentó a leer los periódicos. En el segundo se veían fotografías de los dos cabalgando por la playa. «Fallido intento de fuga», ponía. Estuvo a punto de lanzar una carcajada. El fotógrafo había captado la carrera que Sara había iniciado y casi ganado.

La segunda era en la playa, la noche en que salieron a caminar.

Recordó el deseo que sintió al oler su perfume, al oírla reír cuando se mojaba con las cálidas aguas. En un momento había tirado de su brazo para evitar que se hiciese daño con un caracolillo.

Desde lejos, podría dar la impresión de que ella intentaba huir y que él la retenía. Las embarcaciones de recreo ancladas cerca de la playa... una coartada ingeniosa para los paparazzi.

Comenzó a leer el malicioso artículo. ¿Lo habría enviado Sara? Si lo leían suficientes personas y lo creían, podría arruinar la reputación de su país para siempre en Estados Unidos.

Desde el primer momento, Sara había resultado un problema.

Echando la silla atrás, se levantó. Había llegado el momento de aclarar aquello de una vez por todas.

CAPÍTULO 10

Sara tomaba su última taza de café sentada junto a la piscina. Le acariciaba la piel una brisa suave, mezcla de fragancia de flores y ligero olor a mar. La sombrilla la protegía de los rayos del sol.

Más tarde, Sara tenía una reunión con Tamil, pero en aquel momento lo único que tenía que hacer era soñar. Y recordar.

Recordar la noche más increíble de su vida. Se preguntó si Jarun tendría idea de lo sensual que resultaba, de cómo se le despertaban los sentidos con solo pensar en él. ¿Lo asaltaría a él también el recuerdo de su amor mientras trabajaba?

—La llaman por teléfono —dijo Aminna desde la puerta.

Sara sonrió y se puso de pie.

—¿Desde dónde puedo hablar?

—Desde el despacho —dijo Aminna, dirigiéndose allí.

Sara entró en el despacho de Jarun y vio el teléfono sobre la mesa.

Aminna asintió y se marchó, llevándose con ella a una criada que estaba quitando el polvo.

—¿Dígame? —dijo Sara, sentándose en el sillón que había tras la mesa. Se sentía rara en la oficina de Jarun sin que él estuviese presente.

—Sara, soy tu madre.

—¿Pasa algo? —preguntó, preocupada por el tono de su madre.

—Tu padre acaba de recibir una llamada de su amigo Paul Michaels del Departamento de Estado preguntando si te encontrabas bien.

—¿Y por qué iba a hacer semejante llamada?

—Parece ser que ayer publicaron un artículo en Estados Unidos con titulares insinuando que tú estás de rehén aquí hasta que se firmen los contratos petrolíferos.

—¿El periódico que dirige Pete Steede? —preguntó Sara, sintiendo que se le helaba la sangre. Lanzó un improperio y oyó la exclamación ahogada de su madre. Sintió deseos de matar a Pete. ¿Cómo se atrevía a utilizar su vida para vender periódicos?

Inmediatamente, pensó en Jarun—. ¿Es muy terrible?

—Tu padre está esperando que le envíen una copia del artículo

por fax. Veremos qué dice, pero creo que es lo bastante malo como para que Paul Michaels lo haya llamado queriendo cerciorarse de que estás bien. Será mejor que tú misma te pongas en contacto con Paul y le expliques que ha sido solo un malentendido. Aquí tengo su número. No es necesario que te diga que tu padre no está nada contento con el tema.

—¡Yo tampoco! —dijo Sara, segura de que Jarun estaría furioso, especialmente si la noticia llegaba a Kamtansin y la leían los ministros que tanto se oponían a las explotaciones petrolíferas.

Afortunadamente, el periódico se distribuía solo en Estados Unidos.

—Apunta el teléfono...

—Espera, que no tengo con qué escribir —dijo, abriendo el primer cajón de la mesa. Encontró una pluma, pero no había papel. Lo cerró y abrió el de la derecha.

—¿Buscas algo? —preguntó con frialdad una voz desde la puerta. Sara se quedó petrificada. Elevó la vista, encontrándose con los brillantes ojos de Jarun. Estaba enfadado. Hasta un idiota se daría cuenta de ello.

—Enseguida te llamo —le dijo a su madre y cortó.

—¿Llamar para qué? ¿Por qué no lo haces esperar mientras buscas lo que quieres?

—¿A quién? Era mi madre.

Su evidente expresión de desconfianza la hizo enfurecerse.

—¡Sí que lo era! Llámala tú si no me crees. Quería darme un número de teléfono. Buscaba dónde apuntarlo.

—Prueba aquí —le dijo él, arrojando los faxes sobre la mesa.

A Sara se le hizo un nudo en la garganta al ver los enormes titulares. ¡Ya lo sabía!

—¿De dónde has sacado eso? —le preguntó, pasándose la lengua nerviosamente por los labios.

—De Garh Sonharh —dijo él, inclinando la cabeza.

Sara acercó los papeles lentamente. Lanzó un gemido cuando vio las fotos, pero su enfado creció al leer el incendiario artículo. Con razón estaba furioso Jarun.

—Yo no escribí esto —dijo, poniéndose de pie—. No creerás que lo he hecho yo, ¿verdad?

—Escrito, colaborado, dictado... da igual. La única que podría

haber dado la información eras tú: dónde está la villa, cuándo saldríamos a montar, la apresurada boda, la tensión que existe entre mi familia... Solamente tú.

—Yo no lo hice. Lo escribió Pete.

—¿Sacó la información de una chistera, por arte de magia?

Sara titubeó, pero no podía dejar que Jarun pensase que lo había traicionado.

—Hablé con él una vez. Pero una vez sola. Llamaba y llamaba...

—¿Qué haces en mi despacho? —la interrumpió él. Era obvio que a Jarun no le interesaba su explicación.

—Aminna me dijo que respondiese a la llamada desde aquí. Era mi madre. Me iba a dar un teléfono y necesitaba apuntarlo —dijo

—. No te espío, si eso es lo que crees.

—No estoy seguro de lo que creo en este momento.

—Bien. Cuando lo sepas, avísame —dijo Sara, marchándose de la estancia con la cabeza en alto.

Jarun no dijo nada ni intentó detenerla.

No sabía si enfadarse con él o no. Lo que sabía era que estaba furiosa con Pete. Volvió a salir al patio. El café estaba frío. Se dio la vuelta y fue a su habitación a buscar el bolso para marcharse.

Iría a ver a sus padres y llegar al fondo de aquello. Y llamaría a Pete Steede desde la intimidad de la suite de sus padres.

Al cruzar la puerta de entrada, titubeó un instante solamente.

Deseó que Jarun la hubiese creído, que la hubiese apoyado. Pero,

¿por qué iba a hacerlo? Ella había arruinado aquello también, al igual que todo lo demás. Sin embargo, ahora era mil veces peor.

Lo amaba, no haría nunca nada que pudiese hacerle daño, pero...

¿la recordaría él siempre como la mujer cuya conducta alocada había hecho romper las negociaciones? ¿Cómo afectaría aquel horrible artículo a su relación con los ministros de su tío? Miró la villa. ¿Volvería alguna vez allí?

El coche de Jarun se hallaba aparcado frente a la casa y el chofer, sentado ante el volante, leía el periódico. Sara abrió la puerta de atrás y se acomodó en el asiento.

—Presentation Hotel —le dijo como si fuese lo más normal del mundo, haciendo caso omiso al sobresalto del hombre.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido? —rugió Jarun.

Aminna se hallaba en el umbral, con el rostro impasible a pesar de la furia de él.

—Sargon la llevó al Presentation Hotel. Ha vuelto y os espera para llevaros a vuestra oficina cuando estéis listo.

Jarun se pasó la mano por el pelo e intentó pensar. ¿Era aquella la evidencia de que Sara lo había traicionado, o se trataba de una mujer que prudentemente se quitaba de en medio hasta que la rabia de su marido se aplacara?

¡Piensa!

¿Quién sabe? Por lo que él sabía, Sara y su madre habían estado haciendo planes para salir a comer juntas. Si era verdad que estaba hablando con su madre. Odiaba no saber qué creer.

El teléfono sonó otra vez... Había estado respondiendo a llamadas desde que Garh se había marchado, seguramente a propagar la noticia del artículo del periódico. Jarun ya había tranquilizado a su tío y a Hamin. Y a su tía. Al menos creía haber tranquilizado a su tía. Lo sabría con el tiempo.

Mientras tanto, necesitaba ver a Sara.

Una idea se le ocurrió de repente. Comenzó a tranquilizarse. Le daría a Sara tiempo hasta aquella noche y, si ella no volvía, iría a buscarla.

—No lo comprendo, Sara.

—Confía en mí, aunque solo sea esta vez, mamá, ¿de acuerdo?

—Pero no has traído ni una maleta ni nada. ¿Cómo es que piensas pasar la noche? ¿Qué dirá Jarun?

—Estará feliz de que me haya quitado de en medio.

—¿Qué? ¿Quieres explicarte? Desde que llegaste esta mañana has hecho dos llamadas telefónicas y luego te has paseado por la alfombra tantas veces, que creo que la has gastado. Y no has comido nada.

Sara miró a su madre y casi dio rienda suelta a sus lágrimas, pero se contuvo.

—Me encuentro bien.

—Ya sé que no quieres hablar de ello —dijo Roberta, moviendo la cabeza—. De acuerdo, pero estoy aquí si me necesitas. Y tu padre también.

—Gracias —dijo Sara, esbozando una sonrisa forzada y

dirigiéndose a la ventana. Su padre no había ido a comer a mediodía, lo cual le había ahorrado tener que hablar con él del estúpido artículo.

Su conversación con Pete había sido de lo más insatisfactoria. No había forma de cambiar los titulares una vez que el periódico había salido a la venta. Ahora lo único que se podía hacer era controlar los daños. Le juró que lo demandaría si no se retractaba por escrito. Aunque por más que lo hiciese, no lo publicaría en grandes titulares en la primera página, sino en la décima y en letra pequeña.

—Hola, Sara —la saludó Samuel al entrar—. No sabía que estuvieses aquí, pero puedes escuchar la noticia que le voy a dar a tu madre.

—¿Qué noticia? —preguntó Roberta, tras saludarlo.

—Hemos aprobado los contratos esta tarde. Perdimos algunas de las concesiones porque Jarun es un negociador muy duro, pero tenemos los derechos exclusivos de la explotación durante los próximos diez años. El trabajo se iniciará antes de fin de mes.

—¡Querido, qué magnífico! ¿Quieres decir entonces que nos podemos ir a casa pronto?

—La semana que viene.

Sara sintió como si le hubiesen dado un golpe en la cabeza. Se había acabado. No había razón para proseguir con su matrimonio. Sintió deseos de lanzar una carcajada. No había motivo para que Jarun la fuese a buscar o se preguntase dónde se hallaba ella. Probablemente se sentía feliz de no tener que decirle ni siquiera que se marchase, porque ella ya lo había hecho.

—Qué genial, papá —dijo, simulando alegría. Si no se iba de allí, se le iba a partir la cara de tanto sonreír—. Estoy cansada. Me parece que me voy a la cama. Buenas noches.

—¿Qué pasa? —preguntó Samuel cuando ella se marchó apresuradamente.

—No estoy segura —replicó su madre cuando Sara cerraba la puerta de la habitación que había utilizado su primera noche en Kamtansin.

Apoyándose contra la madera, Sara dio rienda suelta a sus lágrimas, deseando que el dolor que sentía en el corazón remitiese lo bastante como para permitirle encontrar el olvido en el sueño.

Había tenido el cielo en las manos y lo había perdido.

—Oh, Jarun —susurró.

No la había llamado ni hecho ningún esfuerzo para encontrarla, y menos todavía pedirle que volviese. Y ella quería verlo, deseaba estar con él para siempre, explicarle y asegurarse de que él supiese que no lo había traicionado, que había respetado su compromiso.

Llamaron a la puerta del pasillo. Atravesó el espacioso dormitorio. ¿Irían a prepararle la cama? Abrió y se asustó al ver dos hombres uniformados.

—¿Sara Kinsale? —preguntó uno.

—Sí.

—Por favor, venga con nosotros.

—¿Quiénes son? ¿Dónde quieren que vaya?

—Por favor, venga con nosotros.

El otro hombre la tomó firmemente del brazo y la sacó de la habitación.

—¡Espere! —tenía que decírselo a sus padres. No podía desaparecer nuevamente.

Los hombres cerraron la puerta tras ellos y la llevaron por el pasillo.

—No puedo ir con ustedes —dijo, intentando soltarse, pero la sujetaron con fuerza.

Cuando pasaron de largo el ascensor normal y tomaron el de servicio, comenzó a tener miedo. Sus padres no sabían que ella no estaba en su habitación. Se darían cuenta por la mañana.

¿Dónde se encontraría ella entonces?

Antes de que se diese cuenta, se hallaba sentada entre los dos hombres en el coche que se movía rápidamente. Se alejaba de la ciudad y se dirigía al desierto.

Sara se encontraba conmocionada. Necesitaba escapar, encontrar un teléfono. ¿A quién llamaría, a la embajada americana?

¿Adonde se dirigían? ¿Y por qué?

Al alejarse de la ciudad, se hizo noche cerrada. Solo las luces del coche cortaban la impenetrable oscuridad. Dejó de preguntar adonde la llevaban. Le daba la impresión de que solo uno de los dos hombres hablaba un inglés muy básico.

A pesar de sus preocupaciones, comenzó a sentirse cansada.

Había sido un día muy largo. Se encontraba rendida

emocionalmente. La monotonía del viaje en la oscuridad le dio sueño y se le entrecerraron los ojos.

Antes de que pudiese dormirse, el coche comenzó a reducir la velocidad y, abriendo los ojos de golpe, Sara miró a su alrededor.

No se veía nada en la oscuridad. El cielo tachonado de estrellas acababa en el horizonte negro como la boca del lobo. No había luces ni edificios recortados contra el cielo.

El coche se detuvo y el chofer dijo algo en árabe. El hombre a su derecha abrió la puerta y salió, haciéndole señas.

Ella se deslizó lentamente por el asiento y se puso de pie.

—¿Por qué nos hemos detenido?

—Nosotros esperar —dijo él.

—¿Qué?

El hombre se encogió de hombros y encendió un cigarrillo.

Sara se apoyó en el coche, descartando la posibilidad de escapar.

Aunque lo intentase, no tenía agua y estaban en medio del desierto.

Oyó un rítmico sonido a lo lejos y miró a su alrededor, intentando averiguar qué era y de dónde provenía. Un caballo.

¿Qué hacía un caballo allí, en medio de la nada? Se acercaba.

El hombre apagó el cigarrillo y dijo algo en árabe al del coche, que lo puso en marcha nuevamente. Sara se dio la vuelta para volver a subirse, pero él la detuvo.

—No, usted esperar —dijo, metiéndose y cerrando la puerta. El conductor encendió los faros.

Sara esperó, preguntándose qué hacer. A los pocos minutos, vio al caballo y su jinete recortados contra las estrellas. El caballo era enorme y el jinete llevaba el traje tradicional de los árabes del desierto, con la cara cubierta y solo los ojos visibles a la luz de los faros.

Ella alargó la mano hacia la puerta, pero el coche estaba cerrado con llave. Cuando los hombres vieron al jinete, el coche comenzó a alejarse.

Sara sintió que sus últimas esperanzas desaparecían. No tenía dónde guarecerse, dónde huir.

—Ven —le dijo el hombre, alargando la mano.

Sara retrocedió un paso.

—No.

—¿No te gusta la aventura?
—¿Jarun? —preguntó ella, intentando ver si el caballo era Satin Magic, pero estaba demasiado oscuro.
—Ven —repitió, y Sara hubiese reconocido aquel tono impaciente en cualquier lado.
Sara alargó la mano y en un segundo se encontró sentada de costado delante de él, que hizo girar al caballo. Comenzaron a volar por el desierto.
Era emocionante montar por el enorme espacio abierto con el viento en el rostro y las estrellas como brillantes lejanos por encima de sus cabezas. Jarun la rodeaba con sus brazos. Cerró los ojos saboreando cada instante, intentando recordar todo. Era una experiencia que no deseaba olvidar nunca.
No supo cuánto cabalgaron, pero cuando él comenzó a reducir la velocidad, miró a su alrededor. No había ningún sonido, excepto el tintinear de los adornos que llevaba el caballo.
—¿Dónde estamos? —preguntó.
Jarun detuvo el caballo y la bajó al suelo.
—En un sitio donde nadie nos encontrará. Dijiste que querías ver el desierto y yo te he traído —dijo él, desensillando el caballo hábilmente y manejándolo.
La tomó suavemente del brazo y la hizo dar la vuelta junto a una sombra.
—Espera un momento —le dijo y, levantando la cortina de la gran tienda, entró. A los pocos segundos, una cálida luz se filtró afuera.
Sara levantó la cortina y lo siguió.
El interior la dejó boquiabierta. Ricas alfombras persas cubrían el suelo y tapices colgaban de la pared del fondo. La luz resaltaba sus vibrantes colores. Había una gran cama a un lado, sobre la que pendían los tules de un mosquitero. La mesa central de bronce relucía cubierta de frutas en distintos recipientes.
—¡Hala! —dijo, elevando los ojos hacia él.
Jarun estaba en medio del recinto, como un jinete del desierto rodeado de todo aquel esplendor. Los ropajes flotaron en el aire cuando él se dio la vuelta para mirarla con las manos en las caderas. Se había quitado la tela que le cubría el rostro, pero el resto parecía de Las mil y una noches. A Sara se le aceleró el

corazón y sintió que flotaba.

La última vez que lo había visto, él estaba enfadado. Ahora no se encontraba enfadado. Involuntariamente, sus ojos se dirigieron a la cama.

—Todas las comodidades de casa —dijo. Intentaba sonar sarcástica, pero la voz le salió ronca, sensual. Sonrió lentamente, esperando que él no se diese cuenta de lo nerviosa que se encontraba.

—¿Por qué estamos aquí? —le preguntó.

—Para estar solos los dos. Las negociaciones han concluido.

—Ya la sé. ¿Así que nuestro matrimonio se ha acabado? ¿Te importaría decirme qué hacemos aquí?

—No has visto el desierto —dijo él, quitándose el turbante y arrojándolo sobre un cojín—. No querría que te volvieses a tu casa sin haber experimentado todas las maravillas de mi país.

La maravilla más grande que había experimentado en aquel país era estar con Jarun, pero Sara no le podía decir aquello.

—¿No te preocupa que tome fotografías y las envíe al periódico?

¿O escriba algún artículo incendiario?

Él rió y sus dientes brillaron contrastando con su tez morena.

—Dijiste que no habías escrito ese artículo.

—Ni lo dicté ni colaboré en él. Parece que te lo tomas mejor ahora que esta mañana.

—Quizá —dijo él, señalando uno de los cojines junto a la mesa de bronce—. ¿Deseas sentarte?

Ella lo miró inquieta un instante y luego asintió, dejándose caer en uno de los blandos almohadones. Él se sentó a su lado, demasiado cerca. Se podría haber sentado al otro lado de la mesa.

¿Qué quería demostrarle con su actitud?

—¿Cómo has hecho todo esto? —le preguntó, haciendo un gesto con la mano que abarcaba la tienda y todas sus comodidades.

—La tienda es mi refugio. Tengo un cuidador que se ocupa de ella, manteniéndola limpia y aprovisionada. También trae comida para Satín Magic. Cuando quiero usarla, lo aviso y él se marcha hasta que yo me voy.

—Entonces, ¿es verdad que estamos solos en medio del desierto?

—Es verdad. ¿Te preocupa? —le preguntó, inclinándose hacia ella. Sara sintió que el calor de su cuerpo la envolvía. Su aliento le

acarició las mejillas y, cuando elevó los ojos, la mirada masculina le quitó la respiración.

—No —susurró.

—Bien —dijo él, cerrando la distancia que los separaba para besarla.

Ella le devolvió el beso, embargada de sensaciones que amenazaban con catapultarla a un reino de placer hedonista que nunca había conocido. Tendría que estar pensando en cómo volver a la civilización, pero no sentía ningún deseo de hacerlo.

Anhelaba su contacto, como si se hubiese tratado de agua en el desierto.

—Esta noche es nuestra —le dijo él.

—Sí —le respondió, con tal de que él la siguiera besando.

Jarun se puso de pie y levantó a Sara en sus brazos. A ella le dio un instante de pánico, pero se tranquilizó inmediatamente cuando la posó en el lecho.

La cama era increíblemente blanda y grande, pensó mientras él se unía a ella. Cuando Jarun la volvió a besar, Sara dejó de pensar.

Disponía de una sola noche más con él y estaba dispuesta a disfrutar cada segundo de ella.

Jarun despertó a Sara con un dulce beso al romper la aurora.

—¿Mmm? —dijo ella, arrebujándose más contra él. No quería despertarse. No quería enfrentarse a la realidad.

—Ven a ver el amanecer. No hay nada igual al amanecer en el desierto. Las sombras te despiertan la imaginación.

Su imaginación estaba volando ya y se centraba en ellos dos en la cama sin levantarse en el frío amanecer. No quería que acabase la noche con Jarun. Deseó que el tiempo se detuviese.

—Vete —le dijo enfurruñada.

—Venga, que te enamorarás de este espectáculo.

—No quiero. Ya estoy enamorada de ti —murmuró ella. Se quedó helada, despertándose de golpe, aunque mantuvo los ojos cerrados. Apretó los párpados. Por favor, por favor, que él no la hubiese oído.

Jarun le levantó la barbilla con un dedo. Ella mantuvo los párpados apretados.

—¿Sara?

Con un suspiro, abrió lentamente los ojos. Los oscuros ojos

masculinos la miraban con expresión indescifrable.

—Pues, ahora que estoy despierta, será mejor que me levante a ver el alba. Luego podemos volver a Staboul y así busco la forma de irme a casa —murmuró, comenzando a salir de la cama.

Tenían las piernas enredadas y Jarun la retuvo por un brazo. No se podía mover.

—Quizá debiéramos hablar —sugirió él.

—Quizá debiéramos proseguir con nuestras vidas —replicó ella —. Deja que me levante, o el sol lo hará antes que nosotros.

Deseaba escaparse, marcharse antes de hacer más el ridículo.

Seguro que él la había oído, sin embargo no decía nada. ¿Sería aquella una forma fácil de rechazarla?

—He traído a Alia con Satin Magic. Pensé que podríamos quedarnos unos días. Tenemos comida, agua y todo el desierto para nosotros.

—¿Quedarnos aquí? ¿Estás loco? No hay motivo para quedarse aquí. Yo tendría que estar haciendo la reserva de mi billete. Mis padres se marchan pronto y yo me iré con ellos. Mi trabajo me espera...

No era verdad, había quemado sus naves.

—Pensaba que estabas trabajando con Tamil en el proyecto de turismo. Ese es tu trabajo.

Ella se apoyó en un codo y se lo quedó mirando.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Pensé que te quedarías —respondió Jarun.

—¿Por qué?

—Me amas.

Ella se dejó caer nuevamente en las almohadas y cerró los ojos.

¡La había oído!

—Y tienes una tarea que cumplir.

—No le hablé a Pete de nosotros. Me sonsacó algunas de las cosas y luego las tergiversó totalmente.

—Imaginé que había sido así en cuanto me calmé un poco y Jasmine me dio cuatro voces —dijo él en tono divertido.

Sara abrió los ojos y le lanzó una mirada furiosa.

—¿Te estás riendo de mí?

Él negó con la cabeza, pero la expresión de sus ojos seguía siendo divertida.

—Jarun, ¿qué pasa? ¿Se ha acabado nuestro matrimonio o no?

—Ah, de eso te quería hablar. ¿No crees que a la gente le parecerá extraño que acabe al día siguiente de las negociaciones?

—¿Y entonces, cuándo?

—No lo sé, un poco más tarde, para que la gente no crea que ha sido un matrimonio de mentirijillas.

—¿Cuánto más tarde? —preguntó ella, desconfiada.

—No lo sé —dijo él, lanzándole una mirada penetrante—. Unos cincuenta o sesenta años.

Sara se lo quedó mirando con el corazón acelerado. ¿Lo había oído correctamente? Se aclaró la garganta.

—Es bastante tiempo.

—A mí me parece bien si a ti te lo parece —dijo él, acariciándole el cabello y esbozando su sonrisa sensual—. Yo también te amo, Sara. Luché contra ello al principio. Algún día te hablaré de una mujer que creí amar una vez, pero eso será otro día. Quiero que tú estés conmigo para siempre, aunque me contentaré con cincuenta años y una opción a renegociar.

—Y eres tan buen negociador… —murmuró ella, acercándose para unir sus labios a los de él y sellar así su futuro—. Te amo, Jarun.

—Tenía la esperanza de que así fuese —dijo él, y su beso hizo que el corazón de Sara rebosase de amor y felicidad.

—Pensaba que estabas furioso conmigo —dijo.

¡Jarun la amaba! Los milagros existían.

—Lo estaba, pero el amor es más fuerte que la rabia. Y una vez que analicé las cosas racionalmente y recordé todo lo que me habías dicho, supe que nunca me habrías traicionado.

Había tenido fe en ella hasta cuando había evidencia de lo contrario. Nunca le había sucedido algo así. Era maravilloso cómo aquello la hacía sentir. Por primera vez en mucho tiempo, no sentía que era un fracaso.

—Gracias por creer en mí.

—¿Y por quererte no?

—Por eso también, eso más que por todo lo demás —rió ella de gozo—. No quería marcharme, pero pensé que sería mejor hacerlo antes de que me echases tú.

—Nunca habría sucedido eso. Hacía largo rato que sabía que tú

eras a quien quería. Ya te lo he dicho, no se puede luchar contra el destino. No estaba seguro de que tú sintieses lo mismo, teniendo en cuenta nuestro matrimonio de conveniencia.

—¿Qué dices? ¡Pensabas que era una espía!

—Nunca creí eso —rió él suavemente—. No tenías cualidades de espía.

—¡No me gusta que me lo digas!

—Con tu cabello de color miel y tu atractivo, nunca podrías haber pasado desapercibida, como lo hacen los buenos espías.

—Pues, no confiabas en mí.

—Al principio quizá no, pero tú tampoco confiabas en mí.

Ella se quedó silenciosa un instante, meditando en lo que él le había dicho. Tenía temor de creer que permanecerían unidos toda la vida. ¿Lo diría Jarun verdaderamente en serio?

—Me obligaste a contraer un matrimonio de conveniencia —le dijo.

—He oído que son los mejores. Y el nuestro, el mejor de todos.

—Te quiero —le dijo ella suavemente,

—Y yo te quiero a ti —replicó él rápidamente. Le dio un breve beso y la tomó de la mano para llevarla afuera—. Olvida tus miedos, tendremos una vida maravillosa juntos. Prométeme que te quedarás.

Sara sonrió, con gozo reflejado en los ojos.

—Te lo prometo.

Salió a encontrarse con el amanecer, no solo de un nuevo día, sino de una nueva vida. Una vida de amor y felicidad junto a Jarun, su caballero, su jeque del desierto.

Fin

Escaneado por tallitach y corregido por Laila